

Juan Uribe Echevarría

EL PÚGIL

Y SAN PANCRACIO



ZIG-ZAG

EL PUGIL Y SAN PANCRACIO

Por Juan Uribe Echevarría

Juan Uribe Echevarría, profesor de Literatura de la Universidad de Chile, se ha destacado como crítico, ensayista y animador de revistas literarias.

Entre sus obras cabe señalar: *La novela de la Revolución Mexicana* (1936); *Contribución al estudio de la literatura de costumbres*, prólogo a *Tipos y Costumbres de Chile*, de Pedro Ruiz Aldea (Zig-Zag, 1947); *Cervantes en las letras hispanoamericanas* (Premio Municipal de Ensayo, 1949); *Medina, cervantista* (1952); *Moisés Vargas, vida y obra* (1954); *Pío Baroja: técnica, estilo y personajes* (1957); *Antología para el Sesquicentenario* (1960); *El romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho* (1963); *Arturo Alvarado: poesía y pintura del Subterráneo* (1964).

Profundamente interesado en las manifestaciones tradicionales de la vida popular, Juan Uribe Echevarría ha incursionado con éxito en la investigación folklórica con publicaciones como las siguientes: *Contrapunto de alféreces en la provincia de Valparaíso* (1958); *Cantos a lo divino y a lo humano en Aconcagua* (1962); *La Tirana de Tepic* (1963); *Canciones de Albué* (1964); *Mamuel Garrido, cantor glorioso* (1965); *Folklore de Colliguay* (1965).

Con *EL PUGIL Y SAN PANCRACIO*, Uribe Echevarría se revela como un narrador inesperado. En estilo rápido y vibrante presenta aspectos poco conocidos de la vida santiaguina al contarnos las peripecias de un joven e ingenuo boxeador nortino —Pedro Cauamán—, vencedor y vencido en su aventura metropolitana. (El autor fue periodista deportivo en sus años de estudiante y conoce muy bien el tema que trata.)

El deporte, como espectáculo de multitudes, evasión, válvula de escape de la vida contemporánea, acapara el mayor número de páginas en los diarios y revistas del mundo entero. Ha dado base argumental a novelas y cuentos de escritores como Conan Doyle, Jack London, Ernest Hemingway, Paul Morand, Dashiell Hammet, Camilo José Cela, Julio Cortázar, etc. En Chile, basta nombrar a Ricardo Puelma (*Arenas del Mapocho*), Isidoro Basis (*El gol de la victoria*), Enrique Lafourcade (*Fábulas*), Teófilo Cid (*Tarde en el estadio*), Pablo García (*La noche devora al vagabundo*) y Jaime Valdivieso (*Tornillito*).

EL PUGIL Y SAN PANCRACIO es además, dentro de su ambiente deportivo, una excelente contribución a la novela picaresca chilena.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

El Púgil y San Pancracio

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1966.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 32.154.
Santiago de Chile.
1966.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

JUAN URIBE ECHEVARRIA

EL PUGIL
Y SAN PANCRACIO

Z I G - Z A G

C A P I T U L O I

LA VOZ CANSADA e importante del entrenador *Sonrisita* Gutiérrez iba señalando los defectos del boxeo a la sombra que cumplía el joven pugilista nortino.

—Ahora el recto derecho, y ahí mismo el izquierdo, en gancho, rápido... ¡Un momento!... Tire el izquierdo a la altura del hombro suyo... Al pegar que no se le queden los pies atrás... Apoye... ¡Eso!... Sálgame por la izquierda, en las cuerdas. A ver, otra vez... Levante el codo si quiere tirar ese golpe... Vaya girando. ¡Cambie la pierna!... Mueva la cabeza para los lados y no para adelante... Vaya girando... Suba las manos...

Pedro Caucamán, la novedad de los pesos fuertes en el Campeonato Nacional de Aficionados, se veía sometido a un doble trabajo. Tenía que imaginar a un rival ducho, boxeador y pegador, capaz de inesperadas reacciones, y al mismo tiempo moverse en el *ring* sin decepcionar al jefe de sala.

—Por qué no verá el trabajo de los demás —murmuró, lanzando un un-dos en repentino latigazo, al tiempo que resoplaba ruidosamente por las narices.

—Más cintura, Caucamán, más cintura. No tan tieso. ¡Tire! Avance los puños y no la cabeza... Levante las manos. Rodillas sueltas. Vaya girando... Recto, derecho, largo... Por adentro los golpes... ¡Vamos! ¡Faltan diez!

Al oír la cifra que anunciaba el término del *round*, aceleró el ritmo del combate. Su cuerpo, brillante de sudor, se apoyaba en las cuerdas para avanzar al centro del cuadrilátero en un alternado juego de ataque y defensa. Tan pronto apuraba al supuesto adversario como se cubría, levantando los codos y ensayando golpes cortos, a media distancia.

—¡Tiempo!

Todavía fatigó el aire con dos o tres rectos perfilados y, gradualmente, se fue sosegando hasta quedar con la guardia baja, mientras *Sonrisita* abandonaba el *ring* para vigilar el trabajo de otros púgiles, que, en paños menores, hacían retemblar la cómoda sala del Hogar San Pancracio.

A Caucamán le faltaban, todavía, dos *rounds* de gimnasia.

Debía pasar, con la cintura doblada, a un lado y otro de una cuerda extendida a la altura de sus caderas, para conseguir más juego de cintura. En el norte nunca lo habían trabajado así y los músculos de sus riñones se mostraban dolorosamente ofendidos.

Sonrisita, cronómetro en mano, observaba los dos extremos de la sala.

—¡Tiempo!

Reiniciábase la música especial de los gimnasios, el tableteo del *punching-ball* liviano, los ruidos sordos de la bolsa de arena, las veladas voces de mando y el baile rítmico de los saltarines de cuerda.

Un cielo primaveral, arrebolado, insistía por encima de los techos. Caucamán no ignoraba que en otros gimnasios de la ciudad, en los del Fortín Mapocho, Compañía de Gas, Comercio Atlético, Yarur, Famea, Ferroviarios, Universidad Católica y el México Boxing Club, docenas de aficionados venidos de la pampa o del sur hacían lo mismo, y entre ellos, su próximo rival.

En paz los músculos del estómago, se acercó a las ventanas con la toalla anudada al cuello, esquivando el desfile de boxeadores sudorosos, cubiertos con oscuras frazadas. Había que perder un poco de temperatura, que el corazón se calmara antes de ir a la ducha. El olor agrio y sexual de las traspiraciones lo sofocaba.

Abrió una ventana. Desde el tercer piso del Hogar San Pancraccio, Santiago le mostró, como otras tardes, un paisaje de torres, campanas y cruces la-deadas.

El crepúsculo extendía rojas viseras sobre los edificios. Tintineo de las primeras estrellas en un cielo azul pálido que iba cediendo a las primeras sombras de la noche. Caucamán contempló los juegos laterales del atardecer sobre las chimeneas del Correo y las redondas torres de la Catedral.

Ya vestido, con el cuerpo placenteramente macedo y algunas gotas de agua sobre la frente, se despidió del entrenador:

—Buenas noches, señor Gutiérrez.

El entrenador lo miró lento y duro, mientras mejoraba la guardia a un peso gallo. Aquella mirada profesional lo significaba todo. Recorría y hacía recordar las recomendaciones de toda la semana. “No me llegue atrasado. Acuéstese temprano. Dése un baño frío antes de meterse en la cama. No se olvide de las bolitas de alcanfor... No me vaya a tomar trago... No siga a las mujeres, a ninguna mujer... Aunque lo tomen del brazo... No entre al biógrafo, porque calienta y debilita los ojos... Tiene que dormirme bien...”.

—Buenas noches. Dígale al jefe de la delegación que si quiere más entradas para mañana, puede avisarme temprano.

—Está bien, señor Gutiérrez. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Caucamán bajó la empinada escalera sin apresurarse. Sentía la cintura ligeramente adolorida y los brazos potentes y perezosos. Al llegar al segundo piso se detuvo y miró, distraídamente, hacia el interior, donde se exhibían, en largos mostradores, cientos de San Pancracios en yeso y otras imágenes religiosas.

No estaba la chiquilla con los labios pintados de morado. Le gustaba. No mucho, tampoco. La señorita

del almacén de ventas lo había invitado a visitar la tienda del segundo piso, después del primer entrenamiento.

—Usted es católico, ¿no es cierto?

—Claro, señorita.

Había recibido una estatuilla del santo de piernas atléticas y calzado con zapatillas deportivas.

Le explicaron también, vagamente, el significado de las palabras que mostraba la figura, en su libro abierto.

<i>Venite</i>		<i>Dabo</i>
<i>Vobis</i>		<i>Vobis</i>
<i>Et lego</i>		<i>Omnia</i>
		<i>Bona</i>

Caucamán sacó, como primera conclusión, que San Pancracio, con sus palabras misteriosas, daba la suerte y lo iba a ayudar en las próximas peleas.

Con la boina metida hasta los ojos y el pequeño maletín bailándole entre los dedos, subió hasta la calle Veintiuno de Mayo.

Anocheía con desgano. La ciudad descansaba de sus calores. Era, para él, la mejor hora de Santiago. Se sentía a punto. Podía correr más rápido que los micros; podía tumbar, de un papirote, al más firme de los carabineros que dirigían el tránsito. Pero a él le gustaba ir lentamente, mirando a las chiquillas con sus chombas livianas tan prometedoras. Dete-

níase, a cada segundo, frente a las vitrinas de los árabes.

A través de los cristales observaba a las niñas con delantales negros, morenas, de grandes ojos, vendiendo y vigilando las pirámides de sostenes, camisetas, medias y calzones rosados.

“Todas éstas parecen turcas —pensaba Cauca-mán—. Son chilenas, seguramente, pero los paisanos las deben buscar así.”

Llegaba a la esquina de la Municipalidad y entonces sus posibilidades crecían. Los portales de la Plaza de Armas eran su número preferido. Al encenderse los avisos luminosos interiores, el Portal Bulnes semejava un túnel encantado con su estupenda e indescriptible luz naranja.

Caucamán se demoraba en las tiendas de artículos para mujeres. Ropa fina, interior. Conocía de memoria los corsés de La Cibeles, sobre bellos maniqués desnudos. Recreábanse sus potencias olfativas con los olores mezclados de las piezas de género y el café y las comidas de las fuentes de soda.

Pese a las instrucciones terminantes de *Sonrisita*, trataba de ligar, desmañadamente, con algunas niñas del portal.

Una cajera morena de la Botica Brand lo estremecía de entusiasmo. De pie, junto a la ventana de los termómetros, seguía con angustia los movimientos de la bella dependiente, rodeada de grandes botellas de agua de Colonia, a granel.

La otra amada imposible era una vendedora ru-

bia, delgada y soñadora, con ojos de paloma, que atendía en la puerta de El Palacio de las Creaciones (*Siempre novedades para todas las temporadas*).

Las dos niñas, y también una fuentesodina de la calle Monjitas, lo observaron, esta vez, con una especie de curiosidad protectora, mientras el púgil balanceaba nerviosamente el maletín, con la cabeza baja y torpe disimulo.

En los últimos metros del pasadizo luminoso se quedó escuchando a un grupo de árabes que noche a noche discutían sobre carreras de caballos.

Cansado de ver prendas femeninas interiores y pantorrillas artificiales enfundadas en medias de vidrio, salió a la calle Merced y se detuvo en un puesto de diarios y revistas, centro de reunión de los deportistas portaleros.

Al Quiosco Pablito, frente al aviso luminoso de la Farmacia Bentjerodt —salmón intenso y verde ribeteando—, venían al anochecer boxeadores, futbolistas, apostadores profesionales, gentes de radio y teatro, cartilleros y cronistas deportivos.

El tal Pablito, un próspero suplementero, pequeño, ancho y moreno, era apostador deportivo. También cambiaba cheques, con alguna ganancia, a los ~~hombres~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~que~~ ~~se~~ ~~en~~ ~~una~~ ~~es~~ ~~de~~ ~~el~~ ~~tr~~ ~~no~~ ~~de~~ ~~un~~ ~~ac~~ ~~ge~~ ~~or~~, el ímpetu comunicativo de los rotos gordos y bien alimentados. En sus dedos oscuros sobraban anillos de todos los metales, dejados en prenda. Bajo el guardapolvo de trabajo lucía estrepitosas camisas de seda —panameñas— de contrabando.

A su puesto llegaba también gente de peligro: billaristas, reducidos, dateros y rufianes. En esas ocasiones, el suplementero bajaba la voz y se escurría, misterioso, hacia la esquina...

A Pablito, vivaracho y comerciante, no se le escapaba ningún negocio de lance que surgiera frente a su quiosco desde los vericuetos de la Casa Colorada y los bares vecinos: Black and White, La Bomba, El Colonial...

Domínguez, el peso liviano de la delegación, era muy amigo del complicado suplementero, y en el quiosco de éste se reunían los pugilistas nortinos para regresar al hotel.

Pablito dispensaba un trato amistoso al peso pesado.

—¿Qué hubo, mi gancho? ¿Busca a Domínguez?

—Sí.

—Ya se fueron para el hotel... ¿Cómo se siente para el miércoles? ¿Molido?... ¿Firmeza?... ¿Le puedo jugar sus dos mil?

Caucamán sonreía tímido y prudente...

Pedro Caucamán, cachuchero en la planta de María Elena, era de familia pampina. Su padre había trabajado en las Oficinas de Coya Sur, Merceditas, Loa, Victoria, Humberstone. Cansado de vagabundear, recaló como mecánico ayudante en la maestranza de María Elena, gracias a las recomendaciones de

uno de los jefes de la pulpería, a quien conociera de comerciante en Santa Rosa de Huara.

El viejo Caucamán consiguió algún bienestar para él, su mujer y su hijo. Sentíase fuerte, pero los años y los desengaños habían calmado las inquietudes juveniles.

—Es inútil —decía, recordando sus viajes por el Perú y Bolivia—: al final la pampa se lo come a uno...

Caucamán padre lamentaba no haber corrido más mundo... Ya no pasearía otra vez por Santiago, aunque fuera como cesante, ni conocería el sur de Chile, tan nombrado... ¡No estar en Santiago para el tiempo de la fruta! Todo tan verdecito...

Con ayuda de su mujer, la silenciosa y sufrida Aurelia, había instalado una pensión para pampinos solteros. La edad y el desgano cumplían su trabajo. El viejo Caucamán se pasaba las horas muertas charlando con los amigos. Estaba muy recordador.

En los atardeceres de mucho viento los pampinos jóvenes escuchaban, con sorna, el relato de sus hazañas como capataz de minas en Oruro y Potosí, o su vagabundaje por las costas del Perú.

Los chinos eran sus favoritos.

—Yo conocí en Iquique a un chino que era presidente de la Sociedad Lu Wi Wa, que es la máquina receptora de los chinos para todo el norte, y me creo, también, para todo Chile. Todos los que llegaban de contrabando a Iquique estaban unos quince días en una carnicería mientras aprendían el oficio y después desaparecían. El chino presidente, mi amigo, decía

que eran parientes. Pero yo nunca le creí porque eran chinos de todas clases. Después estos chinos desgraciados se casaban con las mujeres más lindas de la pampa...

Los amores de los chinos preocupaban al viejo Caucamán.

—En el Mercado de Calama había un puesto de verduras, sin verduras. Unas pocas papas, unos pimientos y nada más... En el Mercado había cinco chinos. Los cinco, carniceros, y el más feo de todos, más feo que la noche oscura, más feo que no sé qué cosa, era el marido de la mujer más linda de Calama. Me encontré este chino por primera vez en la flota de Chuqui a Calama. El chino feo había ido a vender unos corderos a Chuquicamata. Comenzó a hablarme de su mujer, que era la más linda de Calama y que tenía que ir a conocerla... Y que esto y que l'otro... Fui a la casa del chino y, en verdad, tenía la mujer más linda de Calama... En Potrerillos, la mujer más linda estaba casada, también, con un carnicero chino. Este chino cuando se casó puso alfombra desde el almacén hasta la iglesia... Claro que quedaba al frente...

Caucamán viejo tenía conversaciones que nadie podía seguir, sobre las jaranas chalacas y los bochinchos que armaban los vaporinos chilenos en la calle Veinte de Septiembre de la capital peruana. Se dolía del desgano con que los pensionistas escuchaban el relato de sus aventuras. Prefería la burla a la indiferencia, y ésta lo hacía fantasear.

—Para que vean... En Lima todo se puede comprar a plazos. Hasta un pato asado se puede comprar a plazos... En La Arequipeña, los cuyes fritos eran a cincuenta cobres, y los cuyes en picante, a sesenta...

Se desataban las risas burlonas de los pensionistas y entonces la señora Aurelia murmuraba algunos reproches a su marido.

Caucamán chico creció con cierto regalo. Hasta los quince años no tuvo más obligaciones que las escolares y una que otra ayuda en los quehaceres domésticos de la pensión. Iba a las compras y acompañaba a su padre en la maestranza, llevándole comida en el lonchero. El resto del día vagabundeaba a su gusto, como perro de playa. Alguna vez, y más por capricho que por necesidad, trabajó de canastero en el Mercado, llevando mangos, naranjas y plátanos.

La chiquillería de la pampa debía afrontar, tarde o temprano, un trabajo más recio. Los amigos de su padre opinaban que el niño debía hacerse hombre, pero Caucamán padre no cejaba.

—¿Para qué, todavía? Yo no le voy a dejar fortuna. Por lo menos, que recuerde que su padre no lo pulpeó de chico. Ya aprenderá, mi amigo. De estas soledades es difícil librarse.

Caucamán viejo murió, repentinamente, después de unas sonadas fiestas de Pascua y Año Nuevo.

La vieja Aurelia, como si con la muerte hubiera heredado las inquietudes de su marido, descuidó la pensión para dedicarse a pasear. Por cualquier moti-

vo bajaba a Tocopilla, donde tenía parientes. De vuelta se traía a escondidas algunas botellas de pisco para su propio consumo.

El chico Caucamán tuvo que improvisarse como cocinero y soportar las bromas y reclamaciones de los tres o cuatro pensionistas que seguían fieles.

Con el tiempo, la Aurelia descubrió que tenía otros parientes en Antofagasta, e inició con ellos una breve correspondencia. Dentro de su mutismo habitual comunicó a su hijo que la pampa la hostigaba. El recuerdo del finado no la dejaba tranquila. Era mejor buscarle a la vida por otros lados. Viajaría a Antofagasta antes que se acabara la plata. Si encontraba ambiente, podían liquidar la pensión; y entonces bajarían los dos, de una vez, al puerto.

Una tarde inició el deseado viaje y ya no volvió más.

El joven Caucamán vino a saber con retraso la muerte de doña Aurelia y no pudo llegar a tiempo para los funerales.

El huérfano no logró nunca tener una impresión clara de su madre. Morena, alta, canosa, de pocas palabras. Muy fatalista; todo lo recibía con resignación. Era buena y triste, pero jamás había tenido una expansión con su hijo. Este hubiera querido recordar un consejo, una amonestación o disgusto. Pero nada; su imagen, con una sartén en la mano y los ojos irritados por el humo de la cocina, se le esfumaba.

Los viejos amigos de su padre lo protegieron y

aconsejaron. Había que hacerse hombre. Vendió los muebles de la pensión y, en calidad de obrero de la maestranza, pudo ingresar en uno de los *buques* para solteros del campamento chileno.

Pedro Caucamán se adaptó con placer a su nuevo estado. Ahora vivía con más independencia. Empezó de ayudante trabajando con el combo e hizo la carrera completa en la forja de hierro. Fue, sucesivamente, ayudante, combero y limador.

Se inició en la vida del joven soltero de la pampa. Asistía a los bailes sabatinos en el gimnasio del estadio y a la borrachera del domingo en el Club de los Obreros. No era bebedor. Prefería las excursiones al río Loa y los partidos de fútbol contra la Oficina Pedro de Valdivia.

Por aquel tiempo, apenas cumplidos los dieciséis años, su aventajada estatura interesó a los jugadores de básquetbol. Lo probaron y no lo hizo mal. Embocaba con facilidad, aunque era un poco torpe en sus desplazamientos. Cuando los turnos del trabajo le combinaban bien, Caucamán lanzaba la pelota frente al cesto, horas enteras.

Se hizo un temible embocador y ya nadie discutía su puesto como delantero en el primer equipo de María Elena.

Durante dos años Caucamán trabajó su estilo de basquetbolista. El niño larguirucho había cuajado en un mocetón respetable de músculos largos y poderosos. Era sólido y ágil, de manos grandes y duras.

Pero estos afanes no eran meramente deportivos.

Su ideal era recorrer mundo. Actuar en Santiago o Valparaíso frente a las multitudes, y tal vez, con un poco de suerte, cruzar la cordillera rumbo a Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro.

Por aquel entonces cambió su trabajo de la maestranza por el de los cachuchos, más liviano y soportable. Los dirigentes conseguían labores aliviadas a los deportistas que iban a defender los colores de la Oficina.

No tuvo suerte. Por dos años seguidos el equipo de María Elena fue derrotado en las eliminatorias zonales.

Caucamán fue tornándose escéptico con las posibilidades paseanderas de su deporte. Había que buscar por otro lado. Un amigo de su padre, ex pugilista, comenzó a interesarlo en el box.

—No seas tonto, Pedro. Tienes la cuerpada. Haces bien el peso pesado, que es escaso. Ganas la eliminatoria y te llevan a Santiago. *María* presenta equipo todos los años. Nada de competencia con Antofagasta, Chuqui o Pedro de Valdivia. Ahora, si resultas muy bueno, acuérdate del Tani Loayza, de Arturo Godoy, de Quintín Romero. Todos nortinos.

El peso liviano Domínguez, su compañero de labores, lo inició en el duro aprendizaje de la gimnasia especial de los púgiles. Caucamán tomó con gran impulso su nueva afición. Le gustaba el boxeo por lo que tiene de individual. Nada de glorias y derrotas repartidas. Todos los aplausos para el más bravo.

Compró un cuaderno grueso y fue pegando boxeadores, recortados de viejas revistas deportivas.

A solas, frente al espejo, le gustaba fantasear y tomarse examen.

“Ahora, la guardia de Jorge Carpentier. Veamos las tres guardias de Jack Dempsey... La de pelea y las dos de fantasía... Este es Luis Vicentini, de perfil.”

Memorizaba historias de boxeadores nacionales y extranjeros. La imaginación se le iba poblando de guardias, fintas, contragolpes, esquives y fueras de combate. Los cachuchos se le antojaban una sucesión de *rings* abandonados, sin cuerdas.

Pincho González, vieja gloria del pugilismo pampino, lo iba puliendo con paciencia infinita.

—Hay que ganar la eliminatoria, Caucamán. Las manos no tan cerradas; se cansan las muñecas. A medio cerrar, no más. Hay que apretar las manos al tirar el golpe... No tan parado. El cuerpo, suelto... Así... A ver, tira la izquierda, en puntete... Cerradita la guardia... Pega los golpes, por dentro; no *gualetes*. Más agachada la cabeza. Hay que cuidar el mentón...

Llevaba, apenas, tres meses de práctica. Algunos dirigentes eran de opinión que esperara un año más. Otros, y entre ellos el entrenador, pensaban que convenía llevarlo a Santiago. La delegación era muy chica y liviana. No tenían hombres en las categorías altas. El peso medio estaba bajo control médico y el

mediano se había fracturado una pierna en los entrenamientos.

—Los pesados son todos malos —insistía Pincho González—. Caucamán ha hecho otros deportes, es rápido para la categoría, tiene sentido de la distancia y buen ojo. Le falta cancha. Conviene mandarlo para foguearlo. Yo les apuesto lo que quieran a que no lo eliminan en la primera pelea. Háganme caso y a lo mejor gana el título para *María*. Tiene golpe y resiste. Lo demás lo aprende de a poco. Llévelo sin miedo.

Empezó el campeonato interno de María Elena. Ese año no había pesos completos. Se presentó, sin embargo, a última hora, un peso pesado de Coya Sur que tenía más bien fama de malo, pero con alguna experiencia: el *Tumbaíto* Araya. Fue una pelea fácil. El *Tumbaíto* era hombre de más edad, bajo y gordo.

Caucamán, alentado por sus amigos y fiel a la consigna del Pincho González, se fue sobre el de Coya y lo arrinconó en las cuerdas.

Su adversario sólo atinaba a cubrirse. De pronto, el gordito lanzó un pesado y lento derechazo que rozó una oreja de Caucamán. Este, aprovechando un claro que dejaba la guardia de su rival, metió con toda su alma un gancho de derecha. El de Coya se desplomó, doblándose sobre el estómago y haciendo muecas de dolor.

Había ganado la pelea al minuto, sin recibir prácticamente un solo golpe.

Una nube de aficionados y dirigentes le golpeaba las espaldas, felicitándolo por el triunfo.

Terminada la competencia interna, ya nadie discutía la inclusión de Caucamán en el equipo representativo de la Oficina.

Siguió en las manos del Pincho González y del liviano Domínguez. Ahora el entrenamiento era más duro y sistemático y había que hacer guantes, diariamente, con boxeadores duchos y experimentados que le llenaban la cara de avispas y se reían a gusto de su noviciado.

Le estaba prohibido responder con fuerza. No podía abusar del peso.

—Hay que acostumbrarse a recibir el castigo —le insistía Pincho González.

Caucamán, con los ojos humedecidos, descargaba su ira contra la bolsa de arena.

El liviano Domínguez le daba consejos y mantenía firme su afición.

—Hay que ser paciente y advertido. Te falta mucho, todavía, para pulirte, pero vas saliendo de lo peor. Más vale recibir con guantes de diez onzas que con guantes de combate. Tienes que hacer el ojo a los puñetes. Después el cuerpo esquiva y se defiende solo... No te olvides, la defensa es lo principal en un novicio. Todavía tenemos tres semanas.

Domínguez era un elemento experimentado y de buena técnica. Desde niño había peleado en Iquique,

Antofagasta y Tocopilla. Conocía prácticamente todos los cuadriláteros de la pampa. Una crisis del salitre le permitió conocer Santiago en compañía de su padre y pronto mostró su destreza en las reuniones sabatinas de los clubes de barrio. Veloz, resistente, poseedor de un buen latigazo de izquierda, era un púgil frío que sabía durar las tres vueltas y convencer al jurado.

El box le había servido para conseguir empleos en las grandes empresas que organizan centros deportivos con el fin de distraer a sus obreros. Un dirigente entusiasta le consiguió trabajo en el mineral de El Teniente, y defendiendo los colores de Sewell había estrenado en el Campeonato Nacional, en la categoría pluma.

Su carácter indisciplinado y aventurero no le permitía asentarse definitivamente en ninguna parte. Sobre sus espaldas había lucido batas multicolores de industrias y ciudades.

En el peso liviano alcanzó cierta nombradía. Más de un entrenador barato lo quiso convencer para que ingresara al profesionalismo, pero Domínguez no era partidario de disciplinas muy estrictas. Entonces apareció por Santiago un viejo deportista de María Elena, quien le recordó su condición de pampino y se lo llevó para animar el boxeo aficionado en la pampa.

Caucamán estaba en buenas manos.

C A P I T U L O I I

DESDE EL mineral de María Elena, en un carro de tercera del ferrocarril longitudinal, habían llegado a Santiago para combatir en el Campeonato de Chile.

Del horroroso viaje de tres días —sol de fuego del desierto y noches de frío taladrante— Caucamán traía recuerdos confusos. La lectura repetida de revistas deportivas compradas en el tren; la sonrisa luminosa de una mujer en la estación de Vallenar, a las siete de la mañana; mujeres y niños que dormían en el suelo, asidos a sus maletas.

Sus compañeros boxeadores reían y se desplumaban, sin miramientos, jugándose los pesos al siete y medio y a la brisca con una grasienta y muy conocida baraja, llena de manchas y cicatrices.

Viejas nortinas que iban a algún punto cercano los aconsejaban:

—Tengan cuidado... Los santiaguinos son tan mañosos y burlones. De las santiaguinas mejor no hablar. El colmo del orgullo y la veleidad...

De noche una mezcla afiebrada de hollín y polvo se les metía por las narices y los ojos, estropeándoles el sueño.

A la mañana siguiente el paisaje seguía igual. ¿Dónde estaba aquella mentada verdura de que hablaba su padre? Jiménez, el jefe de la delegación, que viajaba en primera, los venía a visitar y les traía agua y frutas.

—Es el último entrenamiento, el último apretón. La ley del pampino. Después, con una buena comida y cama, quedarán nuevos.

Al llegar a la Estación Mapocho, los esperaba un señor de la Federación de Box. No se atrevió a preguntar cómo habían hecho el viaje. Los cinco púgiles, del mosca al pesado, mostraban una facha lamentable, tiznados y con los ojos enrojecidos. Fracasaron las gestiones para traerlos por mar, en un buque de la Sud-Americana. Las camas del tren estaban tomadas con meses de anticipación...

Era siempre la misma historia. Había que pegarse el apaleo de tres noches, durmiendo de pie o en el suelo, sin agua, tragando polvo y porquerías, para divertir a los santiaguinos.

Tomaron un ómnibus que cruzaba el centro, rumbo a la Alameda. Domínguez y el delegado Jiménez, que conocían bien la ciudad, les iban mostrando algunos lugares.

—Miren bien. Esta es la Plaza de Armas. Ahí está el Correo. Al fondo, la Catedral. Esos son los portales llenos de niñas buenas mozas... De noche van a apreciar los avisos luminosos... ¿Alcanzan a ver?... Aquél es el cerro Santa Lucía...

Los pampinos recuperaban el buen humor. Ape-

nas podían disimular su emoción. ¡Qué importaba el viaje! Al fin estaban en Chile.

En aquella tibia y luminosa mañana de primavera, la capital se les mostraba inmensa, ruidosa, inabarcable, con un sinfín de novedades y delicias.

Caucamán apretaba los puños, con fuerza, clavándose las uñas.

Descendieron en la Alameda. A pocos metros, por la calle Estado, estaba el Hotel Aitor, donde les habían reservado habitaciones. A Caucamán le asignaron una habitación en el tercer piso. Tenía dos camas; una de ellas iba a ser ocupada por Domínguez.

El peso pesado amaba el aseo. Pidió un baño caliente y se metió en la cama. Sus compañeros habían bajado a almorzar.

Despertó con el sol bajo. El liviano Domínguez se afeitaba frente al espejo.

—¿Qué tal la cama, compadre? Vístase luego. Hay que comer temprano para ir al Caupolicán. Hoy presentan a las delegaciones. Tenemos que llevar el equipo para hacer el saludo.

Al salir a la calle rumbo al estadio, la ciudad nocturna ofrecía un derroché de luces de colores. Los avisos luminosos incendiaban las calles. La Alameda de las Delicias era un suave descender de luces blancas que bajaban desde la cordillera.

Caucamán cambió miradas de inteligencia con Tejo, el peso pluma, y Cancino, el peso gallo. También ellos venían por primera vez.

Santiago valía la pena, sin duda. La cuestión

era durar. Ya les habían dicho que al que perdía lo empaquetaban para el norte, en el primer tren.

Subieron a una *góndola* Ovalle-Negrete. Las calles estaban pletóricas de músicas y ruidos. El ronco trepidar de los autobuses sofocaba, por momentos, el grito de los suplementeros y de los vendedores de frutas. El ómnibus corría entre escenas que Cauca-mán hubiera querido apropiarse y demorar. En la Plaza Almagro, un grupo de evangélicos, con uniforme, cantaba acompañándose de bandurrias y de guitarras.

—Esta calle San Diego es muy hombre —insistía Domínguez.

Llegaron a la entrada del Caupolicán. Las boleterías del estadio estaban repletas de público.

En la acera del frente, infinidad de victrolas automáticas y altavoces lanzaban, sin descanso, chorros de tangos y boleros envueltos en luz roja. Para los atezados peleadores de María Elena era un espectáculo de maravilla aquella multitud frenética y alborotadora.

Ya vestidos y uniformados con las camisetas de rigor, peinados y repeinados, los hicieron pasar a un palco del sector sur, junto a los camarines.

Peleaban dos preliminaristas. Cauca-mán sintió un estremecimiento doloroso, de estupor, al apreciar las dimensiones del estadio.

Allá arriba, en la galería enorme, iba tomando colocación una multitud bulliciosa, descreída y violenta.

Llegaban, en sordina, las voces de los vendedores de refrescos.

—¡Malta, *bil* y *pilse*! ¿Quién va querer los helados del San Cristóbal? ¡Maní, maní! ¡Al rico maní, maní, tostadito, confitado y caliente!... ¡Papaya y aloja! ¡Papaya!...

En la penumbra, la galería se mostraba bulliciosa y amenazadora. Todo lo advertía e interpretaba, exageradamente, con crueldad. La menor vacilación de uno de los pequeños peleadores que se movían como títeres en el cuadrilátero, era ridiculizada con pullas. Los azuzaban como a perros bravos. Docenas de entendidos gritaban sus opiniones.

—Vos primero, Paguacha.

—¡Boxéalo, *Vega-Poniente*, hombré! ¡Pura izquierda y ganchito!

—¡Dale zapallito!, ¡dale porotito!, ¡dale arvejita!

—¡Recibe, *México*, hoo! ¡Recibe no más!

—¡Pelea, Chiray! ¡Tírale la hediondez, Chiray!

Bajo la luz cruda de los cinco reflectores, los preliminaristas se golpeaban heroicamente.

Enormes cartelones anunciaban números de circo y películas de cine; docenas de películas de esas que jamás llegaban a la pampa. Avisos del Gran Parque El Rosedal (*Presenta sus caras nuevas con la insuperable orquesta de Natalio Tursi. Asistirá la Reina de la Gran Avenida: Zoraida Primera*).

—¡Saca por fuera, Coqui! No le *errái uno*, por fuera, Coqui.

El balcón de los boxeadores se iba poblando de

caras morenas, reticentes, venidas de los puntos más lejanos de la república.

Allí estaban todas las gradaciones del moreno nacional, desde el aceitunado húmedo de Chiloé y Valdivia al moreno seco, más rebelde al sudor, de la pampa salitrera. Tampoco faltaban los sanguíneos y agresivos del valle central, huasos de grandes canillas y mirar huidizo.

Santiago proporcionaba un tipo de boxeador perfilado, de mirada fría y delincuente.

Vestían como para la representación de un *bailet*. Todos hablaban rápidamente con gestos vivos y velocidad de contragolpe. Se saludaban corto y a codazos.

—¿Qué hubo?

—¿Qué hubo?

Concluidas las peleas preliminares y ya repleto el estadio, comenzaron a subir los púgiles por provincias y ciudades. La galería aplaudía y ridiculizaba aquel derroche de colores en fiesta. Cuál más, cuál menos, todas las delegaciones trataban de superarse. Había premios para la mejor presentación.

Junto a las batas rojas de Chuquicamata, lucían los ferroviarios sus chombas verdinegras. Los navales, en azules discretos, llevaban una ancla en el pantalón. Especialmente aplaudidos fueron los de San Bernardo, que en conjunto formaban la bandera patria.

Y aquello no llevaba visos de terminar. Por las cuatro esquinas del *ring* afluían filas azules, verdes,

lilas, anaranjadas: Santiago, Aviación, Talca, Sewell, Iquique, Chiloé.

A su turno, entre las batas con lechuzas de la Universidad de Chile, avanzaron los de María Elena, con camisetas amarillas.

Caucamán apenas se dio cuenta cuando ya estaba en el centro del cuadrilátero, respondiendo a los hurras del equipo.

Era una especie de diálogo que habían inventado en el viaje:

—¡No venimos!

—¡A ganar!

—¡Venimos!

—¡A confraternizar!

La galería, entre risas irónicas, ovacionó a los pampinos. Ya iban a retirarse, pero alguien los retuvo.

Los altavoces anunciaron precipitadamente algo muy esperado. Fotógrafos y hombres de la radio invadieron el *ring* arrinconando a los boxeadores, mientras dos hermosas señoritas, de blanco, subían por rincones opuestos.

Eran las reinas de la primavera. La más morena, Natacha González, fue presentada, en medio de un chivateo indescriptible, como la reina del pueblo, de los deportistas y de la Escuela de Artes y Oficios.

La otra belleza, más blanca y europea, de apellido yugoslavo, representaba a los estudiantes secundarios y universitarios con especial mención del Liceo N.º 1 de Niñas.

La gritería aumentaba.

—¡Viva la reina del pueblo y de los estudiantes técnicos que trabajan!

—¡Viva la verdadera reina de los estudiantes!

Los fotógrafos aprovechaban los saludos de la reina a los boxeadores.

A Caucamán lo obligaron a salir al frente para que la reina popular le diera su enguantada mano.

—Saca pecho, negro —le susurró Domínguez, dándole un rodillazo. El pampino bajó la vista dejándose llevar.

Era sorprendente: Caucamán, moreno, de frente estrecha y ojos pardos, se parecía bastante a la reina de los barrios. La chiquilla engalanada adivinó la timidez del muchachón del norte y le brindó una sonrisa ancha y alentadora.

—¡Buena, Natacha! ¡Que se abracen! —bramaba la galería.

La reina de los barrios, sana y graciosa, era, en medio del *ring*, una luchadora más que se abría paso por belleza y fuerza física.

Fueron presentando otras reinas. Era una verdadera epidemia. La que no reinaba por su belleza era reina de la simpatía, del compañerismo o simplemente de un barrio, fábrica o comercio importante.

Desfilaron, entre risas, besos y silbidos eróticos, las reinas del Pasaje Abusleme, del Mercado Central, de la Tienda El Progreso, del Telégrafo del Estado; las del Salón Virginia, de Taufik Valech y la Textil Chacabuco.

Las reinas y vicerreinas repartían a los púgiles entradas para sus bailes y proclamaciones.

Caucamán regresó a los camarines para vestirse. Cuando volvió al palco de los boxeadores, el desfile monárquico de las bellezas y simpatías había concluido y el anunciador daba los nombres de la primera pelea oficial de la noche.

El nortino apenas podía apreciar los detalles técnicos de la lucha. Su preocupación era el público. Los santiaguinos le parecían burlones y malintencionados.

Jurados y delegados, junto al *ring*, en un recinto rectangular que la galería nombraba "El corral de los chanchos", recibían sonrientes toda clase de insultos.

—¡Viejos ladrones!

Si el fallo era absurdo o impopular, la galería les lanzaba una lluvia de monedas y listones. Se encendían las luces antes que menudearan las botellas vacías, mientras los señores del jurado se cubrían, graciosamente, la cabeza con las manos.

Caucamán de buenas ganas hubiera regresado al hotel. Aquel ambiente era demasiado duro y agresivo para sus nervios.

En el intermedio, el anunciador pidió un momento de silencio para presentar las viejas glorias del pugilismo nacional. Apagadas las luces laterales, bajo los reflectores del *ring* se destacaron las figuras rotas y cansadas de aquellos mismos héroes que

el nortino había pegado cuidadosamente en su cuadro de recortes.

Allí estaba saludando al público, derrotado y mal vestido, un viejo boxeador nortino que había peleado en el extranjero y ahora servía de hombre fuerte en los calabozos de Investigaciones.

El anunciador recordaba antiguas proezas, y se empeñó en dar una entonación pedagógica a sus frases. Eran los modelos que debían seguir los que empezaban a golpearse.

Al final, y como para borrar la triste impresión que había dejado la vejez boxeril, presentaron a dos profesionales de moda, en la cumbre de su carrera deportiva, que se despedían del público de Santiago antes de iniciar una gira de combates por el extranjero. Vestían con elegancia y en los rostros jóvenes y vivaces resplandecían la salud y la prosperidad.

Se cansó de descifrar, a la distancia, los avisos de la galería.

TORNEO DE CATCH. LUCHA DE RELEVOS CON LA PARTICIPACIÓN DE ASTROS MUNDIALES

Renato The Beautiful
Vittorio El Romano
Huaso René Briones
Barbudo Gorila Español
Pepe Santos (Patadas Volantes. Curicano)
El Espectro (Brasileño)
El Tarzán Vasco
Joe Fica (Chileno)
El Verdugo (Mexicano)

Máscara Roja (Incógnito).
Vicente García (Manolete).
Gran Ahmed (Arabe-Argentino).
Der Grolser Samuel (Judío).
Enio Landroux (Adonis Francés).
As de Espadas (Chileno).
Yuri Oyakawa (Judoka Japonés).
Baby Roca (Argentino).
Leo Farías (Campeón Vega-Mapocho)

IMITADO... sí,
PERO NUNCA IGUALADO.
LOS CAMPEONES PREFIEREN EL VINO CASABLANCA.

Tuvo la impresión de que se iba a quedar dormido y subió a los corredores.

Junto a la entrada principal, sorprendió a Domínguez bebiendo cerveza con dos desconocidos.

A pesar del tumulto, no pudo hurtar el cuerpo. Su compañero lo llamaba.

—Este es el peso pesado que traemos.

—Tanto gusto. A sus órdenes.

Los amigos de Domínguez eran apostadores. Hablaron de miles de pesos jugados en las primeras peleas. Querían saber algo de Caucamán. Domínguez les informó. Era novicio, pero pegaba fuerte.

—Recibiendo no sabemos cómo será, ¿no es cierto, compadre?

Caucamán asintió, modesto:

—He peleado muy poco. Mejor que no jueguen a mis manos.

Lo obligaron a beber. A uno de ellos, bien vestido, Domínguez lo presentó como gran deportista y dueño de carnicería en el Matadero.

El segundo, fuerte y sanguíneo, tenía pinta de hampón y la cara surcada de puñaladas artísticas.

Una cicatriz le corregía las cejas y otra, la más impresionante, en ramillete de tajos, dibujaba una especie de barba austríaca desde la sien izquierda hasta los labios. Vestía chaqueta clara y pantalón os-

curo. Prendas de ternos diferentes. Hablaba muy rápido, ronco y aniñado.

El carnicero advirtió alguna desconfianza en el joven peso pesado y se adelantó a precisar bajando la voz:

—Nosotros no nos arreglamos con los boxeadores. Jugamos derecho. Domínguez nos conoce. Claro que agradecemos cuando nos dicen si alguno ha tenido atrasos, o si no viene dispuesto a mostrarlo todo en la primera pelea. Y si no nos quieren decir nada, siempre seguimos amigos.

El acuchillado miraba a Caucamán fija y agresivamente, como para marcarle la memoria. Domínguez se reía, restando importancia a la escena.

La conversación tuvo un desenlace inesperado. El altoparlante anunció, por dos veces seguidas:

—El boxeador Pedro Caucamán, de María Elena, a los camarines.

—Es a ti, ñato —le dijo Domínguez, llevándolo de un brazo.

A la entrada del camarín los esperaban el delegado y un señor de la Federación. Jiménez, muy nervioso, lo llamó aparte.

—Mire, Caucamán, usted aparecía como suplente en esta reunión, en el peso pesado. Yo le dije que no lo pueden obligar a pelear hoy mismo. Ahora que yo creo que le conviene. Mañana va a estar tan molido como hoy y mucho más nervioso. El contrario de esta noche es malo; el de mañana sería más tieso. A cambio del favor que nos piden, este caballero se com-

promete a no ponerlo hasta la tercera o cuarta reunión; o sea, que dispondría de más de diez días libres para entrenarse.

—¿Y si pierde? —objetó Domínguez.

—Se quedaría con nosotros una semana, por lo menos.

Domínguez dio un gruñido de aprobación, mirando a su compañero.

—Conforme —dijo Caucamán.

El joven de la Federación le palmoteó las espaldas, agradecido.

—Vaya a vestirse. Quedan tres peleas todavía.

—Subiremos los tres —intervino el delegado—. Usted, Domínguez y yo. Vaya al camarín, yo lo alcanzo. Voy a buscar sales y vendas nuevas.

Caucamán se desvistió con calma. Apenas oía los consejos de Domínguez:

—No lo dejes boxear. Al dulce al tiro. Gánalo de atropellada. En el pesado hay que pegar comenzando.

Escuchaba, ausente, un tanto deprimido.

—Oye, esos ñatos que me presentaste quiénes son, cómo se llaman. No me gustaron nada.

—No te preocupes. Son amigos. El carnicero se llama Caroca. Al otro le dicen el *Tirante*. Son volterios y no molestan. Después te diré... Es pura conversa...

Domínguez le repasó la moral a conciencia:

—Vas a ganar. Estuvo muy bien la siesta de la

tarde. Es mejor así, de repente. Se sale del empacho. Véndate. Te voy a masajear un poco las piernas.

Caucamán se dejaba hacer. Todavía no tomaba conciencia de lo que había sucedido, pero su corazón latía con fuerza. Después de todo, tenía una semana asegurada.

Miró el patio de los camarines, pero no vio a ningún peleador de su estatura. A lo mejor, su adversario estaba ya vestido, en la platea. Domínguez lo tranquilizó:

—Falta mucho todavía. Lo menos un cuarto de hora, si no hay fueras de combate. Tiéndete. Arrópatte bien y trata de dormir. Por lo menos cierra los ojos. Yo sigo a tu lado.

Caucamán trataba de no pensar ni moverse. Cada movimiento le parecía un derroche inútil, capaz de debilitarlo. Empuñaba las manos, bajo la bata. Después de todo, en una hora más el asunto habría concluido.

Pasaron algunos minutos. Se abrió con estrépido la puerta de los camarines y entraron dos medios medianos. Uno de ellos, con la cara llena de sangre y agua, informó:

—Faltan dos. La de los medios pesados no dura un *round*.

Domínguez comenzó a calzar las manos de Caucamán y a recitarle, una vez más, las líneas generales del combate:

—No conozco a tu contrario, pero no es bueno. Se sabría. ¿Qué quiere decir eso? Izquierda extendi-

da, adelante. Puntear y tomar distancia. Siempre calmado, nunca derrotado. La derecha paradita, arriba, para barajar. Esto es el primer minuto. Hay que mostrar técnica y entrenamiento. Cuando ya le conozcas el juego, lo atropellas. Tengo la idea de que el tal Velázquez debe ser un guatón de los que se deshacen al primer puñete. Tantéalo durante un minuto, para que no te pille frío. Después lo invitas al cambio de golpes y lo cortas de un viaje. Te vas a ir bien... Lo más importante es que no le hagas mucho caso al público, ni al fotógrafo ni a nadie. En el *ring* se mira sólo al contrario y se oye al árbitro. Nadie más...

Al subir al cuadrilátero lo aplaudieron poco; pero cuando el anunciador daba su nombre, peso y procedencia, la galería lo ovacionó.

—...En este rincón, Guillermo Velázquez, de Puente Alto. Su adversario, Pedro Caucamán, de María Elena. Decimasegunda pelea y última de la noche.

Caucamán oía mirando la lona. Lo dominaba una nerviosidad alegre. Sentía miles de ojos pendientes de él.

Cuando Domínguez le quitó la camiseta, un murmullo de aprobación recorrió la platea y las localidades altas. Era un pesado joven, sin grasa, de apostura firme y desenvuelta.

El árbitro los tomó amistosamente de la nuca, repitiendo las instrucciones del combate. Los apostadores iniciaron sus tanteos, desvergonzadamente.

—¿Quién les gusta, hombré?

—¡Caliche voy! ¿Quién asegura ganancia con Puente Alto?

—¡Voy María Elena, doble contra sencillo!

—¡Pantalón colorado voy!

—¡Me gusta el norte por quinientos! ¡Voy derecho!

Caucamán observó de reojo a su contrario. Era bajo, gordo y fofo. La nariz aplastada y los párpados y orejas hinchados mostraban, bien a las claras, que no se trataba de un novicio.

—Búscales el odio, Caucamán. Que acepte la pelea, de frente —susurraba Domínguez—. Que no te boxee...

Sonó la campana, y Caucamán, con un balanceo exagerado de jugador de básquetbol, reprodujo, inconscientemente, una guardia aparatosa, con el brazo izquierdo muy estirado. La galería, por esta vez, no quiso romper su silencio. Lo perdonaba.

El gordito inició un par de esquives astutos y se lanzó, con golpes cortos, al estómago del nortino.

Caucamán no atinaba en la defensa. Por dos o tres veces el de Puente Alto amagó con la izquierda para metérsele con la cabeza baja y protegida, res-tregándose contra su estómago. Era una especie de boxeador-frazada, que al menor descuido se le pegaba al cuerpo, sobándole la nariz y los ojos con los guantes.

“Téngo que buscarle el odio”, pensaba el nortino, balanceándose en la punta de los pies.

Volvió el de Puente Alto a escurrírsele debajo de su izquierda extendida, y entonces Caucamán, antes que la cabeza de su contrario buscara abrigo en su pecho, lanzó la derecha, en un golpe de arriba abajo, como un tirabuzón. Al separarse el puentealtino mostraba una ceja partida.

—Cuidado con ese golpe —le murmuró el árbitro, golpeando las manos—. Hagan pelea.

—Ya, María Elena. Líquidalo. Apúralo, que ya es tuyo —gritaban en las populares.

El gordo perdía sangre y paciencia y quiso jugarse entero, en un soberbio y bien anunciado aletazo. Caucamán lo esperó a pie firme y otra vez su derecha se disparó sola, hacia abajo, como en un golpe de martillo, alcanzando a su rival en pleno mentón.

El gordo cayó sentado, en forma muy poco elegante, y allí esperó, con cierta filosofía, la cuenta de los diez segundos.

Después todo fue un remolino de abrazos, fotografías y felicitaciones. Domínguez se le colgó al cuello. La galería chillaba.

Al bajar del *ring*, un señor se le acercó con un micrófono lleno de cordones, que movía de un lado a otro.

—Díganos dos palabras para *Actualidad Deportiva*. En este momento lo estarán oyendo sus amigos y familiares de María Elena.

Caucamán tragó saliva, desconfiado, mientras el locutor transmitía detalles de la pelea en voz baja:

—El pesado Caucamán, con el *record* del *knock-out*, a los cincuenta y seis segundos, hablará para ustedes, en forma exclusiva, desde el *ringside* del Cau-policán.

—Es que... yo no tengo familia.

—No importa... Hable para sus amigos del norte.

—Estoy muy contento de haber ganado mi primera pelea en este campeonato. Saludos a los pampinos de *María*. Defenderé los colores... Todos los compañeros están bien...

—Bien, Caucamán. Queridos radioescuchas, acaban de oír al campeón pampino Pedro Caucamán después de su sensacional...

Domínguez lo empujaba hacia los corredores.

—No les des mucha pelota. Si pierdes, ni te miran. Vienen a revolverla con nosotros.

A la entrada de los camarines una turba de heladeros y de chiquillos zaparrastrosos, de los que se cuelan gratis a la última pelea, se le abrazaban a las piernas y le tocaban los brazos y las manos.

—Buena, Caucamán. Buena, María Elena.

Después de la ducha aparecieron el gallo Cancino, el pluma José Dolores Tejo y el peso mosca Fermín Aqueveque. Lo abrazaban, emocionados. Supieron de la pelea en una fuente de soda por la radio y se habían venido corriendo.

Apareció, también, el delegado, pero se despidió pronto porque lo necesitaban en la entrada. No había tal. El era muy elegante para alternar con sus

boxeadores. Eso era todo. Pero antes de irse agregó:

—Son las doce y diez minutos. A la una en punto los espero en el hotel.

Domínguez tenía su sistema para celebrar los acontecimientos deportivos. Le buscaba por un lado, le buscaba por el otro, y siempre le encontraba motivo.

—Caucamán tiene que pagar el piso —dijo—. Si no, traerá mala suerte.

El pluma José Dolores Tejo atajó en gran forma:

—¡Cómo se le ocurre! Yo convidó a media docena de cervezas, pero parados. Nada de cuentos, porque me caigo de sueño.

Llegaron al Bar Tricolor, en la calle Copiapó.

Domínguez introdujo una moneda en la ranura de la victrola iluminada y al momento se dejaron oír los acordes del célebre vals *Antofagasta*:

*Oh, dulce amor mío,
bailemos este vals.*

.....

El local estaba repleto de boxeadores y aficionados. Algunas busconas baratas pasaban, de mesa en mesa, buscando bebida y amistad.

Caucamán sentíase entre contento y angustiado. Aquel día parecía una semana, no terminaba nunca.

Despachada la segunda cerveza, Caucamán quiso retirarse.

—Tengo los riñones molidos, hermano. Todavía siento el tren.

Nadie tuvo fuerzas para insistir. Doblaron a espaldas del Caupolicán, por Lingue.

La calle era un sinfín de casitas rojas, de ladrillos, dedicadas al amor nocturno.

Frente a cada puerta, y asomándose a todas las ventanas, había mujeres llamando, con voz plañidera, a los transeúntes:

—Me da un cigarrito, por favor.

A esa hora la calle alcanzaba su mayor dinamismo. Las daifas más jóvenes entraban y salían; corrían a la esquina y saludaban a los indecisos, discutiendo el precio del beso y la cerveza.

Cada tres o cuatro minutos, dos carabineros gordos y calmados se daban a correr la calle. Oíanse, entonces, silbidos nerviosos y una notable cantidad de velados timbres de alarma. Se apagaban las luces y todas las puertas y ventanas quedaban cerradas.

Por breves minutos la calle entera disfrazaba su intranquilidad. Los policías la doblaban con regodeo lento, y de golpe, como por arte de magia, la calle Lingue recuperaba su turbio esplendor.

La delegación de María Elena pasó por el medio de la calle, mirando con disimulo.

—Estas pescadas tienen campeonato todo el año —reía Domínguez—. Se hacen tiritas todas las noches.

Una gorda se entusiasmó.

—¡Tráiganme al más chiquitito, para probarlo!
—gritaba, señalando a Caucamán.

—Son *borseadores* —anotó su compañera de ventana—. ¿No ves que llevan la maletita?

Al día siguiente Caucamán despertó molido y maltratado.

—En dos días más estarás mejor que en la pampa —le decía Domínguez, con la cara llena de jabón—. Echales una miradita a los diarios. Esto te va a entonar. Manda un par de recortes a *María* y levántate. Ya dieron las diez.

A la hora de almuerzo el jefe Jiménez les habló del examen médico y dental. Había que cuidarse. Además del triunfo personal estaban la actuación y la fama del equipo.

—Yo no los puedo estar vigilando minuto a minuto, pero confío en la responsabilidad de cada uno. Todo *María Elena* está pendiente del desempeño de ustedes. . . Sobre todo no acepten invitaciones de desconocidos. Hay pungas y cogoteros que se dedican a ablandar las delegaciones y trabajan para los apostadores. No vayan a tomar ni helados cerca del *Cau-policán*. Por ahí andan los de la Federación, y después pasan el cuento.

Caucamán se sintió molesto. Por un segundo llegó a pensar que el delegado sabía de las andanzas de la noche anterior, y estuvo a punto de dar explica-

ciones. Miró a Domínguez. Este escuchaba tranquilo y ausente, como quien oye una lección antigua.

Jiménez no insistió.

—Hoy, domingo, es libre para todos. A los que quieren ir al teatro les tengo entradas. A las seis nos juntamos aquí mismo. A comer tienen que venir todos y a las once, a la cama. Mañana hay que estar fresquitos y levantados a las nueve. Nos esperan en la Federación para los exámenes... Si les da sed, no tomen cerveza, porque engorda y pone pesados los movimientos. Después, para hacer el peso, es una gastadera de plata en baños turcos. La noticia más importante es que vamos a entrenar en el gimnasio del Hogar San Pancracio, que queda cerca, en la calle Rosas. Parece que los va a dirigir *Sonrisita* Gutiérrez, que prepara muy bien.

Después de la siesta, Domínguez convenció al joven peso pesado para ir a la Quinta Normal. Allí se veía de todo y podían visitar el Museo.

—Santiago no es nada el puro centro; otro día nos vamos al cerro Santa Lucía o al San Cristóbal.

Caucamán agradeció las atenciones de su compañero de habitación. Domínguez era el más experimentado del grupo. Siempre alcanzaba a las semifinales y, por una vez, hasta había disputado el título, aunque con poca suerte. Era muy difícil que lo fueran a parar antes de un mes. Tenía mucha experiencia. Boxeaba y pegaba. Claro que su afición por la cerveza era fuerte, pero resistía firme, sin exigir que bebieran a un tranco con él.

C A P I T U L O I I I

EN LA QUINTA NORMAL tomó contacto, por fin, con aquella vegetación que hacía suspirar a su padre. La tarde dominguera de noviembre repartía sus mejores luces bajo los árboles enormes de un verde reciente.

Habían recorrido los pisos del Museo, extasiándose frente a la ballena y las momias egipcias, bolivianas y peruanas.

Domínguez se mostraba poco partidario de permanecer en las salas repletas de piedras, mariposas, pumas y serpientes. Las fieras embalsamadas y barnizadas olían a botica.

—Vámonos a la laguna, mejor. Si encontramos un par de niñas en condiciones, que nos hagan el peso, las convidamos a pasear en bote, ¿qué tal?

Las niñas en condiciones se veían muy acompañadas por panaderos araucanos. Tuvieron que conformarse con asistir a la disputa propagandística entre evangélicos y católicos, que por anchas avenidas confluían hacia la laguna.

Los jóvenes de la Acción Católica llevaban en an-

das a una Virgen de Lourdes, de yeso, adornada con flores, y entonaban himnos alusivos al mes de María. Los pentecostales avanzaban por otra avenida, en formación militar, precedidos por un sólido bloque de guitarristas, violinistas y tocadores de acordeones, bandurrias y mandolinas. Adelante, en fila india, cuatro mocetones anunciaban la palabra de Dios con plateadas bocinas de gramófono.

—Porque de tal manera amó Dios al mundo, que envió a su Hijo Unigénito, para que nos salvara... Acuérdate del Creador en los días de tu juventud... Alma que escuchas, acércate a Dios, porque la hora de su Juicio es venida...

Puestos en rueda, los pentecostales daban gritos, confesando sus vidas equivocadas, sus pecados y desgracias antes que la luz divina les hubiera indicado las filas del Señor.

Era formidable. Caucamán no les perdía palabra.

“Esto es mejor que el teatro —pensó—. Aquí todo es verdad y lo hacen por propia intención.”

Se acercaron a un grupo uniformado, Ejército Evangélico León de Juda, cuyos miembros, hombres y mujeres, usaban uniformes azules, galones y gorras militares.

—Aquí va a predicar el hermano Genaro Ríos, que es tan gracioso —anunció una vieja.

—Hay unas hermanas nada de peores —apuntó Domínguez, sonriéndole a una pentecostal que tocaba el banjo.

El hermano Genaro, alto, gordo y risueño, rompió a hablar:

—Doy gracias a Dios en esta tarde, almas que escuchan, por haberme concedido la oportunidad de decir su palabra. Porque, en un día que se acerca, todo va a desaparecer, mis hermanos, y ojalá no sea tarde para algunos de ustedes... Yo los hago responsables por lo que están oyendo... El Señor se aproxima a la Tierra... Su llegada es cierta y ocurrirá muy pronto... Este hombre que habla andaba suelto en delitos y pecados, pero Cristo me enseñó, mis hermanos. Cristo es mi profesor del Cielo. ¿Quién podrá enseñar mejor?

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! —respondió el coro del León de Judá.

—Nosotros les venimos a hablar del verdadero Dios, no del Dios de los amonitas ni del Dios Moloch... Aquí en el texto dice: "Y entonces Moisés les habló de ir a buscar la Tierra Prometida. Les habló de la miel y ellos no hallaban la hora de comer miel. Pero a las primeras dificultades del viaje, todos se acordaban del Egipto. No hay como Egipto, decían. Allí teníamos camas donde dormir, sepulturas para nuestros muertos y comidas y diversiones"... ¿Y saben lo que les digo yo, mis hermanos? La vida dentro del Evangelio es todavía mejor; es la verdadera vida zorzalera... Un profesor de Temuco me decía que yo tenía buena oratoria, pero que era muy aficionado al lujo. Yo le retruqué que el lujo me era necesario.

Y él me dijo que los apóstoles eran pobres... Eran avaros, le dije yo. Cristo no era pililo. Tenía un traje lujoso que se lo pelearon entre cuatro cuando murió. ¡Cómo sería!... Y San Juan Bautista, un traje completo de pelo de camello... Averigüen cuánto vale ahora. A mí la miseria no me ha convencido nunca. Yo he sido roto niño, mujerero, roto peleador, roto valiente, roto ladrón, y no vi la niñez de esta vida por ninguna parte. Palos no más y desprecios al montón... Una vez me encontré con un amigo muy bien trajeado; para más señas, en San Martín esquina de San Pablo, y le dije que me invitara a tomar un trago...

"—Pero cómo no, Genaro... Acompáñame, no más.

"El iba adelante y yo atrás... Seguimos a pie por San Pablo hasta Matucana, él adelante y yo atrás... Seguimos Matucana para abajo. De repente y con humildad, porque veía que desfilábamos por bares y bares y él no hacía ni amago de entrar, le dije:

"—Oiga, amigo, ¿y?...

"—Sígame no más, Genaro.

"Dimos vuelta por la iglesia de Lourdes. Volvimos a Matucana De ahí cortamos otra vez por San Pablo... El siempre adelante y yo un poquito atrás, porque andaba muy *tirilludo*... Llegamos a la Avenida Brasil y la atravesamos hasta la Alameda... Yo tenía la lengua seca y llegaba a llorar de humillación y vergüenza, pero no aflojaba... Llegamos has-

ta la Estación Central, pasamos la línea y entonces me invitó a entrar a un bar de carrilanos, Las Tinajas; pidió medio pato de chicha para mí y ahí se despidió... ¿Qué le van hallando? Todo lo que sufre uno por tener vicios... Y ahora, buen terno, buen reloj, zapatos hechos a mano. ¿Ah?... Esta es la Tierra Prometida. Podemos ir todos los domingos a predicar en la Penitenciaría. Nos respetan y nos invitan a pasar... Antes, si yo me acercaba a la Cárcel o a la Penitenciaría, no faltaba un gendarme que me conociera.

—¿Qué hubo? ¿Qué andas haciendo? ¿No se te ha quitado todavía la mañosería? Ya, lárgate...

—Así es la niñez de los rotos que se creen diablos...

—¡Aleluya!

Domínguez, un tanto impaciente, le dio un codazo a su compañero:

—No les creo mucho a estos hermanos... Se emborrachan a escondidas... Mira esas *canutas* jovencitas. Da risa. Todavía no conocen la vida y ya quieren salvarse... ¿Vámonos, mejor?

—Un ratito más —suplicó Caucamán.

Los espectadores se mostraban complacidos con la prédica, y el hermano Genaro, satisfecho y con un gran dominio de la autobiografía, volvía a la carga:

—Yo, mis hermanos, soy sureño. He sido marmolista, comerciante, mecánico, redoblante y *tony* de circo, habiloso... En fin, de todo un poco... En 1910 me vine a Santiago. Quería estar en la capital

para el Centenario. Trabajé de pulidor de piedra y mármol en el Palacio de Justicia. Mis hermanos carnales, Elías y Eliseo, trabajaban de mecánicos en la Fundición Libertad. Después tomé un contrato de quioscos de lustrar; arrendábamos los lustrines con mis hermanos...

"Los de la Compañía de Gas y los panaderos eran los más añiñados; los que la sacaban más alta en los salones y bailes. Los gasinos usaban corvos que disimulaban en grandes fajas. Los panaderos llevaban puñal y andaban muy elegantes, con zapatos puntudos y largos... Nos juntábamos de veinte a treinta lustradores todas las noches, y nos largábamos a remoler por la calle Esperanza, donde la *Rosa Gorda* y la *Diente de Oro*, que tenían buenos salones... Las pedidas eran grandes. El licor era tan barato... Como les decía, los de fama eran los gasinos y los panaderos, pero cuando llegábamos los lustradores, dominábamos a los dos grupos. Desafamábamos a los gasinos y a los panaderos... Peleábamos a primera sangre, a hacernos un tajo por encima, nada más; no a matarse como ahora...

"En 1911, en noviembre, nos fuimos yo y Elías, con el *Biógrafo Cantante*, para el sur.

"Nosotros cantábamos detrás del telón... A las películas las llamaban vistas por aquel entonces... Salían chanchos en las vistas y nosotros imitábamos a los chanchos y los hacíamos cantar. Igual con los perros, personas y gatos...

"Yo, mis hermanos, soy de Angol. Nací a la car-

ne a las tres de la tarde, el 19 de septiembre de 1895, y nací en el espíritu el 19 de mayo de 1927, a las tres de la tarde también, en un taller de peluquería que tenía mi hermano Eliseo en la calle Colón, frente a la calle Bilbao, en Talcahuano. El Señor me tomó y no me ha soltado más.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—...Estaba sorteado que el puente de Collipulli se iba a caer un día domingo. Todos los de Collipulli, niños y viejos, saben esto. Cuando se ven la suerte las solteras y los espiritistas, siempre les sale que el puente de Collipulli se vendrá abajo un día domingo. Así, cada vez que el tren pasa el puente los domingos, lo hace despacito. Es el puente más alto de Chile, de noventa y seis metros, creo, y el maquinista se baja un rato a rezar, con la gorra en la mano... Antes de convertirme al Evangelio, el puente era el que me hacía farrear. Si paso bueno y sano, decía yo, me tomo doscientos o trescientos pesos en vino. Y nunca me olvidaba de cumplir esta promesa. No había roto más contento que yo cuando había pasado el puente...

"Al cruzar esa vez, ya convertido, cuando el maquinista, gorra en mano, se bajó para rezar con disimulo, abrí yo la ventanilla y sacando la cabeza dije en alta voz, como trueno:

"—Ahora, mándame la muerte si quieres, Señor, porque ahora sé que mi alma se irá contigo.

"En estas palabras demostré que yo era todavía nuevo en el Evangelio, porque en el tren iban muchas

personas que tal vez no habían tenido la oportunidad que había logrado yo para acercarme al Señor.

”Seguí mi viaje para Temuco, y ahora viene el tremendo encontrón con mi hermano carnal, Eliseo Ríos. El estaba ya en el Evangelio y siempre me aconsejaba que dejara el mal camino... Tenía por costumbre salir a esperarme a la estación. Allá estaba con su señora, sus dos entenaditas y un entenado. Los tres, muy chicos. Al bajar del tren, mi hermano me abrazó y me dijo:

”—Buenas noches, hermano.

”—Ahora sí que ya soy tu hermano —le dije a mi hermano carnal, y nos pusimos todos a llorar.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—...Nos fuimos para la casa de mi hermano tan contentos. Yo venía con mi traje de invierno, de comerciante del sur. Había sufrido siete años del asma y ahora, a lo último, de los riñones. A veces, por el asma, tenía que dormir sentado... Así, pues, llegué a la casa y me saqué el chalón de vicuña legítima, las botas y el abrigo... Al poco rato, mi cuñada se paró para ponerme otra vez el chalón y el abrigo en las espaldas...

”—Eche para allá, hermana —le dije yo—. Ya no necesito ningún chalón —y para demostrarle me puse en mangas de camisa... Así de sana es la vida del Evangelio...

En este momento, mis hermanos, que el Señor los bendiga y les dé a entender en lo que yo no he podido... Si quieren conocernos y conocer a Dios en

espíritu y verdad, vengan a nuestro culto, en Eyzaguirre 1149... Alma que escucha, a usted la hacemos responsable...

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—...A continuación va a dar su testimonio la hermana Irene, pero antes vamos a cantar el himno número 301.

*Las sendas anchas dejaré,
yo quiero por la angosta andar,
el mundo no sabrá por qué,
más voy a mi celeste hogar.
No puede el mundo ser mi hogar.*

.....

Dos mujeres tomadas por el espíritu empezaron a moverse en un extraño baile con los ojos y los puños cerrados... Los hermanos las seguían, vigilando para que no se golpearan contra los árboles.

—Compadre, usted se me queda muy pegado —rezongó Domínguez, ajeno a la graciosa prédica del hermano pentecostal.

Caucamán se hubiera quedado de buenas ganas, pero temía las futuras bromas de su compañero.

Por entre los árboles pasaban, luminosos, los botes de la laguna. A lo lejos se oyó el pitazo del trencito de los niños.

—Pareces cabro chico —gruñó, desolado, Domínguez—. Ahora vamos a probar una buena cerveza en la calle Bandera, ¿ah?

La tarde se venía abajo. Los rayos del crepúsculo jugaban entre los árboles dorando el polvo perezoso que se movía entre luces y sombras. Caucamán tuvo que conceder a su amigo un paseo por el barrio de la Estación Mapocho.

Anocheceía. Un cielo tierno, celeste, con estrellas apenas insinuadas, fundía los últimos resplandores de la tarde. En la calle todo era desasosiego, bulli-cio y luces violentas.

Probaron suerte en un tiro al blanco con pingüinos. Domínguez le mostró los carteles y fotografías nudistas del Cabaret Zeppelin y la entrada de algunas cantinas y casas de cena. Por último, se instalaron en el bar El Buque, frente a la Estación.

—Desde que llegué a Santiago me estaba haciendo cosquillas este Buque —confesó Domínguez, con el labio superior lleno de espuma—. Aquí he celebrado todas mis peleas. Ganando o perdiendo, este local me levanta el ánimo. Ahí queda la Estación. ¿Cuándo nos tocará subir al tren? ¿Ah? Nunca se sabe... A veces cree uno que va a durar poco y está dos meses en Santiago, haciéndole empeño a las finales. Es cuestión de suerte. Un año llegué como navaja. Venía a buscar el título y a la segunda pelea ya estaba con mis *pilchas* en los andenes... Sea como sea, antes de partir hay que tomarse, aquí mismo, unos *schops* y garzas. No te olvides... Así se vuelve. Llegando, una visita..., y después la despedida. El Buque es muy noble.

Partían unos vasos y llegaban otros. Los ojos se le iban achicando al peso liviano.

Estimulado por la cerveza aliada y las confianzas cariñosas de su amigo, Caucamán dio algunas riendas a sus ilusiones.

—A mí me gustaría que, de vuelta, me dieran el boleto equivocado. Un tren que me llevara lejos, muy al sur, pero sin darme yo cuenta, ¿me entiendes? Llegar donde los indios de Temuco y Valdivia. . .

—Las ocurrencias tuyas. No hay equivocación posible. Los trenes para el sur salen de otra estación, al final de la Alameda. Por aquí no hay escapatoria. A lo más, puedes llegar a Valparaíso, que queda cerca.

—¿Qué tal Valparaíso?

—Muy lindo; vale la pena. Se parece a los puertos del norte, pero más en grande y mejor. Los de Valparaíso toman ahí, al frente, en el Bar El Porteño.

Caucamán siguió la dirección que le indicaba Domínguez a través de los cristales.

—Algunos no se mueven de esta calle. Del tren al Porteño, del Porteño al tren. Le tienen miedo al centro. Esta ciudad es traidora para los afuerinos. No hay que confiarse. ¿A ti te gusta Santiago? Conforme. Yo he vivido en Santiago y una vez defendí los colores de la capital peleando en el peso pluma. A mí me gusta este puro rincón. Yo me llevara esta calle Bandera a la pampa.

—¿Toda? —rió el peso pesado.

—Bueno, toda no. ¿Para qué, pues? Este puro pedazo... El Buque, El Zum-Rhein, el tiro al blanco, el American Bar, El Dragón Rojo. También el vendedor de peques de la esquina, y un victoriero con coche y caballo. ¿Qué tal andar en victoria por el desierto? ¿Ah? De la vuelta, por la calle San Pablo, pescaba El Jote y el Hotel Valparaíso, para un caso de necesidad... Y por último, una fuente de soda que hay al llegar a calle Puente, donde vi, el año pasado, dos garzonas tan buena gente... Podíamos ir ahora, un ratito.

Caucamán se sofocaba de risa.

—No, ñato... Ahora nos vamos de a poco al hotel. Para qué te voy a disimular. Tengo hambre y mucho sueño atrasado.

—Bien, pero pasemos por el frente, siquiera, entonces.

A la mañana siguiente Caucamán tuvo que someterse, como el resto del grupo, a los trámites de rigor para todos los pugilistas del campeonato.

Apretados en el angosto corredor de la Federación y hasta en la escalera que llevaba al primer piso, había un medio centenar de muchachos en espera de los médicos y dentistas. Delegaciones completas del sur y del norte comentaban, en voz baja, las contingencias de los primeros combates. Los peleadores del mismo peso se observaban de reojo. Viejos adversarios de pasados torneos confraternizaban,

entre risas y bromas, anotando los nombres de sus respectivos hoteles.

—Esta vez no nos topamos. Vengo en el pluma.

—¡Qué bueno! ¿Me tuviste miedo?

Avanzaba la mañana en una espera fatigosa, interrumpida por el continuo abrir y cerrar de puertas. De vez en cuando, alguien gritaba dos o tres nombres que eran coreados escaleras abajo.

También se oyó nombrar a sus espaldas, en voz baja y enemiga, pero no alcanzó a ver ningún peso pesado.

Con algún esfuerzo se asomó a la ventana. A su izquierda, divisaba el comienzo del Parque Forestal. Al frente, se erguía la mole dorada y elegante de la basílica de la Merced. Jiménez, el delegado, vino a sacarlo de sus ensueños.

—Vaya a desvestirse, rápido. Lo están esperando en aquella pieza del fondo.

De regreso al hotel, Caucamán iba mirando con creciente atención las calles del centro. No le gustaba andar en grupos.

“Esto tengo que verlo solo. De lo contrario me van a estafar el viaje.” Deseaba entrar de lleno en sus obligaciones deportivas, para disponer, a su antojo, del tiempo libre.

C A P I T U L O I V

EL LUNES, a las cinco de la tarde, María Elena completa, cada púgil con su maletín, se alineó frente al famoso entrenador *Sonrisita* Gutiérrez. Vieron ante sus ojos a un hombre rubio, de mediana estatura, delgado, de cejas levantadas, tan seco como correcto. Los ojos, verdes y penetrantes. Tenía un párpado algo recogido por una pequeña cicatriz vertical. Esta marca aumentaba el tono inquisidor de su mirada. En la boca le huía una sonrisa irónica y suficiente.

Gutiérrez les espetó un pequeño discurso:

—La Federación me ha encargado el entrenamiento de ustedes. Yo me preocupo de la preparación física y moral de los peleadores. Trataré, en lo posible, de mejorarles el estilo y corregir los defectos. Sólo pido y exijo disciplina y buena voluntad. El entrenamiento comienza siempre a las cinco. Este gimnasio del San Pancracio tiene socios y su propia clientela. Hay que desocupar el vestuario y los baños antes de las siete y media. No quiero atrasos ni disculpas. Vayan a vestirse y comenzamos de inmediato.

En el camarín, el liviano Domínguez comentó la escena:

—Muy seco y militar el tal Gutiérrez. Entrena muy bien, pero es de los que quieren que el peleador duerma cuadrado. Este *Sonrisita* no se ha puesto nunca guantes ni para el frío. Tiene los pulmones intactos, pero es mejor callarse. Después empiezan los cuentos y reclamos. En la calle mandamos nosotros.

Sonrisita no sentía mayor entusiasmo por la delegación. Le interesaba, apenas, el peso pesado.

En su larga vida de entrenador había dirigido buenos plumas, livianos y medianos. En esos tres pesos estaba la raza. Aficionados en el gallo o en el pluma se hacían profesionales en el peso liviano y culminaban como medianos o medios medianos.

Pero el norte enviaba, de vez en cuando, un peso pesado de categoría mundial, como Quintín Romero o Arturo Godoy. *Sonrisita* soñaba con descubrir uno de clase y viajar a Estados Unidos. Los pesados ganaban las grandes bolsas y eran más lentos y dóciles. Con los otros nunca se podía contar. Se maleaban con el éxito y querían dirigirse solos.

Cuando estuvieron vestidos, *Sonrisita* distribuyó a la gente. Unos al boxeo a la sombra, con un púgil imaginario; otros a hacer gimnasia y saltar a la cuerda.

Llamó aparte al pesado.

—Usted es Caucamán, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Muy bien. Yo estaba la otra noche que usted

peleó. Lo felicito, aunque ese rechazazo que acertó pudo costarle la descalificación.

—¿Por qué?

—Su golpe se parece mucho al golpe de conejo, que es prohibido. Claro que lo pegó en el mentón y no en la nuca. Yo le voy a corregir esa derecha. Si tiene suerte en la próxima pelea, iremos mejorando el juego en general. ¿Cuánto tiempo hace que se puso por primera vez los guantes?

—Unos cuatro meses.

—Me lo figuraba... ¿Cuánto pesa?

—Ochenta y cuatro kilos, desnudo.

—¿Hizo el servicio militar?

—Eximido.

—Edad.

—Ando en los veinte.

—Bien. Su mejor condición es la agilidad, y claro, el golpe... Lo importante es que sepa defenderse y para eso mejoraremos la izquierda y los esquives.

Caucamán tuvo que ensayar frente al espejo, manteniendo la izquierda en semiavance, punteando.

—Su balanceo es bueno —le advertía Gutiérrez—. Está bien ese balanceo, pero muy tieso y exagerado. Quiebre un poco más la cintura y todo irá mejor... Tire la derecha avanzando el cuerpo y bajando el mentón. ¡Eso es! Ahora necesitamos algunos golpes cortos, en gancho. Suba las manos... En el cuerpo a cuerpo, joven, hay que anular al contrario. Si no puede golpear, machuque, siquiera, los brazos ajenos.

Eso les resta fuerza... Ahora volvamos al punteo de izquierda. Agache el mentón y no me levante la cabeza... El cuello suelto... Suba las manos...

“¿Qué le ha dado conmigo? —pensaba Cauca-
mán—. ¿Por qué no se dirige a los otros?”

Puras dificultades. El vino a darse de trompadas para conocer Santiago. El box en sí lo dejaba frío. No tenía gran afición. Claro que soñaba con el título para ir al Campeonato Sudamericano y conocer Buenos Aires. Pero ahora adivinaba que *Sonrisita* quería lucirse y tenía planes especiales para él. Quería complicarle la vida y los entrenamientos.

Volvió, insistente, la voz fría y pedagógica de Gutiérrez:

—No cierre el puño hasta el momento del impacto. Con la derecha tiene que barajar y bloquear los golpes contrarios... Bueno, ahora, a otra cosa. No se mueva siempre hacia adelante. ¡Ataque, también, de lado! ¡Eso es!... Dando vueltas alrededor del contrario. ¡Cambie la pierna! Mueva la cabeza para los costados y no para el frente.

Fueron tres *rounds* de boxeo sin adversario, largos, interminables. Después lo hizo calzar guantes de entrenamiento con un medio pesado del club.

—Fíjese bien, Caucamán. Me va a lanzar dos golpes, nada más. El recto de izquierda y, cuando lo ataquen y esté en distancia, tire la derecha larga, pero sin fuerza, apenas señalando el golpe. La derecha, por dentro. ¡Nada de aletazos!

Caucamán bufaba, brillante de sudor. Su adver-

sario sabía mucho más que él, y lo alcanzaba con izquierdas que, sin hacerle daño, le picaban el rostro y lo hacían retroceder.

—¡Puntee con la izquierda! —gritaba *Sonrisita*, dominando el barullo de las cuerdas, respiraciones y golpes en el *punching-ball*.

Era lo que hacía; tirar la izquierda; pero el otro lo dejaba fuera de distancia, agachándose para molerle las costillas con golpes cortos.

—Me está buscando el odio este gallo —murmuraba entre dientes el nortino.

El socio del San Pancracio iba tomando confianza. Hacía elegantes cambios de guardia, apoyándose en las cuerdas, y los golpes de Caucamán iban al aire.

El santiaguino sonreía, apenas burlón. En el descanso, *Sonrisita* se acercó a Caucamán:

—Este joven tiene tres años de box. No le importe. A usted le conviene recibir golpes. Hay que endurecerse. Nadie quiere hacer guantes con los pesos pesados. Aguante no más, y trate de mejorar la puntería. Tire la izquierda un poco más baja y marque con la derecha, en contragolpe, pero suave. En los cuerpo a cuerpo, retire el pecho y apoye la cabeza en el hombro del contrario. ¡Tiempo!

Caucamán tomó el centro del *ring* y en seguida el santiaguino lo sacudió, sin asco, con dos *swings* largos.

“Me sigue buscando. Muy bien.”

Caucamán dejó de saltar y esperó con la guardia baja, en actitud expectante. Volvió el joven a la

carga, y el novicio lo recibió con un impacto seco al estómago. El santiaguino cayó sentado, mientras Caucamán aflojaba la dureza de sus ojos.

Levantó al contrario y le pidió disculpas.

—¡Basta! —gritó *Sonrisita*. Amonestó, sin gran convencimiento y como por fórmula—: Hay que tener más cuidado... Entrenarse no es pelear. Este joven ha tenido buena voluntad y pesa seis kilos menos que usted.

Caucamán farfulló algunas disculpas. Se sentía como perro azotado. Intervino el otro, conciliador:

—Si no fue nada, señor Gutiérrez. Pega harto fuerte. Seco. Cuando aprenda un poco más...

—Vamos ahora al saco de arena.

Esto molestaba menos a Caucamán. Gutiérrez le corregía, de vez en cuando, la pegada y la posición de los brazos.

Al salir Caucamán para los camarines, *Sonrisita* lo llamó aparte.

—Mañana haremos la gimnasia que a usted le conviene. Tengo que soltarle un poco los hombros y endurecerle el estómago. A las cinco en punto debe estar vestido... Ahora espere que se le enfríe un poco el cuerpo, antes de la ducha.

En el vestuario volvió a encontrarse con el medio pesado. Inició algunas disculpas vagas. No había tenido intención. Era muy nuevo en el box...

—No tiene la menor importancia, compañero. No le haga mucho caso a *Sonrisita*. Los golpes, a veces, se disparan solos. Me pescó al justo. Quedé sin

respiración. Tiene, claro, que aprender los finteos. O sea, amagar con varios golpes y disparar el más seguro. Ya irá aprendiendo. Gutiérrez es seco pero muy buen profesor, y debe tener grandes esperanzas en usted cuando me pidió que hiciera guantes. Yo no peleo ni intervengo en campeonatos. Hago trabajos de sala, nada más, por cultura física.

El joven del San Pancracio hizo su presentación. Se llamaba Berrocal y era propagandista. Llevaba nuevos remedios a los médicos, por cuenta de un laboratorio muy conocido. Una profesión fácil. Visitaba diez médicos al día. Les dejaba los frascos, firmaban su cuaderno y eso era todo. En las mañanas, con los recibos en la mano, le entregaban nueva mercadería.

Salieron juntos. El propagandista vestía con cierta presunción, muy a la moda. Su pequeño malefín de entrenamiento era fino y moderno.

Al llegar al segundo piso, quiso mostrarle el local.

Berrocal se explayó, con entusiasmo, sobre la labor que desarrollaba el Hogar San Pancracio. Funcionaban cursos de comercio para obreros y empleados, con buenos profesores de taquigrafía y escritura a máquina. El curso de mecánica dental era famoso. El Hogar disponía de salón de ventas y de una exposición permanente.

—Salen muy buenos oficinistas, de los mejores de Santiago.

—¿Y enseñan mecánica?

—No. Algún día se hará. La universidad —Be-

rrocal recalcó la palabra— se mantiene con socios cooperadores y algunas rifas y beneficios.

El segundo piso lo ocupaba, casi totalmente, un gran bazar. Sobre un mostrador improvisado se amontonaban infinidad de estatuillas pintadas de San José, la Virgen y San Pancracio.

El joven Berrocal entró a una oficina y regaló a Caucamán una revista y dos estampas del santo de la casa.

—Es muy milagroso, amigo; ayuda a los que trabajan y luchan por abrirse un camino en la vida. Téngalo presente cuando rece. Le irá bien. Después de todo, el boxeo es también un trabajo bastante duro y peligroso. Todo lo que usted ve aquí lo hacen las alumnas: juguetes de madera, rosarios, platos murales, imágenes de yeso. Tenemos, también, atención médica; un policlínico con rayos X y consultorio jurídico. Todo gratis para los socios y la gente pobre. Si se queda en Santiago, ¿se haría socio?

—Sería lo primero.

En ese momento bajaban Domínguez y Cancino. Caucamán se despidió con cierta precipitación. Tenía miedo a los comentarios burlones de sus amigos.

Ya en la calle, Domínguez se largó a reír, dándole un codazo y haciendo un esquivo imaginario ante un boxeador invisible:

—Ten cuidado, Caucamán; no te vayan a meter de fraile. Estos tipos son muy achacadores...

Aquella noche, como casi todas, *Sonrisita* Gutiérrez bebía su café en el Brunswick (*Palacio de la Recreación. Billares y Palitroques*), de la calle Merced. El amplio local era punto de reunión de un variado gremio festivo, un tanto infantil y ocioso, formado por deportistas, periodistas y caballeros de la noche.

El entrenador se instalaba en un recinto vecino a las pistas de palitroque y escuchaba, semiadormecido, el rumor playero de las grandes bolas que se deslizaban por el entarimado y el chocar estimulante de los palos golpeados.

“Así se doblan las piernas de los que pierden por lona”, pensaba.

A su mesa acudían redactores deportivos, árbitros de box y uno que otro aficionado que había envejecido en las plateas del Hipódromo Circo y del Caupolicán.

Ocasionalmente jugaban una partida de dominó, pero siempre volvían, una y otra vez, al tema único. Todos ellos eran veteranos de la época de oro del box nacional, en la década del 20 al 30. La charla recaía, invariablemente, en las grandes figuras desaparecidas o en decadencia.

Había temas favoritos. La disputa sobre las excelencias pugilísticas de los grandes livianos Luis Vicentini y Estanislao Loayza ocupaba semanas enteras. De la pelea misma se cotejaban varias versiones.

Los *vicentinistas*, a varios años del encuentro,

no se conformaban con la derrota de su ídolo a manos del púgil del Matadero de Iquique.

—Lucho no se entrenó como debía. Si lo hubiera preparado el gringo Bersac, el Tani no le aguanta cuatro vueltas... Ratinoff no debió haber concertado esa pelea... Vicentini tuvo problemas sentimentales y se refugió en el trago... Estaba deshecho... Yo lo vi antes de la pelea en el Aliro González... ¿Se acuerdan?... Allí entrenaban Salvador Greco, el pelado Alejandro Gálvez y John Bernhardt, un tatuado marinerero del Báltico... En el Aliro, Vicentini rindió una prueba de suficiencia muy borrosa, ante una comisión que se desentendió como pudo del precario estado en que se hallaba... No era ni la sombra del vencedor de Rocky Kansas... Y, sin embargo, el Tani tuvo que molerlo a voluntad durante diez *rounds* para sacarlo... Dos años antes, Vicentini lo habría volteado de un solo derecho...

—Claro... Hablan del Tani como si hubiera sido un preliminarista cualquiera. Olvidan que peleó con Tony Canzoneri y perdió estrecho. Empató con Jack Kid Berg y llegó a la final del campeonato del mundo con Jimmy Goodrich...

—Sí, pero perdió al segundo *round*.

—Por accidente, bien lo sabe, porque lo pisó el negro Gumboat Smith, que hizo de árbitro.

—Había dos Gumboat Smith... Ese que usted dice era blanco...

—Tal vez.

—Goodrich no debe de haber sido tan bueno...

Armando Aguilar, *El Tani Porteño*, lo ganó por puntos en Albany...

—Claro, pero en 1939, cuando ya no era ni la sombra... Vicentini tenía la derecha, pero qué me dicen del gancho de izquierda del iquiqueño...

Otros contertulios sólo opinaban sobre pesos pesados. Parecían despreciar las categorías inferiores. Y entonces era volver, una y otra vez, a los combates de Heriberto Rojas, Quintín Romero y Arturo Godoy.

Los eruditos se tomaban examen sobre las hazañas de John Sullivan, James J. Corbett o Jack Johnson, y hasta sobre el régimen alimenticio que había seguido Jack Dempsey en la "pelea del siglo", con Jorge Carpentier.

Había noches en que se daba el color negro.

—...Si Willy Murray hubiera tenido golpe, habría sido campeón mundial —opinaba un viejo árbitro de la Federación—. Nadie boxeaba como él. Ni el propio Antonio Fernández.

—¿Mejor que Fernandito?

—Bueno, ya sé que Antonio Fernández no ha sido superado en vista, reflejos y cintura... Puede esquivar pisando un pañuelo... Un estudioso del boxeo... Entrenaba con los profesionales extranjeros y las aprendía todas... Pero el negro Murray bloqueaba y dominaba la pelea larga como ninguno. Era un Carpentier negro. Verlo en la sala del Gimnasio Internacional, de Santo Domingo con Puente, era una delicia. El puso de moda el box entre los elegantes. Se lo peleaban como profesor los pijes del Club

de la Unión... Y Murray era más elegante y caballero que todos ellos... Le copiaban hasta el modo de vestir...

—¿Y Kid Moró?

—Ese era un negro atorrante y divertido. Gran peleador, pero le gustaba demasiado la carne blanca. Siempre estaba de novio...

Gutiérrez apenas intervenía. Se limitaba a sonreír con un aire entre burlón y conmisericordioso. Sus amigos periodistas, árbitros y jurados, conocían apenas la parte exterior del asunto. Nada o muy poco de la lucha sorda de los entrenamientos, la nerviosidad en los camarines las noches de combate, la pelea con los empresarios y las veleidades de los pugilistas. Estos constituían siempre el mayor problema. A casi todos había que vigilarlos en las horas libres. En lejanas poblaciones populares, acribilladas de bares y cantinas, sacarlos de la cama para que hicieran piernas, corriendo por los parques. Evitar, en lo posible, que se emborracharan después de las peleas. Ahuyentar a las daifas profesionales que siempre han tenido especial predilección por los hombres de *ring* y, sobre todo, encariñarlos con la dura profesión.

Sonrisita era el único de la vieja guardia que iba quedando en la brecha. Recordaba el gimnasio de don Felipe Zúñiga, donde Luis Angel Firpo aprendió a ponerse los guantes. En su memoria surgía el desfile de los viejos entrenadores desaparecidos: *Pavlova* Rebolledo, campeón de baile, pintoresco vendedor de cuadros y fino entrenador; *Chaguito* López, pálido ex

garzón del Café Glanz, San Pablo con Bandera, que de *second* llegó a preparador de moda en el *ring* de la Universidad Católica, para concluir olvidado, corroído por la tisis; el cojo Sabino, fuera del país por crimen pasional. . .

Sonrisita añoraba los viejos y desaparecidos centros de barrio: el Girardi, de los "sombrereros" de la calle Santa Isabel; el Rafael Franco, de la calle Pedro Lagos, donde se entrenaban los bravos del Matedero; el Ferroviario, el Rodolfo Jaramillo y el Guante, de la Estación Central; el legendario Benjamín Tallman, de la calle San Francisco.

Recordaba con especial cariño al Vicente Salazar, de la calle Lastra, donde se zumbaban los niños de la Vega.

Gutiérrez había entrenado durante dos años a los peloduros del Salazar, sin cobrar un centavo. Más tarde se lució con los fieros carrilanos de la Asociación Ferroviaria. En el campo aficionado internacional, había obtenido muchos triunfos, dirigiendo a los seleccionados chilenos.

Todo ello era historia brillante pero lejana. *Sonrisita* estaba decepcionado. Su vejez coincidía con la decadencia del pugilismo nacional y aumentaba su amargura. Peleadores profesionales, que diez años atrás sólo podrían haber actuado como preliminaristas, ostentaban ahora flamantes títulos de campeones. Desconocidos boxeadores extranjeros, de segunda serie, barrían con lo mejor del país en las veladas del Caupolicán.

—¿Veladas?... Ya no son veladas, son velorios...
—apuntaba sarcástico—. Hay más público en las taquillas, pero se acabó la vieja afición... ¿Cuándo se había visto que cualquier peleador argentino o panameño hiciera bolsas a las figuras de aquí? Los campeones de ahora son de cartón... Y por abajo no viene nada... Los aficionados no saben otra cosa que el puntete de izquierda, el cabezazo y la amarrada... Reciben una derecha y se desarman enteros... Viciosos y mal alimentados... Después de cada pelea bajan del *ring* corriendo, casi con los guantes puestos, para meterse en los bares o en las casas de chuscas... El ambiente está maleado... Si en la sala se les exige un trabajo serio, se resienten y les da fatiga. No comen. Todo lo que ganan es para el trago y la remolienda...

—¿Y antes no remolían?

—Sí, pero se alimentaban. Sabían cuidarse antes de una pelea. Había orgullo. Ahora les da casi igual ganar que perder... Para más, el fútbol se lleva los mejores físicos... En mis tiempos, el fútbol no cobraba; nadie se asomaba a las partidas... Cuando yo iba al velódromo de la Avenida Beauchef, veía jugar gratis a los mejores equipos, en las canchas de tierra del Parque Cousiño... Entonces la juventud se interesaba por el box y el ciclismo, pero principalmente por el box... Y la raza no estaba gastada como ahora... Las autoridades podrían preocuparse un poco de los boxeadores. Casi todos terminan mal, con la radio, transmitiendo viejos recuerdos

con la lengua trabada. . . Ahí tienen al pobre Buccione vendiendo peinetas a la entrada del Caupolicán, a pocos metros del *ring* donde se hizo tiras defendiendo los colores. . . ¿Qué sacan? Nada. . . Cuatro o cinco años de gloria y después el abandono completo. . . En este país de la previsión, ¿costaría mucho organizarles una caja a los *managers* y boxeadores? . . . Retenerles una parte del premio para que de viejos no anden poco menos que pidiendo limosna. . .

Aquel año, suspendida la temporada profesional con la llegada de los circos, la Federación ofreció a Gutiérrez el equipo de Santiago para el Campeonato Nacional de Aficionados. Se había negado por motivos de salud. Al final, tanto habían insistido, que aceptó el equipo de María Elena. Llegaba sin entrenador y traía sólo cinco peleadores. Los nortinos eran sufridos y dóciles, de fácil manejo.

—¿Qué tal los de *María*?

—Poca cosa. Viene Domínguez, que ya es veterano. Ha peleado por el sur y por el norte, por la cordillera y por el mar, y una vez llegó a las finales. El pluma, el mosca y el gallo podrán resistir dos o tres ruedas. La lástima es Caucamán, el peso pesado. Puede llegar lejos. Acabo de entrenarlo. Es rápido y sólido, pero no sabe nada; completamente novicio. Ojalá no lo malogren. Si me lo hubieran dado seis meses antes, verían algo bueno. . .

AL PRINCIPIO, los púgiles de María Elena actuaban como un solo hombre. En las mañanas salían a correr por los paseos públicos y de regreso eran los primeros en asomarse al comedor del hotel. La comida era floja y escasa, pero el viático que les proporcionaba Jiménez ayudaba a aplacar el hambre. Consumían cerveza, *gordas* y empanadas en las fuentes de soda, y compraban fruta a los vendedores furtivos instalados en las asoleadas aceras de los Almacenes París.

Todo estaba a la mano. En las tardes, después del entrenamiento en la sala del San Pancracio, acudían a los Espectáculos Diana, de la Alameda, punto de reunión de soldados, empleadas domésticas con día libre, compradores de novelas policiales y pequeñas prostitutas de peso mínimo que se movían entre los vendedores de maní, peinetas y cancioneros, en permanente actitud de subir a los autobuses, esquivando a la policía.

El carrusel con música, el *caterpillar* y la gran rueda que giraba entre altos edificios hacían las delicias de grandes y chicos.

Los pegadores de María Elena jugaban al tacataca o probaban puntería disparando a los metálicos patitos amarillos que se movían en triple columna sobre un telón de paisaje invernal.

Su diversión favorita era la carrera futbolística. Por algunos pesos tenían derecho a tirar una gastada pelota de tenis sobre una plataforma perforada con hoyos circulares. Cada hoyo cubierto marcaba cifras luminosas en una pantalla. Quien completaba primero 1.050 puntos ganaba el premio, que consistía en tarros de duraznos, chocolates o botellas de *Cinzano*. El que acertaba el cero ganaba la carrera de un solo tiro.

A cada participante se le asignaba un prestigioso nombre deportivo. Armado de micrófono, un muchacho dirigía la competencia, imitando con rapidez vertiginosa a los locutores de radio:

—Toma la pelota el gran Toro... Sorteá a la defensa enemiga, pasa a uno, pasa a otro... ¡Remata!... Pelota fuera del campo de juego... Tiro favorable para Toro... Corre, corre... ¡Tira!... 200 puntos... Sale jugando ahora el *Pata Bendita* del Colo Colo... El gran Sorrel con la pelota... Se corre, corre, corre por su banda... Va a disparar sin ángulo... ¡Tira!... 450 puntos.

El pluma Tejo, haciendo honor a su apellido, ganaba algunas veces y recibía los palmoteos jubilosos de sus compañeros. Cobraban el premio en tarros de duraznos. Domínguez salía a comprar vino y

todo iba a mezclarse en una empinada jarra del hotel.

Poco a poco y ante la escasa vigilancia del delegado, que rara vez comía con ellos, el grupo boxeril se fue dispersando. Tejo, Cancino y Aqueveque, por razones de estatura, andaban siempre juntos. Domínguez, poco amigo de caminatas matinales, se levantaba tarde y nunca se acostaba muy temprano.

Caucamán se adaptó gustosamente a su nuevo estilo de vida.

Por las mañanas corría un poco por los parques. Regresaba al hotel, y después, con cualquier pretexto, desaparecía rumbo a los barrios y paseos públicos. Frecuentaba la Plaza de Armas, los dos cerros, y se conocía de memoria las mejores y más iluminadas galerías comerciales de la capital. Día a día, ampliaba su radio urbano.

Con tiempo libre, Santiago le parecía estupendo.

Una tarde descubrió el cine rotativo. A la una y media de la tarde, hora que le pareció inmoral, sentado en una platea en la que sonaba uno que otro beso, se repitió dos veces el programa completo.

Llegó al gimnasio con los ojos afiebrados y veinte minutos de atraso.

Gutiérrez lo reprendió con desganada severidad. Caucamán cumplía todas las instrucciones del entrenador, pero sin entusiasmo. Su único deseo era permanecer en Santiago el mayor tiempo posible.

—Un mes. Si pudiera quedarme un mes...

Día por medio hacía piernas por la Alameda, a media mañana, para asistir al cambio de guardia.

La música del Orfeón de Carabineros le humedecía los ojos. Su mayor admiración era para el uniformado que levantaba, como a un niño musical, la enorme lira en forma de águila, con las alas extendidas.

El *Schellenbaum*, con campana y cascabeles, fulgía en el aire puro y matinal.

Al ver a los carabineros, fuertes, corpulentos, tostados como él y en traje de verano, casaca blanca y pantalones verdes, Caucamán se ilusionaba con la idea de ingresar al cuerpo. Detrás de los perros y chiquillos, seguía el desfile hasta la estatua de Portales y no perdía detalle de la ceremonia.

Dos oficiales, generalmente altos y rubios, como pertenecientes a otra raza, se saludaban ceremoniosamente con el sable y daban órdenes de mando.

—¡Al hombro, arm!

—¡Relevos al frent!

—¡A discreción!

En los intermedios, el Orfeón ejecutaba un aire militar y después alguna tonada o cueca.

Siempre se intrigaba con la apostura pugilística de don Diego Portales, tirando la derecha en gancho y con la izquierda cubriéndose el pecho. "Claro que las piernas no están bien colocadas", divagaba el púgil, corrigiendo mentalmente la postura del trágico ministro.

Se quedaba hasta el final.

Algunas veces la ceremonia adquiría solemnidades de ópera. Un músico hierático tocaba la trompeta en la terraza del Ministerio de Hacienda y otro le respondía en la terraza del Seguro Obrero.

La escena era cómica y grandiosa. Los ociosos y vagos asistían a ella religiosamente, entre el barullo de los ómnibus y los gritos de los suplementos.

Una vez se atrevió a preguntar a una vieja gorda que vendía maní en un buquecito con ruedas:

—¿Por qué tocan allá arriba?

—Es para que se despierte el Presidente, pues.

A partir de la segunda pelea, los cronistas deportivos comenzaron a interesarse francamente en su persona.

“Tiene un golpe demoledor.” “Más que pelea parece venganza”, decía el cronista de *Las Noticias Ilustradas*. “Grandes combates en la categoría máxima.” “Caucamán le da color a la serie de los pesados.” “El pampino gana por demolición.”

Caucamán recortaba cuidadosamente los diarios e iba pegando los papeles en un cuaderno.

El segundo combate, contra un boxeador de Corral, había sido una repetición del primero.

Esta vez lo dirigió en el rincón el propio Gutiérrez. En los camarines, mientras le vendaban las manos, *Sonrisita* le había dicho:

—Conozco muy bien al contrario. A la primera

invitación se tira al suelo. No pega nada. Es débil de arriba y de abajo. Viene por el puro paseo. Cuando suene la campana, después del saludo, se le tira encima y lo arrincona. Tire derechos e izquierdos y nada de largona. No le dé confianza. Hay que explotarle el miedo. En cuanto el árbitro los separe, vuelva al ataque.

Caucamán escuchaba con la cabeza baja, asintiendo sin palabras.

Al subir al *ring* tuvo la impresión de que el contrario lo observaba con temor. Se trataba de un gordito de cara astuta y comprensiva. Saludó con exagerada cortesía, la cara abierta en una sonrisa amable.

Caucamán no lo había visto pelear, porque *Sonrisita* le prohibía asistir a las peleas de los pesados. Cuando la rueda nocturna llegaba a la altura de los medianos o medios pesados, se iba al hotel, a dormir.

“Otro gordito y van dos —se dijo, recuperando confianza y seguridad—. No puedo quejarme.”

Después de recibir las instrucciones del árbitro sobre golpes bajos y aperturas de *clinch*, al volver a su rincón, Gutiérrez insistió:

—Ya sabe, Caucamán. No alargue. Péguete un par de *charchazos*, y antes de un cuarto de hora está en el hotel... Golpee, de preferencia, al cuerpo... En cuanto lo sienta débil, lo cruza arriba... Usted es rápido... No lo deje bailar ni arrancarse. ¿Me entiende?

—¡Segundos, afuera!

Al sonar la campana, Caucamán avanzó al centro del *ring*, extendiendo la mano.

El corralino comenzó a retroceder con pasitos cortos; uno hacia atrás y dos a los lados. Caucamán avanzó tocando al gordo con un golpe largo al estómago. El sureño se le colgó al cuello con la izquierda, mientras con la derecha daba unos golpes suaves, a los riñones. Caucamán tomó contacto con una piel de gangocho, indecente, con espinillas negras. Un cuerpo desaseado y grasoso, cuya cara sonreía, implorando una pelea amistosa, académica.

Separados por el árbitro, Caucamán finteó con la izquierda, buscando distancia. El corralino, sin haber recibido golpe alguno, volvió a colgarse de su cuello, sonriendo con gran amabilidad.

—Chitas que se quieren —gritó uno de la galería.

—¿Por qué no se van al Hotel Bulgaria, más mejor?

Al nortino se le agudizaba la audición en las peleas. Oía, nítidamente, los gritos de los apostadores. Había favoritismo a sus manos.

—¡Pampino voy!

—¿Quién asegura *nokao* o retiro con Caucamán?

—Mil doscientos voy a poner por el *Caimán*.

Las tallas y chirigotas lo enardecían. Se decidió a terminar de una vez.

El gordo volvió a su baile, pero cuando intentaba un nuevo abrazo sin golpe, Caucamán le hurtó el

cuerpo hacia atrás y atacó con furia. El de Corral se fue doblando y sólo atinó a cubrirse la cara con los guantes.

Caucamán lo maltrató con fiereza, como a un saco de arena. Eran golpes imprecisos que caían sobre los hombros, las orejas y los riñones del sureño.

El chivateo de la galería, no muy conforme con la violencia de su actuación, le indicó que el combate tocaba a su fin.

—¡Cómetelo, abusador!...

Sobre las cuerdas, con golpes abiertos, evitó que su adversario escapara. Retrocedió un poco, para evitar un nuevo abrazo, pero el corralino cayó de bruces, en actitud suplicante. El pampino saltó a su rincón, desde donde lo llamaba Gutiérrez.

Al octavo segundo, el de Corral quiso cambiar de posición, pero terminó por acostarse con placidez en la lona.

Caucamán estaba descontento. No había conseguido colocar un solo golpe neto ni había recibido nada para probar resistencia, pero cuando el árbitro le levantó la mano, al oír los aplausos, saludó desafiador a la galería y la platea.

—Tiempo del K. O., dos minutos y cuarenta segundos —anunciaron los altavoces.

Sonrisita le sacaba los guantes.

—Salió como le dije, ¿ah?, pero no se confíe. El guatón se tiró al suelo de puro flojo, y usted no acertó ni un solo golpe correcto... Mañana, sábado, lle-

gue un poco antes, a las cuatro y media. El domingo es libre...

Al bajar del cuadrilátero, algunos espectadores le golpearon las espaldas, felicitándolo. Una rubia elegante, muy pintada, con aire de mujer nocturna, se lo quedó mirando con intención, y le dijo de pie, casi al oído:

—¡Viva María Elena!

Volvió a ser solicitado por los hombres de la radio. Domínguez saltaba a su lado.

—Ya tienes para una o dos semanas más, largo. Hay pocos pesos pesados. No te toca quizás hasta cuándo.

—Sí, pero ahora me tiran los buenos.

—No creas que son tanto. Dos peleas y las dos por lona, en el primer *round*. ¿Qué más quieres? Fijo que estás en los cuartos finales.

En los camarines, el gallo y el pluma, Cancino y Tejo, lo felicitaron emocionados.

—¿Y Aqueveque? —preguntó Caucamán.

—Se lo llevó Jiménez. Está algo resfriado y le toca pelear mañana.

Por insistencia de Domínguez se acercaron al Bar Tricolor.

—De repente se la van a soplar al Jiménez y nos va a amarrar cortito —advirtió Cancino.

—Retar, ¿por qué? Si es una cerveza de pie, mientras pasa la *gondola*. Tres peleas y tres triunfos. ¿No hay motivo, entonces?... Yo los invito...

Con Domínguez no había caso.

El Tricolor —tiras de papel aportilladas, con los colores patrios en el techo, y la victrola que lanzaba boleros— estaba repleto de clientes.

—Debíamos ir a otra parte —tanteó Cauca-
mán—. Después, todo se sabe.

—Ya estamos adentro —cortó Domínguez—. A nadie le hace mal un trago, salvo que le pongan ma-
licia y pierna suave. . .

Domínguez advirtió que le hacían señas desde una mesa próxima. Eran el *Tirante* y el carnicero Ca-
roca. Hicieron traer más sillas.

—¿Qué les pareció nuestro pesado?

—Muy bueno —respondió el *Tirante*, con voz ronca y destemplada—. Yo le estoy agradecido por-
que gané mil. Aquí, mi compadre, se comió mil qui-
nientos. . . Caballo bueno, gana y repite.

—Va a llegar lejos el amigo —terció el matari-
fe—. Ojalá no le toque la próxima con el *Bomba* Re-
tamales. Creo que fuera del *Bomba Atómica*, nadie le va a hacer mucha collera.

Caucamán escuchaba a la defensiva. Nunca le habían hablado de sus adversarios.

—¿Es bueno el *Bomba*, ah?

—Bueno de frente —respondió el *Tirante*—. Lo
teníamos casi fijo de campeón para este año, hasta
que apareció usted.

—El *Bomba* no boxea nada y es más bien blando
—rebajó el carnicero—, pero pega como una mula.
Sería bueno que se encontraran en la final. Usted es
más rápido y tiene puñete, pero el *Bomba* es algo serio

cuando mete el pencazo. Se trata de quién aguanta más o quién acierta primero.

El pluma y el gallo bebían callados. Caucamán comentó en voz baja:

—Yo tampoco sé lo que aguanto. Hoy me hubiera gustado recibir dos o tres golpes para tantearme. Soy nuevo en estos trotes. No me gustaría que perdieran plata a mis manos...

—Estos amigos no buscan favoritos —intervino Domínguez—. Tú no eres el único que pelea. Además, saben ganar y saben perder. ¿No es cierto, señor Caroca?

El aludido agradeció con una sonrisa.

—Me gusta el box, pero no vivo de las apuestas. A veces le levantan la mano al más malo. Los jurados son todos *chuecos*. No saben ver una pelea. Es claro que haciendo apuestas se le toma más gusto al asunto.

Caucamán miraba, de reojo, los soberbios tajos que marcaban la cara del *Tirante*.

“El carnicero —pensaba— podrá jugar limpio, pero ¿y este fulano?”

El *Tirante* miró fieramente. el mesón y de pronto una robusta garzona se acercó con un gran jarro de vino con frutillas. El pluma y el gallo nada dijeron. Domínguez, muy complacido, hizo franco además de cancelar, pero Caroca se lo impidió.

—No se apuren. Es sin ningún compromiso. El trago ya está pagado. Hay que festejar a los ganadores. Tres triunfos...

—¡Tricolor! —gritó el *Tirante*.

Se soltaron las lenguas del liviano y el pluma. Mezclaban noticias del norte con recuerdos de las peleas del año pasado.

El carnicero Caroca y su amigo lucieron conocimientos enciclopédicos sobre todas las delegaciones nortinas de los últimos cinco años y preguntaron por los ausentes. Domínguez los informaba:

—El ñato Viacaba se fue a Bolivia y ahora pelea de profesional. Dicen que le va bien... El otro que usted dice puso negocio de vinos en Iquique. Se casó con una vieja de mucha plata que tenía almacén en el Mercado.

Caroca hizo un discreto recuerdo de las fiestas y atenciones que había tenido para los nortinos en una quinta de La Cisterna.

Caucamán logró ver la hora en la muñeca de un bebedor. Era la una de la mañana y minutos. Se levantó.

—Van a perdonar los amigos, pero el delegado nos espera en el hotel. Además, me duele un poco el estómago. ¿Vámonos?

Despacharon las últimas copas. Domínguez propuso seguir la fiesta en *El Chunchito*, bar frecuentado por boxeadores, en la calle Diez de Julio. Al final se dejó convencer, de malas ganas.

En el hotel, Caucamán, en su calidad de hombre serio y quitado de bullas, tuvo que dar las explicaciones a Jiménez, que los esperaba en el vestíbulo.

—Tuvimos que venirnos casi todo el camino a pie.

—Está bien, pero ojalá no se repita.

Caucamán se desvistió en silencio, mientras su compañero de cuarto rezongaba por la intransigencia del delegado.

—La única *chance* que tiene uno es pasar un rato alegre, con los amigos, después de las peleas. A uno no le dan banquetes; no le dan un cobre, tampoco... Claro, uno es aficionado. Yo no digo nada, pero la Federación se va a comprar, ahora, un rasca-cielos con la explotación de los peleadores. Podían dar una bata para salir al *ring*. Su medallita de oro o de plata; algo que se viera... Y este delegado Jiménez... Es el peor que ha venido. No cambia nunca la tonada. A tal hora, en tal parte... Yo, por ejemplo, aunque me cuide, no paso de las semifinales. Hay dos mejores que yo... A los demás me los gano, a todos, en una noche. Hago bien el peso; no me tengo que privar de ninguna cosa. ¿Es tanto lo que pido? Un poco de largona después que peleo... Que me sujeten dos o tres días antes. Yo no digo nada.

Domínguez había ganado bien la noche anterior. Tenía un estilo astuto y calculado que no gustaba a la galería.

—¡Pelea, viejito! ¡Dale clases a tu sobrino!

Ganó los tres *rounds*, sin inmutarse, por estrecho margen.

—Yo peleo para el jurado —decía—. Los futres premian el boxeo y el trabajo de cintura. Hay que

darles en el gusto y reservarse para los apretones finales.

Caucamán había cerrado los ojos y Domínguez lo remeció.

—Tú ya debes estar en los cuartos finales. ¿No te ha dicho nada *Sonrisita*?

—No.

Domínguez lo miraba como a un desconocido.

—Siempre los pesados tienen esa suerte. Se titulan con tres o cuatro peleas. Tú llevas la mitad.

—Sí, la más fácil.

—No hay que achicarse. En la pampa pocos creían que pasaras de la primera...

—¿Conoces a los que quedan en mi categoría?

—A todos. El *Bomba* Retamales pega muy fuerte, pero no aguanta mucho. El año pasado lo tiraron al suelo y lo ganaron bien ganado, en la final. Si te pesca al justo, puede hacerte dormir a ti y al más pintado. Gana siempre por lona. Es zurdo y atropellador. Hay que pelearle muy cerrado y puntearlo... Mucha pierna, compadre. Esquivar los tres *rounds* y no perder puñete. El que se abre se va al suelo... Queda un universitario que boxea, pero sin golpe... Pura pinta. Gran facha es lo que tiene. Parece un campeón mundial... Hay que tirarlo al suelo porque los futres del jurado siempre lo tienen de favorito... El *Jaivo* Vega, del Ferroviario, tal vez sea el mejor para mi gusto... Boxea y pega, pero es muy disparejo. Puede ganarle al mejor y perder con cualquiera. Se alimenta mal. Chicha y más chi-

cha, no más... A ti te toca, casi seguro, con el *Bomba*. Es la pelea que va a dar plata. Dos noqueadores... La Federación busca siempre el negocio... Ahora tienes que hacer todo lo que te diga *Sonrisita*. El es buen director de combate. No puedes pelear a la munda...

El liviano observó que a medida que hablaba, Caucamán daba muestra de mayor inquietud. Se lo quedó mirando.

—¿Estás nervioso?

—No... Si me ganan, es porque son mejores, ¿no es cierto?... Esos apostadores, el *Tirante* y su amigo, sí que no me gustan. Parece que nos anduvieran buscando para tirarse el salto... Esta noche aparecieron de repente. Al Cancino y al Tejo ni los miran... Pero no sé, parece que les ha dado conmigo... ¿No crees que es mejor aclararles la figura?

Domínguez observó a su amigo, entre risueño y ofendido.

—Es que tú eres la novedad y puedes resultar golpe. No seas niño, Caucamán. Son fanáticos del box. Les gusta la conversa. No hablan de otra cosa de la mañana a la noche... Son del ambiente... Yo no me he vendido nunca, cabro. Conozco a los apostadores y buscadores de oro, no lo niego. ¿Me he tomado algunos tragos con ellos? Conforme. A veces han pagado ellos; a veces he pagado yo. Tú sabes cómo somos los pampinos... Les he dado algunos datos cuando traemos boxeadores nuevos. Este peleador es golpe seguro... Este otro debe perder

porque está enfermo o es miedoso... Me gusta tal o cual... Sé, también, con quién puedo ganar o perder yo mismo, porque no soy ningún tonto. Pero nada más... Tengo caballo para venir dos o tres veces más a Santiago. He sido finalista hace dos años... Me he visto en semifinales. ¿Qué asunto tiene que yo me venda por un puñado de pesos? Ni tonto. Al principio me tantearon... Un avisado me quiso ofrecer, una vez, quinientos pesos, cuando la plata valía, para que me tirara al suelo. Yo saqué la cartera y le mostré tres mil... Claro que yo no me les enojo. ¿Para qué? Solitos se aburren... De vez en cuando, a las perdidas, los buscadores de oro convencen a algún huasito sin plata, pero es muy difícil porque el público se da cuenta y la Federación los castiga. No pueden venir más a los campeonatos... Para arreglarse no hay como los santiaguinos. Son más corridos y conocen todas las mañas... Aunque te voy a decir que los verdaderos tongos y arreglos son para veteranos y profesionales... No te preocupes... Nuestra delegación no interesa un pito. El juego debe estar por otros lados. Yo no creo que haya apuestas a tus manos con los que quedan... El *Tirante* y el carnicero jugarán a la segura...

—¿Cómo?

—A que pierdes por puntos, retiro o lona...

—Mejor... ¿Y tú qué crees?

—Por líneas vas perdido... Los que quedan son tiosos y experimentados... Tienen más *ring*... Es claro que puedes acertar tu derecho y dar vuelta

la tabla, pero lo veo difícil... Ojalá te toque con el universitario. Es el más suave; marca el golpe, pero no machuca... Lo más importante es que no te coman los nervios y aguantes los tres *rounds*... Duerme tranquilo, Pedro... Ya pasaste lo peor... No tienes nada que perder... Si ganas el título, ésa sí que va a ser farra... Una semana, ¿ah?...

Las noticias no eran muy tranquilizadoras y Cau-camán demoró en quedarse dormido. En total, estaba conforme. Llevaba tres semanas en Santiago. No lo habían herido ni machucado, pero ahora todos iban a exigirle más: la prensa, el entrenador, los compañeros. Hasta el momento había ignorado el nombre de los contrarios. Ahora se trataba de peleadores con historia, con leyenda personal. Se prometió no leer ningún diario ni revista. Los metería en la maleta.

“Necesito estar tranquilo —se repetía—. Si estoy tranquilo, lo demás no importa.”

Aquella noche tuvo un sueño curioso. Peleaba en un gran estadio con un boxeador extranjero. Este llevaba en la cabeza una corona de metal con campanillas, que hacía sonar estrepitosamente, ante los aplausos del público.

En la platea estaban su padre, su madre y todos los altos jefes de María Elena, muy serios. El se esforzaba en dejar satisfecha a la concurrencia, aunque el adversario le metía rodillazos y golpes prohibi-

dos. Quiso reclamar al árbitro, pero éste se reía, amenazándolo con un garrote.

Entonces aparecía San Pancraccio, balanceándose en lo alto, sobre un trapecio, cerca del techo. El santo volaba dando vueltas circulares sobre los espectadores y, de pronto, se plantó sobre el *ring* con una espada en alto. El boxeador enemigo se batía en derrota y Caucamán era declarado vencedor...

A la mañana siguiente, recordaba, en todos sus detalles, el extraño sueño. Estuvo a punto de contárselo a Domínguez, pero, para su suerte, éste dormía como un lirón.

Buscó en la maleta dos números de la revista *Frigia*, que le habían regalado en el gimnasio, y desayunó solo.

Era muy temprano. Sus compañeros no daban señales de vida. La mañana, fresca y luminosa, lo condujo a la Plaza de Armas. Un pequeño lustrabotas uniformado de azul le miró los zapatos con aire de reconvención. Aceptó sus servicios.

El muchacho quería plata y conversación; Caucamán se enfrascó en la lectura.

Allí estaba de nuevo San Pancraccio, con su historia en versos ilustrados:

*Pancraccio vive en la Frigia;
su padre, que es noble y rico,
en el trance de la muerte,
lo ha encomendado a su tío.*

*Admirado del talento
que demuestra su sobrino,
decide que estudie en Roma,
cabeza del mundo antiguo.*

*Condena el Emperador
al Papa San Marcelino,
que en la campaña romana
se ha ocultado, fugitivo.*

*“Justo es que de los paganos
sea este cielo conocido”,
dice San Pancracio, y predica
las enseñanzas de Cristo.*

*“Si me matan —dice—, el cielo
premiará mi sacrificio”,
y por predicar lo llevan
al Emperador, cautivo.*

*El Emperador le ofrece
(pues fue de su padre amigo):
—“Si reniegas de Jesús,
seré espléndido contigo”.*

*—“Quiero el cielo, Diocleciano,
y eso no está en tus dominios;
más que a tus verdugos, temo,
del Infierno, los suplicios.”*

*“Que le corten la cabeza”,
el Emperador ha dicho.
El Padrenuestro que reza
corta de la espada el filo.*

En la última estampa aparecía el santo, en la postura que le conocía Caucamán, vestido a la romana, con un libro abierto y una palma en las manos.

*Va hacia Dios; de la doctrina
lleva en sus manos el libro,
mientras en la otra tiene
la palma de su martirio.*

El púgil dirigió sus pasos a la iglesia de Santo Domingo para ver a San Pancracio en su altar. A la entrada, junto a la verja, se acercó a una vendedora de imágenes que discutía, vivamente, con un muchacho. El pugilista pidió una estampa y la novena del santo. Mientras le daba el vuelto, la santera, madura y agraciada, le confió sus cuitas:

—No vendo nada, joven. Es la primera venta de la mañana. Esa mujer que está ahí se lleva todos los clientes. Debía darle vergüenza. Es casada con un arquitecto rico y viven en el Barrio Alto, en casa propia. El marido la pasa a buscar en automóvil...

La vendedora mostraba a una señora elegante, de aire orgulloso, que vendía libritos e imágenes en la puerta principal.

Siguió la santera reclamando, en voz alta, a un

hombre pequeño, pelirrojo, con aire de monaguillo. Caucamán, un tanto avergonzado, subió las gradas del templo.

Allí, a la entrada, en una capilla de la derecha, rodeado de viejitas diligentes que le encendían velas, estaba San Pancracio, de tamaño natural, con capa, vestiduras romanas, zapatillas deportivas y un brazo en alto, en el gesto clásico de los pugilistas que saludan al público antes del combate.

Un corazón de plata con cintas rojas le colgaba de la mano derecha. En las columnas, a ambos lados del altar, había una infinidad de pequeñas placas de bronce con agradecimientos que atestiguaban los favores concedidos:

GRACIAS SAN PANCRACIO POR HABER ENMENDADO A MI
ESPOSO.

LUISA GUTIÉRREZ.

“No hay derecho a que lo denuncien”, pensó el púgil.

Leyó otras inscripciones, pero todas rezaban casi lo mismo:

GRACIAS SAN PANCRACIO POR LOS FAVORES RECIBIDOS.

En el piso había inscripciones funerales de grandes personajes:

DON SALVADOR SANFUENTES
FALLECIÓ EL 13 DE MAYO DE 1863
A LA EDAD DE 78 AÑOS.

R. I. P. MANUELA CORREA DE OVALLE. 1860.
SU ESPOSO LE CONSAGRA ESTE RECUERDO.
FALLECIÓ EN SANTIAGO EL 14 DE MAYO DE 1857.

Caucamán se pasó la mañana leyendo los agradecimientos en metal. Cuando concluyó con San Pancracio, siguió con Judas Tadeo, que se encontraba al frente, en un altar igualmente concurrido. Descansó un rato ante el altar mayor. Sacó su pequeña estampa del bolsillo y leyó con fervorosa atención:

“¡Oh glorioso San Pancracio, abogado especial para alcanzar salud y trabajo; interceded al Señor por mí para que logre con vuestro auxilio el favor que deseo alcanzar para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.”

Los ruidos asordados de la iglesia y la dulce penumbra de los vitrales de suaves colores calmaron sus nervios. No pedía grandes triunfos. Sólo deseaba tranquilidad; que no lo alteraran demasiado.

Al dirigirse a la calle, vio en una vitrina a San Miguel Arcángel, de cuerpo entero, que amenazaba con su espada a un diablo negro, de grandes cuernos, humillado a sus pies. Las piernas del demonio estaban cubiertas de monedas. Caucamán se quedó dudando si las monedas eran para San Miguel o para el demonio arrodillado...

C A P I T U L O VI

UN SABADO acompañó a Cancino al Parque Cousiño. El peso gallo tenía dificultades con la balanza y no podía descuidar las caminatas matinales.

Además de quemar grasa, Cancino cultivaba una especie de hípica menor. Después de dar dos vueltas al Campo de Marte, el peso gallo llevó a su compañero junto a las acequias de la Avenida Viel, donde algunos ociosos jugaban a las carreras de palitos en el agua.

Caucamán pudo advertir que el chico Cancino no era desconocido entre los apostadores acuáticos, en su mayoría jinetes jubilados, corralinos del Club Hípico y rotos bravos de las calles Santiaguillo y Pedro Lagos.

Un viejo alegre, de barba rojiza, cubierto con un magnífico tirolés verde, hacía de juez de partida. Tomaba cuatro o cinco tablas, aguzadas en las puntas, en forma de botes, y las echaba al agua, a unos treinta metros de la meta, donde un muchacho entusiasta cantaba el nombre de los vencedores.

El grupo tahúr asistía a la largada y se venía

animando a los palos con gritos y extraños balanceos de brazos.

—¡Echale, *Don Rena!*

—¡Abrete, *Cogotero!*

—¡Tírate por el medio, *Vicinity!*

—¡Carrera corrida para *Charles Wood!*

—¡Repítete, *Charles Wood!* ¡Sácale la vuelta a la piedra!

Los palitos de colores, con sus respectivos nombres escritos sobre el dorso, seguían los caprichosos remolinos del agua. Algunos se detenían transversalmente, impidiendo el avance de los rezagados. Entonces el palito más liviano salvaba la barrera y se iba hacia la meta, entre la gritería de los apostadores y curiosos:

—¡Endereza, *Pergamino!*

—¡Se ahogó el *Crestón!*

—¡Gira, *Kurichao!*

—¡*Angolino*, firme adelante, mi alma!

Se fue acercando entre los árboles un viejo malhumorado, con la pala al hombro.

—Ahí viene el maestro Riquelme. Hay que hacerle la plata para que no corte el agua.

Los ganadores de las últimas carreras juntaron los pesos que cobraba el regador municipal. Este se alejó con aire importante y paso cansado en dirección a la laguna.

La reunión era simpática, pero un tanto monótona. Cancino se mostraba incansable y animaba a

su compañero para que éste probara suerte. Jugaron a medias en cinco o seis carreras y ganaron.

Un chiquillo mirón les propuso venderles un caballito muy corredor que traía envuelto en papeles.

—¿Cuánto?

—Por trescientos. En una hora los ganan.

—Córrelo tú, entonces.

Cancino no mostraba intenciones de abandonar el juego. Caucamán se despidió de su compañero.

—Voy a la laguna. Después te paso a buscar o nos encontramos en el hotel.

—¡Chao, *Buenas Costumbres!*

—Chao, *Ratón.*

Caucamán se dirigió hacia el poniente del Parque, atravesando la elipse. Hacía calor y estaba rendido, pero algo había despertado poderosamente su curiosidad mientras trotaba junto a su compañero, una hora antes. Se trataba de un árbol convertido en altar, rodeado de estatuas, que había vislumbrado vecino a las canchas de tenis. Había estado a punto de detener a Cancino, que saltaba alegremente a su lado, lanzando golpes al aire.

Se acercó con respeto. Era un árbol corpulento del que colgaban fotografías, amuletos, imágenes de santos y dos enormes ganchos de metal colmados de papeles.

En el tronco estaban incrustadas numerosas planchas de bronce. A los pies habían levantado una especie de altar con imágenes de bulto: una Virgen de Lourdes, Santa Gemita, un Niño Jesús, coro-

nado y con el mundo en la mano, la Virgen de Andacollo.

En apretadas filas se ordenaba, sobre una plataforma de cemento, gran cantidad de velas encendidas. Había capillitas y montículos que protegían imágenes de yeso. Encima de un pequeño horno para cobijar las velas, montaban guardia un Corazón de María y un Niño Jesús de Praga con la cabeza cortada. Sobre un pequeño soporte se levantaba la imagen deportiva de San Pancracio, con su libro abierto. Era la copia en pequeño de un rincón pobre del Cementerio General.

Caucamán daba vueltas silenciosamente alrededor del árbol cuajado y milagroso.

Una vieja diligente que espabilaba las velas se lo quedó mirando con aire cómplice y le preguntó si cumplía alguna manda.

El púgil confesó su ignorancia y regaló unos pesos a la vieja. Esta le fue contando el origen de la devoción:

—Aquí mataron a una niñita de seis años y meses, Marinita Jara, sordita y mudita. Su padrastro la degolló, después de violarla contra este árbol a las seis de la mañana, antes de irse a su trabajo en una fábrica de sacos. . . Ella no está nada aquí. Su tumba se encuentra en el Patio 16 del Cementerio General, entrando por Recoleta. . . Allí está, también, la verdadera fotografía de ella. . . Yo estoy para la limpieza, no más —continuó la vieja—. Don Luis Armando

Oyarce es el que dirige todo lo del árbol. El es muy educado; es sastre-cortador en el Piccadilly... La Marinita es la animita más grande de Chile, la más milagrosa... Los jinetes del Club Hípico que pasan por aquí, en las mañanas, le traen cajones de velas... Ha puesto bien a muchos matrimonios y consigue trabajo a los desocupados y a los que se ponen de novios con buenas intenciones... Una mujer dice que Marinita murió en pecado mortal, pero yo creo que no porque el pecado fue a la fuerza... El día lunes, día de las ánimas, es cuando acude más público... También ha venido el que la mató... Yo no lo he visto, pero me han contado que se arrastra de noche, cuando no hay nadie, a pedirle perdón, y llora... Eso dicen... La historia de la Marinita ha salido dos veces en las revistas...

La vieja no terminaba nunca. Caucamán se puso a leer las leyendas de algunas planchas:

GRACIAS MARINITA POR EL FAVOR QUE ME HICISTE DE
JUNTARME CON MI ESPOSA.

TUS ETERNOS DEVOTOS Y AGRADECIDOS
LEONOR Y PEDRO.

GRACIAS MARINITA POR SU MILAGRO.
GRAN COLO COLO.

La placa más elegante tenía la firma de un boxeador conocido. Un ángel arrodillado llevaba un

ramo de flores en los brazos. A Caucamán, el corazón le dio un vuelco.

GRACIAS MARINITA POR EL FAVOR CONCEDIDO.

CARLOS RENDICH.

Bajo la mirada complaciente de la veterana, Caucamán se atrevió a leer algunas de las cartas suplicantes clavadas en los grandes ganchos.

Eran misivas ingenuas, fervientes, escritas en hojas de cuadernos escolares, amarillentas, tiesas, semi-destruidas por la intemperie. Algunas muy exigentes:

Santa Marinita:

Concédeme lo que te pido. Quiero que estas dos personas que viven en mi hogar se vayan de aquí. Una es Fresia Gallardo y la otra, María Chinchilla. Tienes dos meses de plazo. Sé que te debo dos paquetes de velas. Si se van, te traeré dos paquetes más

J. M. F.

Querida Marinita:

Lo que voy a decirte es que mi hermana María se cambia de casa. Ella se va a vivir afuera de Santiago y ella quiere que no le pase nada, porque ella no se va a ir con el marido ni con la hija tampoco. Ella se va a ir sola. Muchas gracias Marinita.

MAGDALENA ENCINA.

Señorita Marinita:

Tepido y terruego que me consigas este milagro que me vendas el sitio del camino a Lo Espejo, calle Flora Torres al frente del sitio N.º 4547 que es el N.º 4549.

La ruego que lo más pronto posible lo vayan a ver el sitio para venderlo. Te pagaré con velas.

FRANCISCO BASAURE.

Querida finadita:

En ti creo y en ti he puesto toda mi confianza. Marinita ayúdame tú. Seas tú mi ayudadora.

Angel milagrosa. Quiero que mi novio no sea en esa forma, que no tenga otra mujer, que me quiera a mí no más. Tú sabes que lo amo con toda la fuerza de mi corazón. Marinita también que encuentre trabajo en la fábrica. El jueves que me reciba. Te pagaré dos paquetes de velas y toda la semana un paquete mientras esté en Santiago.

A. C. C.

Marinita:

Te ruego que me vaya bien en Matemáticas, en Ciencias y Estudios Sociales. Que sea la primera del curso.

Que se me cumplan los deseos de que Eduardo me quiera, y que pololee con Paulo. Que nunca me traicione y que mi mamá no me rete y que me dejen ir al teatro sola todos los domingos. Que me de-

jen tener amigos. Marinita te lo suplico, cúpleme estos deseos. Tu eterna agradecida.

Si me ayudas te traeré un paquete de velas.

Gracias Marinita.

CARMEN GONZÁLEZ.

Marinita:

Le doy gracias por lo que me ha mejorado del hígado y espero que ahora me mejore del cerebro y la cabeza, como también este dolor del lado izquierdo, en general todos mis dolores, para así poder hacer mis cosas de casa, como también mis costuras. Espero encontrar en Ud. estos milagros. Gracias. Seré siempre su devota y agradecida.

Pida, Marinita, por la tranquilidad de mi hogar.

MARGARITA.

Había llegado una pareja joven de obreros y rezaban frente al árbol. Caucamán suspendió discretamente la lectura y se despidió de la vieja.

Todo ese fervor pedigüeño le producía un extraño efecto. Aquella niña, para conceder toda clase de favores, había sido cruelmente asesinada por su padraastro. Era la misma historia de San Pancracio, el niño descabezado de la iglesia de Santo Domingo.

Sospechaba que la Marinita iba a ocupar también un lugar en sus sueños, y el aumento de preocupación religiosa lo entristecía.

En ese instante todo parecía fácil y placentero. El cielo azul, la brisa que movía los árboles, el ca-

brilleo luminoso de la laguna, la fragancia de la primavera. Pero después venían las noches, los sueños amenazantes, la dureza de los entrenamientos y la crueldad del ambiente deportivo.

Volvió sobre sus pasos hacia la Avenida Viel. A lo lejos, entre árboles, alcanzó a divisar la figura de Cancino que garabateaba el aire con extraños movimientos, junto a la cinta de agua...

FRENTE AL CAMPEON universitario, Caucamán estaba dispuesto a perder. Coliñón —se lo habían repetido hasta el cansancio— peleaba bonito, sin mañas, estilizado. Venía de vencer al *Jaivo* Vega, el as ferroviario, en un combate espectacular. Caucamán, por su parte, había cumplido con creces las esperanzas nortinas. Cualquiera no llegaba a las semifinales. Quería hacer una buena pelea; dejar contento a *Sonrisita*, y luego, en el tren, recordar, madurar aquel cúmulo de impresiones de su mes santiaguino.

Cuando subieron al cuadrilátero, la barra estudiantil atronó el Caupolicán. El pije Coliñón, bien uniformado, con bata de seda azul y la gran lechuza universitaria en la espalda, saludó aparatosamente. Un grito enorme de sílabas entrecortadas dio la bienvenida al campeón:

—¡Chi - chi - chi - le - le - le - U - ni - ver - si - dad
- de - Chi - le!

Llamados al centro del *ring*, Coliñón lo saludó correctamente, apatronado, con la mirada del gringo rubio al mestizo, de un huaso rico a su capataz pre-

ferido. Revisión de orejas. El árbitro les secó el exceso de vaselina en los pómulos y dio las instrucciones de costumbre.

La galería avivaba al nortino; el anfiteatro y la platea bullían por el universitario. Este saludaba a sus parciales saltando y moviendo los brazos con elegancia estudiada. Caucamán miraba distraído. Sentíase, como nunca, tranquilo y seguro.

Se iluminaron los cinco focos del *ring*. Vuelto a su rincón, mientras le amarraban un guante, el pampino observó las caras desdibujadas, displicentes, de los periodistas y los frecuentadores del *ringside*. Los cronistas deportivos daban como ganador seguro al de la Universidad. En el sector de los apostadores, algunos nombraban a Caucamán, pero pidiendo mucha ventaja.

Sonrisita insistió, una vez más:

—No lo deje boxear. Tiene que atropellar y desbaratarlo. Lleve el ataque arriba. El futre se cuida mucho el peinado... Hay que ganarle a puro chopazo, porque boxeando él sabe mucho más... Fíjese, pues. El no ataca; es de contragolpe y puntete... Usted tiene que llevar el tren de pelea. Va a errar muchos puñetes... No haga caso a los gritos. Cuando acierte el primer rechazazo, el público se va a dar vuelta... Tire la derecha, todo el tiempo, arriba y abajo, por dentro y por fuera.

Domínguez le soplabá al oído:

—Es fantoche y no aguanta mucho. Tienes que

perseguirlo y asustarlo. Creo que puede aflojar. Pega menos que una estampilla.

—¡Segundos, afuera!

En el centro del *ring* y desde el primer topón de guantes, el universitario comenzó a girar alrededor de Caucamán. Ensayó dos o tres izquierdas el pampino, pero sin éxito. El blanco era movible y Coliñón se manejaba con elegancia y soltura. Tenía un cuerpo bonito, bien trabajado. Caucamán perdió un un-dos. El universitario entraba y salía, saltando atrás y a los lados, y de contragolpe marcaba puntos a voluntad. Peleaba suave. Era una seguidilla de izquierdos y derechos empolvados, sin energía, que llegaban con precisión a la cara y al plexo del nortino.

Reía complacido el público. Caucamán no lograba enojarse. Al revés, le hubiera gustado pelear diez vueltas con el rubio estudiante. Era el box, como deporte, una diversión agradable y caballerosa.

En los cuerpo a cuerpo veía a Domínguez, acurrucado en la escalerilla de su rincón, con las manos al ataque, dibujando *uppercuts*. Caucamán tuvo un resbalón fugaz y el contrario lo ayudó a levantarse con la mayor gentileza. El primer *round* fue entero del boxeador de la Universidad.

En el descanso, *Sonrisita* no disimuló su enojo:

—Mire, el *round* lo perdimos lejos. Si usted lo deja hacer academia, nos gana de aquí a Antofagasta. ¿Me entiende? No lo deje boxear, que no se le arranque. Tiene que llevarlo a la pelea franca... Oiga, al salir me lo atropella de un viaje y no le da sogá; no

tome distancia. . . Si se le cubre, golpee en los guantes, en los brazos, donde pueda. . . No le dé ninguna confianza. Atropelle al tiro, de un viaje. . . Castíguele los riñones, así no saltará tanto.

—¡Segundos, afuera!

Con los brazos extendidos se lanzó como a una pileta. Con un hábil quiebre de cintura, Coliñón le hurtó el cuerpo. El pampino cayó sobre las cuerdas.

“Otra vez lo mismo —rezongó el de María Elena—. Las cuerdas, las cuerdas. . . Tengo que cazarlo en los rincones.”

Una congoja de impotencia le crecía en el pecho. Los de las gradas populares le seguían fieles.

—¡Pelea, pues, *Chuncho!* Ya está bueno. ¿No te da vergüenza?

—Vos primero, Caucamán. Tírale el premiado.

—¡Dale clases, no más, Universidad! —gritaba la barra de Coliñón.

El rubio lucía mucho mejor. Su izquierda era un avispero de implacable puntería. A media distancia trababa con habilidad y el espigado nortino no lograba vulnerar su trenzado de brazos. En cambio, la derecha del universitario era nula y le servía sólo para cubrirse.

Caucamán sentía los ojos húmedos de rabia. Estaba haciendo el ridículo; lo bailaban a toda orquesta. Los de la platea se reían satisfechos y burlones. Arriba no se movía una mosca. La galería aceptaba la derrota del obrero de la pampa, muda, sin protestar.

La desesperación de Caucamán llegó al colmo

cuando el árbitro, dirigiéndose a él, exigió más pelea. Hubiera querido gritar la injusticia. Hacía todo lo imposible por imponer la lucha franca, pero el contrario se le escapaba como jabón.

Ya medio se conformaba con la derrota, cuando el estudiante, animado por su barra, se extralimitó pasando al ataque. Caucamán tuvo la intuición del momento y retrocedió haciéndose el cansado y el cobarde.

—¡Sácalo! ¡Sácalo! ¡Ya es tuyo! ¡Se va, se va!
¡Lona, lona!

El pampino movía la cabeza, torpemente, haciéndose el mareado. Con toda astucia esperó que el estudiante se abriera y lanzara, por fin, esa derecha que lo neutralizaba todo. Vio el claro aprovechable y mandó su fierrazo, por fuera, de contragolpe.

Alcanzó a su rival en una sien. Coliñón se tambaleó, violentamente, y sonrió a la platea, como pidiendo disculpas.

El golpe había electrizado a la galería. Caucamán aprovechó el impulso de su propia barra. Llevó al estudiante a un rincón neutral y allí lo zamarreó con ímpetu. Ya no le valía cubrirse con los guantes. El pampino descargaba toda su artillería sobre el bulto. Lo importante era pegar, cayera donde cayera.

Por dos veces el árbitro lo separó con violencia, pero era inútil, porque el universitario se quedaba ahí mismo, sin movimiento. El nortino logró meter su izquierda neta en la barbilla. Coliñón cayó de rodillas.

Caucamán miró a *Sonrisita*. Este le indicaba un ataque implacable. Domínguez, a su lado, era un remolino de golpes al aire.

La cuenta llegó a cinco, en un chivateo ensordecedor. Los apostadores profesionales pedían cautela al estudiante.

Caucamán lo volvió a llevar a las cuerdas. En docenas de golpes imprecisos acertó dos derechazos netos, al estómago. Ya lo tenía...

Recordó un consejo de Domínguez: "Cuando el contrario está mareado, es mejor empujarlo que castigarlo". Golpeó y empujó a voluntad, pero sin saña. El universitario se vino al suelo dos o tres veces más. Las piernas se le doblaban en todas direcciones; de las narices le goteaba sangre. Estaba muy pálido y no atinaba sino a cubrirse, esperando la campana salvadora. Caucamán sonreía. El árbitro, experimentando la derrota como propia, lanzaba miradas furiosas al nortino, llevándolo personalmente a su rincón, antes de iniciar la cuenta. La galería protestaba.

No fue necesario llegar al final. El universitario levantó la mano, abandonando. Acto seguido se dejó caer sobre Caucamán y lo abrazó.

—Pega muy fuerte, amigo. Lo felicito.

Agradeció, muy emocionado. Jamás había creído en aquel desenlace.

Mientras se abrazaban, fueron fotografiados en el centro del *ring*, entre ovaciones atronadoras.

La derrota del universitario desató comentarios a granel en las páginas deportivas de los diarios y revistas. "Gran final en la categoría alta. Caucamán pinta para campeón. Declaraciones del *Bomba*."

Por su gusto, Caucamán hubiera disputado la final al día siguiente. Su tensión nerviosa iba en aumento. En el hotel, los mozos y camareras lo felicitaban a cada instante y le pedían entradas. Evitaba pasar por las calles del centro. Los lustrabotas de la Alameda lo señalaban con el mayor desparpajo:

—Oye, ése es Caucamán. Flor de pesados. ¿Cómo le irá con el *Bomba*?

Era dura la celebridad. ¡Cuánto mejor lo pasaba de incógnito! Toda la calle a su capricho, sin miradas curiosas o admirativas. Domínguez lo arrastraba a un café, refugio de periodistas, jugadores de fútbol y comentaristas de radio. Caucamán no servía para la publicidad. Contestaba con desgano a las felicitaciones y consejos. Al menor descuido se escapaba.

Y había que esperar una semana más, por lo menos. La Federación tenía primero que liquidar falanges de pesos plumas, verdaderas ristras de gallos, moscas y livianos, venidos de todas partes.

En el gimnasio, *Sonrisita* hacía boxear a Domínguez con la guardia invertida, la derecha adelante y la izquierda pronta al remate. Caucamán debía burlar esa derecha y meterse, una y otra vez, al cuerpo a cuerpo. Entonces, Domínguez castigaba, con regular fuerza, los riñones y el estómago del peso pesado. Las órdenes del entrenador eran terminantes. Cauca-

mán debía acostumbrarse a pegar corto y tupido, cubriendo el cuerpo con los codos y pasando la cabeza por encima del hombro contrario, para dejarla al abrigo de cualquier golpe sorpresivo.

El entrenamiento se había convertido en algo insoportable. *Sonrisita* lo corregía todo el tiempo, tratando de complicar su juego simple e ingenuo:

—No se quede parado... Ritmo, Caucamán, ritmo... Usted cuando baila, después de dar un paso, ¿qué hace?... Da el otro, ¿no es cierto?... En el box es igual... Es como un baile... No hay que tirar golpes sueltos para irse de punta. Hay que pensar que su golpe puede perderse. La otra mano debe estar lista para cubrirse o pegar, dando tiempo a repetir el primer golpe... Ataque y defensa deben ir continuados y combinados. Nada de boxear a pedacitos. Se esquiva para golpear mejor. Si lo atropellan, retroceda tirando golpes... ¿Entendió?

Caucamán contestaba con un resoplido de impotencia y el entrenador volvía a la carga:

—Siga, Domínguez, con ganchos largos... Usted, Caucamán, vigile el golpe y esquive... Agáchese por la izquierda... Tire recto y por dentro... Acueste la cabeza, cruzando la de Domínguez... Amarre, amarre... Está bien.

—¡Tiempo!

En los descansos, *Sonrisita* Gutiérrez insistía, una y otra vez, en su lección de estrategia. El *Bomba* era un zurdo arreglado. Un boxeador natural de guardia invertida, a quien lo querían hacer pelear

derecho. En el primer *round* seguía las instrucciones, pero después, en las apreturas del combate, se olvidaba de todo y volvía a pelear como zurdo. Era la mayor complicación de la pelea. Había que estar atento al cambio de guardia. El golpe decisivo del *Bomba* era la izquierda larga, por fuera. Por eso había que estar siempre a media distancia.

—Si él se retira, usted se le acerca. Entrando y saliendo. Mientras más se aproxima al contrario, menos peligro. Si el público protesta, que proteste, no más. Usted siempre al cuerpo a cuerpo, por lo menos al principio...

LA DESPEDIDA del gallo Cancino puso en relación más estrecha a los restos de la delegación nortina.

Ya sólo quedaban en la competencia Caucamán y Domínguez. El pluma y el mosca habían sido eliminados en la tercera rueda, sin pena ni gloria. Se festejaron por su cuenta después de las peleas. A la mañana siguiente volvían al norte cargados de fruta y paquetes surtidos.

—Peléenla hasta el último. Llévense un par de títulos a *María* —gritaban cuando partía el tren.

Con Cancino la cosa era diferente. Vencedor de cuatro combates, había perdido en una pelea estrecha, de fallo discutido, frente a un finalista del año anterior. El peso gallo de María Elena era muy nuevo y pintaba para campeón a corto plazo.

Por una vez, el delegado Jiménez quiso ser amable e invitó a los púgiles a un café de la calle Huérfanos. Bajaron a un subterráneo. El local era estrecho, entre columnas. Muy peinados y morenos, los tres nortinos se sentían incómodos. Los mozos los miraban con indisimulado menosprecio.

El delegado trató de congraciarse. Hablaba de la magnífica impresión que había causado el equipo de María Elena por su valentía y buena conducta. Tuvo expresiones alentadoras para Domínguez y Caucamán. Cancino se había comportado a gran altura y sólo un fallo absurdo lo dejaba fuera de la competencia.

Escuchaban los púgiles con la cabeza baja. Ahora que las delegaciones estaban hechas tiras, los futuros se hacían amigos para asegurar el viaje del año venidero.

Una española gorda, de peinetón, cantaba acompañándose con las castañuelas. Después hubo números argentinos y mexicanos. Caucamán escuchaba embobado y todos aplaudían con entusiasmo. Como broche de oro, actuó un dúo chileno ejecutando tonadas y cuecas con arpa y guitarra. Despacharon el chocolate helado con pajita y el delegado dio una gran propina.

En la calle quedaron solos. A Jiménez lo esperaban en la Federación. Mientras se perdía por Huérfanos, rumbo al cerro Santa Lucía, Domínguez propuso ir a El Buque.

—Es temprano —insistió Domínguez—. Un día es un día. Nadie va a subir de peso, nos tomamos dos o tres cervezas y listo el bote. Hay que despedir al Cancino.

Se fueron por la calle Puente, sorteando las aglomeraciones de las esquinas y el asmático trepidar de

los ómnibus. Cancino estaba preocupado y nervioso. El peso pesado advirtió que su compañero se dejaba llevar con disgusto.

El Buque estaba repleto de gorras coloradas y vendedores de frutas. Los maleteros convertían en tragos sus ganancias del último tren.

Domínguez sonrió feliz. El local, adornado con salvavidas, le recordaba sus bares queridos de Antofagasta. Al tercer *schop*, el peso liviano comenzó su vieja historia de las delegaciones antiguas. Recordaba las andanzas y aventuras de los viejos peleadores del norte. Hizo una declaración sorprendente:

—Yo peleé en Bolivia como profesional. Me fui con el ñato Viacaba, flor de peso liviano, profesional. Yo hacía el pluma. Peleamos con los *cuicos* en Oruro y La Paz. En Potosí, a Viacaba le dio la puna y tuve que pelear dos veces: el semifondo y la de fondo. El preliminar era a seis *rounds* y gané por retiro al primero. Era el día de los compadres. Estos compadres, casi todos capataces chilenos, explotaban a los *cuicos* mineros. Las peleas las habían organizado los paisanos, así que me dejaron pelear también la de fondo. Tenía que ser un boliviano contra un chileno, y Viacaba estaba en cama. Gané por puntos a un *cuico* que me llevaba en seis kilos. Los compadres me dieron tres mil bolivianos, y ahí no más los farreamos con Viacaba y las amistades mineras.

Cancino, que tenía sus puntos de humorista, se lo quedó mirando.

—Total que si te tomas dos *chopes* más va a resultar que también peleaste en los Estados Unidos.

—Chico criadilla, no más. Le estás faltando el respeto a tus mayores. ¿Qué sabes de la vida, tú?

Caucamán rió conciliador. Al fin y al cabo, Cancino era el festejado y tenía derecho a meter su cuchara. Propuso discretamente cambiar de local.

—Bien —dijo Domínguez—. Dejamos el buque y bajamos a tierra.

Cruzaron la calle. Era casi imposible no acudir al llamado de El Porteño, cuyo aviso luminoso, en oro y violeta, pendía como una bandera de combate. Bar favorito de los valparaisinos que merodean por los alrededores de la Estación Mapocho, en espera de la salida o la llegada de los trenes.

Caucamán pidió unos blancos y canceló en seguida. Las mesas estaban ocupadas y el mesón, lleno de clientes eufóricos, no se mostraba propicio a las confidencias. Bebieron en silencio, como por obligación. De una pared colgaba un enorme cartel de colores violentos en el que aparecía una jarra de vino sobre un pedestal de duraznos y frutillas gigantes, ilustrado con una leyenda mágica: "Borgoña en Clos". Escudo de bebedores, el cartel era un desafío a las gargantas infatigables de los más fieros borrachos del puerto y de las inmediaciones del río Mapocho.

La tercera parada fue en el Zum-Rheim, al llegar a la calle San Pablo. El local era más alegre y con pinturas. En las paredes lucían pavos reales con lunas menguantes en la cabeza y una serie de esce-

nas venecianas a gran tamaño: el Puente de los Suspiros, el Canal de Rialto, la Plaza de San Marcos.

Pidieron cerveza. Junto a ellos apareció una niña que vendía claveles, peinetas y agujas. Cancino le compró una peineta colorada y le dijo, bajito:

—Y usted, m'hijita, ¿pelea en el mínimo o en el mosca?

La vendedora sorteó ágilmente el agarrón de Cancino y le sacó la lengua.

Después llegaron una vieja que pedía limosna y otra niñita que ofrecía lápices y números de lotería.

—Aquí estamos perdidos —dijo Domínguez—. Nos van a vender hasta la Biblia. De repente no más llegan los hermanos. Esto nos pasa por sentarnos. Si hubiéramos pedido en el mesón...

Cancino se veía de lo más animado y propuso seguir la fiesta donde él sabía, en un bar de la calle Esmeralda.

Domínguez hizo un guiño burlón a Caucamán. ¿En qué pasos habría andado el pequeño Cancino por aquellos lados?

La calle San Pablo iba creciendo en su animación nocturna. Obreros, gentes con paquetes y sacos, luchaban tenazmente por subir a los micros y tranvías. Los altoparlantes de los negocios imponían músicaailable entre los bocinazos de los automóviles.

Se detuvieron algunos minutos frente a un comercio de pájaros del Mercado Central. Domínguez tenía el encargo de llevar un zorzal y dos canarios cantores a la pampa. Preguntaron los precios y do-

blaron por Veintiuno de Mayo a la calle Esmeralda.

Por un momento creyeron que Cancino los convidaba al Can-Can, un bar muy elegante, pero el peso pluma los introdujo, por un corredor estrecho y largo, al Club Alemán de Canto.

Un ancho patio con el piso cubierto de mesas se ofrecía a la sed de los pampinos. Sobre una tarima, la orquesta ejecutaba vales antiguos y tonadas chilenas. De las paredes colgaban viejas fotografías de los conjuntos corales que había cobijado la institución. Alemanes gordos y bigotudos, de la época del Kaiser, sonreían a la eternidad, beatíficamente.

Domínguez se sintió molesto y encontró el local muy extraño y medio gringo. Tenía celos retrospectivos de los tragos que allí pudieran haber consumido sus amigos sin su presencia. ¿Quién lo iba a ganar a él a conocer bares de Santiago?

El peso pluma los hizo pasar al mesón, que estaba semiescondido en una pieza lateral. Informó:

—En el patio son más delicados, no conviene sentarse en las mesas. Llegan carabineros y piden el carnet a los jóvenes.

—Esto le pasa a uno por andar con menores de edad —talló Domínguez.

—Ya, abuelito, pida no más.

Una garzona gorda y rubicunda se les puso al frente:

—¿Qué va a querer, hijito? ¿Qué van a querer los niños?

Caucamán se echó a reír viendo la cara indigna-

da y sorprendida de Domínguez. Cancino le dijo en voz baja:

—A todos les dice igual. Lo hace por cariño.

Domínguez quería volver a sus cervezas, pero Cancino se le adelantó con gran seguridad:

—Un *Viña La Rosa*, tinto, con la rayita colorada al medio.

—Este chico Cancino es una brisca.

El peso gallo estaba encantado con su bar. Lo mostraba y lo lucía como un juguete de lujo.

—No se crean que aquí toma cualquiera. Piden carnet de socio transeúnte.

—¿Y quién te trajo a este chinchel? —gruñó el peso liviano.

—Buena, buena... Usted ha venido diez veces a Santiago y apenas conoce El Buque. Ni que fuera a medias con el dueño. Ya parece botero... Estamos en la gloriosa Esmeralda... Iquique, viejo... De Iquique es este puma...

Caucamán se reía, quitándole peso a las bromas.

—No se peleen los niñitos —concilió la mesonera gorda, descorchando la botella.

Llegaban los garzones pidiendo jarros de vino caliente para la orquesta. Los músicos ayudaban al consumo. Era tradición del local que el conjunto fuera festejado después de una seguidilla de canciones criollas.

Domínguez le iba tomando gusto al ambiente y ya proponía la segunda botella cuando el peso gallo,

que se traía algo entre manos, les pidió que lo acompañaran.

—Es mi última noche. Vamos a revolverla otro poco.

Volvieron a la calle. En la esquina de San Antonio, Cancino, que se veía por momentos más nervioso, subió sin aviso los escalones del Bar Olimpia. Actuaba rápidamente y se mostraba preocupado.

Caucamán tenía buena cabeza y su única preocupación era que finalizara alguna vez el homenaje. Temía a la borrachera incipiente de sus amigos. Le gustaba perder el tiempo a su modo; en los bares se sentía molesto.

Se alinearon en el mesón y pidieron aguardiente. Cancino ya no atendía a los comentarios de Domínguez. Sus miradas iban a los amplios reservados, con cortinas azules, de los que salían unas mujeres pintarrajeadas. Corteras chicas y melenudas —sin dientes ni pantorrillas, con un mínimo de cuerpo— que miraban osadamente.

—Venga, corazón...

Había algo de juego escolar, de niñas en recreo. Se asomaban en un continuo escondite, usando las tres puertas del bar. Pasaba la pareja de carabineros y entonces volvían a salir para regresar a los pocos minutos, muertas de risa, comentando entre ellas las peripecias de la calle. Junto a la cantina abría sus puertas un hotel destartado, de empinada escalera.

Domínguez reía plácidamente, mirando de soslayo a Cancino. En su posición de decano se sentía

comprometido y dispuesto a colaborar en la última noche de su compañero. Domínguez estaba en lo justo: el gallo quería trezarse en un cuerpo a cuerpo, con pierna suave. Le habló en forma paternal:

—¿Cómo vas a pelearla? ¿De puntete o con cambio de guardia?

Cancino se detuvo en seco y dijo con la cabeza baja, entre enojado y dolorido:

—Si me van a seguir ajizando, mejor es que me vaya solo.

—Oye, estas fulanas son peligrosas. Te pueden pegar las mil y una. Además, son ladronas.

El peso gallo ya no protestaba. Sus miradas iban de Caucamán a Domínguez. Por último, dijo en voz baja, como quien confiesa un delito:

—Si no es aquí la cosa. Me gustan otras que pararan en la calle Santo Domingo.

Salieron lentamente. Se habían acabado las tallas y formaban un solo bloque.

—Perdona, cabro. Es sin mala intención. Pura broma, no más.

Caucamán iba intrigado. No era tan inocente como para ignorar que por San Antonio paseaban las busconas, al atardecer. Había seguido a una mujer ostentosa, de pelo y ojos pintados, que se movía, pe-tardeando, entre dos funerarias —la de Azócar y la Forlivesi—, para refugiarse en el portal del Bar La Trinchera. Esa mujer lo había inquietado en sus sueños. La veía salir, muy compuesta, de un ataúd, in-

vitando a los hombres a un paseo en la carroza negra.

Estaban nerviosos. El ansia sexual de Cancino los contagiaba. Sentían los músculos acerados, poderosos de furia contenida bajo las ropas domingueras. Pasaron en silencio junto a la Compañía de Electricidad. Al frente, en la esquina, bajo las luces verdes del Hotel Metro, un grupo de *patinadoras* elegantes conversaba con animación.

Cancino los detuvo un momento.

—Voy a tentar suerte. Si agarro vuelo con un cuero que me guste, nos vemos dentro de una hora en el Bar Amaya. Espérenme un minuto. Hay una de sombrero verde que le vengo echando el ojo...

—De acuerdo —cortó Domínguez—. Te esperamos al frente. Si te vemos entrar al hotel, nos vamos. Anda no más, chico. Nosotros te aplaudimos a la vuelta.

Cancino cruzó la calle y durante un par de minutos se defendió de las mujeres de pequeña estatura. Sus compañeros no perdían detalle.

—Esa debe ser la que busca Cancino —dijo Cau-camán.

De una confitería salió una morena fuerte, alta, elegante, de grandes ojos y pechos. Sobre la cabeza se le equilibraba una complicada boina verde.

—La conozco —dijo Domínguez—. Es muy tiesa. Creo que el chico Cancino no agarra viaje.

La daifa se movía con lentitud, desafiadora, como una fragata de lujo. Cancino la alcanzó a la

vuelta de la esquina. El peso gallo hacía gestos rápidos, insistentes, con la cabeza levantada. La mujer, una mano en la cadera, lo miraba bajando la vista, observándole los zapatos con displicencia, como a un mendigo.

Caucamán sintió pena. Vagamente intuía el rechazo. Anduvo tres o cuatro pasos la mujer y Cancino volvió a alcanzarla. Estaban frente a la entrada del hotel. La profesional hizo un gesto de fastidio y siguió de largo, apresurando el paso. El rechazo era evidente.

Cancino volvió con los ojos enrojecidos. A la pregunta de sus amigos, respondió con un gesto de resignada derrota:

—No quiso aceptarme como cliente. No le gusté. La porquería me miró en menos... Dijo que estaba comprometida con otro que iba a llegar...

—¿Y cuánto andas trayendo? —precisó Domínguez.

—Ando con plata, pero ya le perdí el misterio. Vámonos, mejor.

Ahora se veía más moreno, chico y desmedrado, con su ternito azul que le quedaba grande, y la corbata mariposa, de peluquero enfiestado.

Domínguez quería imponer programa en su calidad de más antiguo y responsable.

—No hay que amargarse, Cancino. Estas pescadas siempre prefieren a los futres. Además, están todas pringadas, porque no pasan visita. No hay que

tomarlas en cuenta, simplemente... Un clavo saca otro clavo.

El peso liviano propuso, rápidamente, ir a los callejones de la calle Licantén.

—Vamos donde cantan —insistió—. No nos va a pesar. Hay mujeres macizas, bien aprensadas y muy señoritas. Pedimos su botellita de pisco o una poncherita y sobra plata para lo demás.

Se miraron en silencio.

—Donde Pablito es donde nos viene mejor —insistió Domínguez—. Conozco la casa y les respondo.

No era la primera vez que Domínguez les hablaba de aquel salón. Pablito, el quiosquero, había inaugurado una casa de remolienda en la calle San Camilo, muy visitada por sus amistades deportivas. Los suplementeros del centro consideraban la empresa de su colega como un triunfo del gremio. Donde Pablito los respetaban y era casa de primera. Hacían vida social, tomaban trago corto y bailaban, acompañados por una enorme discorola *Wurlitzer*, pasada de contrabando, los mambos y sambas de moda. Las mujeres, elegantes y vistosas, no hacían reparos a los vendedores de diarios.

El gordo y negro Pablito, en sociedad con la Yuly, cabrona nueva y emprendedora, se había traído media docena de mujeres del famoso salón de la *Repollina*. Allá llegaban, a media noche, cartilleros de la hípica, pugilistas, apostadores y gentes del Matadero.

El hijo de Pablito, un muchachón rubio, aten-

día en un salón aparte a los suplementeros jóvenes y de menor categoría.

—Sin embargo —agregaba Domínguez—, el negocio no puede durar mucho. El Pablito va a la quiebra porque se enamora de las cabronas jóvenes de fuera, y les da mando en la casa. Hace de patrón y cliente a la vez. En el salón pelea las mejores mujeres, entre las risas de sus amigos y conocidos.

Las informaciones de Domínguez habían interesado a Cancino. Este miraba a Caucamán pidiendo su aprobación.

El peso pesado se excusó. Hubiera acompañado a Cancino, por conocer, pero sin Domínguez.

—Vayan ustedes, no más. Estoy rendido. Mañana los despierto, para que Cancino alcance el tren.

Domínguez no quiso insistir:

—Bueno, si te ve el delegado, dile que nosotros nos fuimos al teatro. Pásale unos pesos al nochero, para que no diga nada.

Como a las seis de la mañana, Caucamán se despertó sobresaltado. Se escuchaban gritos e imprecaciones y un retemblar de vidrios en el segundo piso. Encendió la luz. La cama de Domínguez estaba intacta. Se puso los pantalones apresuradamente y bajó unos tramos de la escalera.

Desde allí pudo ver al delegado, en pijama, gritándole a Domínguez. Cancino, sin corbata, con los ojos vidriosos, apenas se sostenía en pie. Domínguez lo sujetaba por la cintura. El nochero suplicaba silen-

cio, pero la voz antipática del delegado iba en aumento:

—Usted, Domínguez, es un mal deportista y el culpable de todo. Mañana tiene que pelear y llega borracho y de amanecida. Y mire cómo trae a Cancino... Yo voy a dar cuenta en *María* de su conducta...

Domínguez sonreía indiferente y se pasaba a Cancino de un brazo al otro.

—Para qué tanta alharaca... Esto le pasa a cualquiera... Al Cancino le dio un aire...

—Claro, aire embotellado...

Apareció de pronto el dueño del hotel, un español gordo y colorado, pidiendo silencio a gritos:

—Esto no puede seguir, señor. No puede seguir... Es una casa respetable... No es hotel de gitanos... Es la última vez que acepto boxeadores de provincia...

—¿Qué pasó? —preguntó Caucamán, cuando Domínguez llegó al tercer piso, oliendo a vino y trasnochada.

—No es para tanto... Se curó el Cancino y le dio por golpear la puerta de Jiménez... Se equivocó de pieza... Ya lo acostamos... El Cancino, para qué te digo... La revolvió en forma... Después te cuento...

Las hazañas de Domínguez terminaron mal. El peso liviano perdió en los cuartos finales, brindando

una pobre exhibición ante un rival de Iquique. Después del combate tuvo un violento cambio de palabras con el delegado y se esfumó. Caucamán hizo un recorrido por los locales que frecuentaba su compañero después de las peleas, pero sin resultado. Hubiera querido consolarlo y alentarlo. Después de todo, era su mejor amigo y consejero. En el hotel lo esperó durante un par de horas. Al final, el cansancio lo llevó a la cama. Con las primeras luces de la madrugada, vio entrar a Domínguez trastabillando y con la mirada perdida.

—¿Qué te pasó, hombre?

—Nada, me ganaron bien ganado. Son cosas del box. Aunque me hubiera cuidado, siempre me pega, pero le aguanté los tres *rounds*.

Se desnudó, tirando la ropa al suelo, y apagó la luz.

Caucamán se levantó temprano y arregló la ropa de su compañero. Con los labios hinchados y un ojo en tinta, Domínguez dormía a placer.

A mediodía Caucamán encontró al delegado en la puerta del hotel. Tuvo el palpito de la desgracia. Jiménez le anunció sin preámbulos, con voz irritada:

—Acabo de mandar de vuelta a su amigo, el sinvergüenza de Domínguez. Anoche me insultó públicamente, antes y después de la pelea. Daba la impresión de que estaba borracho.

Caucamán se quedó helado.

En el comedor, Jiménez trató de levantarle el ánimo. La conducta de Domínguez no era la de un

deportista sino la de un farrista, desprestigio y mal ejemplo para cualquier delegación.

Caucamán comía con la cabeza baja para disimular el desasosiego. El peso liviano era su amigo y calmaba sus temores. En el gimnasio era alegre; todo lo tomaba, a la broma. Daba suerte y confianza.

—¿Y con quién voy a entrenar?

—No se apure. Ya hablé con Gutiérrez... Le tiene *sparring*... De usted depende que nos llevemos un título a María Elena.

Siempre lo mismo. El tenía que dar la cara por todos. Se despidió del delegado, con rabia apenas disimulada, y subió a su cuarto.

En la tarde, *Sonrisita* lo recibió con disposición amistosa, sin hacer el menor comentario sobre la ausencia del peso liviano:

—Vamos a trabajar duro por última vez. Cuerda, espejo, sombra, guantes y saco... ¿Cómo se siente, ah?... Lo importante es hacer una buena presentación... Si ganamos, bien... Si nos ganan o nos quitan la pelea, no importa... El próximo año, usted barre con todos... Va a hacer dos *rounds* de guantes con un veterano mediopesado del Ferroviario, que es zurdo... Me lo trabaja suave, apenas señalando los golpes y manteniendo el ritmo todo el tiempo... Mañana, pura gimnasia y trote...

—¿No está Berrocal?

—No. Anda fuera de Santiago... Vaya a vestirse...

El zurdo ferroviario resultó duro, canchero y tan hábil como Domínguez. Caucamán boxeaba desgana-do y se vio en dificultades para bloquearle la izquierda. En la segunda vuelta, ya más tranquilo, le fue tomando el rumbo a las arremetidas del improvisado adversario. *Sonrisita* parecía más conforme.

Descargó su furia contra el saco de arena. Todos le pedían más de lo que podía dar. El tal *Sonrisita* pretendía hacerlo campeón en un mes. Por último, si el *Bomba* era mejor, lo justo era que ganara.

Después de ducharse pasó por la iglesia de Santo Domingo. El ambiente tranquilo, escasamente iluminado, aquietaba sus nervios. Se sentó, como otras veces, en una de las bancas traseras, para atender distraídamente al trajinar sordo de las beatas que encendían velas o dejaban cartas implorantes a la Virgen de Pompeya.

Hurtaba la vista a las capillas en penumbra. Los Cristos sentados, con batas rojas, las caras cubiertas de sudor y sangre, se le figuraban pugilistas antiguos, en descanso después de la derrota. También los santos de pie, con largas túnicas multicolores, habían pagado muy duramente su celebridad de siglos.

“¿Cómo me irá a dejar el famoso *Bomba*?”

Ya no pensaba en la victoria, sino más bien en un final honesto y en el pronto regreso a su tierra.

La soledad física y moral le bajaba el ánimo. La ciudad se le reducía. Resbalaba por las calles centrales sin un compañero, mirando con envidia a las parejas tomadas del brazo, a los amigos que conversaban en las esquinas o se invitaban a un bar. Santiago sólo le mostraba fachadas, paseos, luces, y el público anónimo y exigente del estadio, en las noches de pelea.

El templo comenzó a llenarse de gente para los oficios del mes de María. Caucamán, enemigo de las multitudes y el bullicio, depositó unas monedas en la alcancía de San Pancracio y salió a la calle, con las rodillas doloridas, en busca de un cine de sesión continuada.

C A P I T U L O I X

LA VISPERA del combate, Caucamán hizo el último *footing* en el Parque Forestal, su paseo favorito. A él llegaba después de correr por las orillas del cerro Santa Lucía.

Tenía mañanas de felicidad física tan perfecta que se le humedecían los ojos.

A las ocho de la mañana, el Parque se veía casi desierto. Por las esquinas colindantes se arremolinaban ramilletes de chiquillas bonitas enfundadas en elegantes uniformes azules y grises, con sombreritos redondos y bolsones escolares. Luchaban por subir a toda clase de vehículos.

Más tarde aparecían los jardineros y barrenderos de las avenidas. Era también la hora de las niñeras que conducen los coches de las guaguas. Las primeras parejas de estudiantes recorrían las avenidas, memorizando apuntes para los próximos exámenes. El sol de diciembre encimaba las azules montañas y lanzaba abanicos de luz joven por entre los árboles espesos, de un verde flamante.

Caucamán recibía la belleza de la mañana primaveral, en pleno, como un violento impacto, y esto

le ocasionaba un estado de ánimo que no llegaba a explicarse. Un dulce abandono erótico le inmovilizaba los músculos.

Algunas mujeres rubias, de aire extranjero, se sentaban en los bancos para leer o tejer. Las observaba con muda solicitud y desesperada atención.

“¿Qué se van a fijar en mí? —pensaba—. Mal vestido y con cara de indio... Y estas niñeras son más orgullosas que las propias patronas.”

El paseo con sus verdes prados ondulantes, la belleza de las mujeres y de los edificios, el aire azul y distinguido de la mañana, todo se le precipitaba en un sutil veneno que lo dejaba triste. Sentíase pobre y profundamente pampino, de aquella tierra dura, sin árboles ni casas suntuosas. El Parque y sus habitantes eran lo que nunca llegaría a ser él, lo que jamás vería en su lejana tierra nortina, separada de todo lo amable y placentero.

“Esto me pasa por quedarme sentado”, gruñía.

Lanzaba una última mirada de admiración al rosado Palacio de Bellas Artes y al trote liviano corría junto al río, rumbo a la Estación Mapocho. Era la segunda parte del programa. El sol ya castigaba un poco cuando Caucamán, con el mismo itinerario de sus mañanas anteriores, llegó a la pérgola de las floristas, junto a la Piscina Escolar.

Observó una vez más el trabajo lento de las moñudas y robustas mujeres que confeccionaban ramitos, coronas, cruces y corazones, con cardos teñidos de azulino o morado.

Las voces plañideras de las vendedoras lo envolvían con un hálito de frescura. El piso estaba siempre húmedo y un penetrante olor a flores y a arbustos macerados impregnaba el ambiente.

—¿Va a querer un ramito?

—¿Va a querer una corona baratita? ¿Va a llevar una cruz?

Un sinfín de chiquillos y hombres de mirar duro ayudaba a armar, con cuerdas y trozos de alambres, el pino de las coronas y otros artificios funerales.

Las cruces y medallones, en forma de estandarte, se exhibían sobre trípodes de madera, en el centro del patio. Caucamán se movía con cierta premura, evitando la mirada inquisidora de los vendedores.

Abandonó el recinto de las floristas y dejó pasar algunos minutos, contemplando carteles de cine frente al Teatro Balmaceda.

Se regodeaba antes de proporcionarse el gran espectáculo. Los charlatanes conversaban en grupos, calculando el momento propicio para iniciar la faena. En el suelo se alineaban, a medio abrir, maletas con serpientes, camaleones y productos mágicos. Discutían los turnos.

El púgil los conocía a todos y les admiraba, con envidia, el gesticulante oficio. Un trabajo aliviado y divertido. Eso era vida. Gritar y discursar un par de horas y embolsicarse los billetes.

“Mejor que el boxeo”, pensaba para sus adentros.

De pie, sobre la plataforma de cemento del Servicio Higiénico, apoyado en un farol verde, había

pasado muchas horas observando con envidia y admiración las elocuencias y proezas mágicas de los propagandistas.

Allí estaban los del *Té Araucano N.º 10*; los que rifaban cinco cosas; el de los sobres con horóscopos y la auténtica piedra imán, macho y hembra; los que vendían *contras* para los males de la brujería; la profesora Patricia, el profesor Stevenson y también los humildes rifadores de Biblias.

En un grupo aparte, alertos y displicentes, acompañados de lujosas secretarias, los mentalistas esperaban su momento. Su trabajo era de más categoría y actuaban al final. Se pasaban la mañana transmitiendo respuestas en clave a las secretarias, unas mujeres con pieles, de grandes tacos, que lo adivinaban todo.

Partió primero, como más gritón, el *Boliviano*. Comenzó a perorar fuerte atrayendo la atención de los huasos que descendían de las *góndolas* suburbanas de Noviciado, Lampa y Lipangue. Era el mejor público, el más respetuoso y comprador.

Caucamán observaba sintiéndose el espectador seguro de una función de la cual poseía el secreto. Oía con placer al falso boliviano porque contaba cosas del norte y nombraba las Oficinas salitreras. Era un mestizo de cara verdosa y gran dentadura, con incisivos de oro. La boca ancha y gesticulante se le llenaba de saliva. Poseía una voz poderosa y optimista. Su camisa, de colores escoceses, era de calidad. En las manos lucía tantos anillos como dedos.

—Hay que hablar las cosas en pelota —comenzó—. A ustedes, mis amigos, les pueden hacer mal sin dejar rastros... La señora Rosario, que en paz descanse, me enseñó en Bolivia estos secretos que les voy a comunicar... Todos los propagandistas dicen que han estado en Bolivia. Pura mentira. Sólo dos, yo y otro compañero que está retirado en Valparaíso, conocemos el Altiplano porque hemos nacido allá. Yo soy chileno araucano por mi padre, que era minero en Oruro, pero la vieja de mi madre era nacida allá, de padres chilenos, también... ¿Soy chileno? ¡Claro que soy chileno por mi sangre! ¿Soy boliviano? También soy boliviano, por nacimiento.

“Todos quieren ser chilenos y de otra parte”, observaba Caucamán.

Otros charlistas pronunciaban muy raro, artificialmente, y contaban viajes por Paraguay, Ecuador o Brasil. Pero se les veía, a la legua, que eran mapochinos puros. A este defensor de Bolivia le creía más. Tenía, en verdad, cara de *cuico*. En la pampa abundaban los bolivianos y eran bien considerados por su docilidad y resistencia para los trabajos pesados.

—Yo sé cómo se hacen piojos con comino —bramaba el supuesto boliviano—. Le echan a usted comino molido, a la descuidada, por el cuello de la camisa, y al poco rato hierve en piojos... Pero les pueden hacer otros males, también. A ustedes, en un descuido, les entierran los orines y es de lo más peligroso... El vino con tabaco tiene sus efectos, aunque exageran

mucho con el mentado tabacazo... Cuidado con regalar fotografías... Después se lo fuman o les entierran alfileres... Usted se ríe, ¿ah? Claro, conoce el asunto... ¿No es cierto?... La vieja Rosario me enseñó a preparar *mulas*, que es una bebida con ají y aguardiente. La *mula* sujeta la dentadura y quita el dolor de los huesos. Tengo, también, hierbas sociales que mejoran las enfermedades que nos dejan las mujeres... Ustedes han de saber que en el Hospital San Luis están los enfermos de la sangre... Los mantienen en camisa, por los corredores y patios, para que no se arranquen... Esos pobres hombres, que de tanto buscar carnes ajenas por los callejones, rubias o morenas, después se les pudre la carne propia... Aquí ven ustedes mi pañuelo. Es muy grande y colorado, ¿no es cierto?... Ustedes dirán que lo uso para llamar la atención. Equivocación pura. Mis paisanos bolivianos no llevan el color rojo por ser bullicioso. El rojo es color de preservación. El pañuelo colorado es muy buena *contra* para defenderse de los poderes malignos. En Bolivia, las indias cubren a las guaguas con un pañuelo de color para defenderlas del mal de ojo... Les voy a decir, para que vean, que siempre conviene tener un perro, un gato o un pajarito en la casa. O flores aunque sean. La muerte llega a la casa; seca las flores en el macetero, o muere el animalito, y la persona se salva. Ustedes se reirán, pero pregúntele a la gente antigua...

El boliviano iba llevando su peroración, gradualmente, a términos más concretos.

Se trataba, ahora, de la *contra* suprema, la defensa total del cuerpo y el espíritu, la Gran Cruz Inca Nazareno, de siete metales, que vendía envuelta en un trapito granate.

Pero no la daba sola, no. Comenzó a hablar de hojas de afeitar.

—Buena es la *Gillette*. Bien buena es la hoja *Persona*, pero mi hoja las gana a todas en un punto: lleva un baño de acero imantado en el filo.

Empezaba la cosecha. Además de la poderosa Gran Cruz Inca Nazareno, hecha con siete metales, y la hoja de afeitar, regalaba una peineta, un pedacito de piedra imán y un paquetito de hierbas mitad chilenas y mitad bolivianas, como él mismo.

La parte artística de aquel número había terminado. Caucamán se fue acercando a otra rueda. Un mentalista elegante, de vistosa corbata, dominaba a voluntad al público ingenuo, con frases rápidas e insolentes.

El adivinador, profesor Morales, conversaba en voz baja con una cliente y después se dirigía a una mujer de pelo teñido, sentada en una silla de playa, con la vista vendada.

—A ver, Miss Aurea, sea explícita... Nada de sentimentalismos... Ante todo la franqueza y la verdad pura... ¿Usted conoce mentalmente a esta señorita? ¿Sí? Muy bien... Díganos su nombre.

Miss Aurea, con voz extraña, memorizada y compuesta, respondía rápidamente, bajando el tono al final de la frase:

—La señorita que hace la consulta sobre lo que ella desea saber se llama Rosa.

—Correcto. Ahora díganos el nombre de la persona por quien pregunta... Espere, y también dónde se encuentra y si los pensamientos son favorables para la persona que consulta...

—El joven está en San Bernardo y se llama Julio Maturana. Los pensamientos son favorables para ella porque está muy aburrido y desengañado con el nuevo amor. Pronto vendrá a Santiago, a ponerse en la buena...

La consultante, roja y con los ojos bajos, sonreía nerviosamente.

—Dígame, Miss Aurea, ¿qué es lo que pregunta esta señora?

—Ella pregunta de su hija.

—Respóndame pronto. ¿Qué le sucede a esa hija?

—Ella está embarazada y no se ha casado todavía...

—Mire, señora, usted necesita una consulta privada... Vaya a verme... Aquí está el sobre con la dirección... A mi casa llega igual el hombre de ojos que el palogruoso. No hago diferencias... Todos están en su casa...

—Miss Aurea, concéntrese una vez más, ¿con quién hablo ahora?

—Usted, señor Morales, habla con un joven que anda en bicicleta.

—Muy bien... Respóndame rápido, le digo...

¿Qué le pasa a este joven?... ¿De qué consulta?...

—El joven está un año sin trabajo...

—Y el atraso, ¿a qué se debe?

—El joven está cargado... El mal se lo hizo una señorita a quien él despreció...

—Y usted, concéntrese bien, ¿conoce a la señorita?

—Sí, señor Morales, yo la conozco mentalmente y puedo quitarle el poder que tiene sobre este joven...

Después, el profesor Morales vendía horóscopos, en sobres separados por mes de nacimiento. Miss Aurea indicaba el sobre preciso.

—No, ésa no, ésa no... Esa sí es la carta que le corresponde al caballero.

Caucamán se disponía a comprar un sobre, cuando una especie de olor conocido se hizo presente a su lado. Ágiles dedos golpeaban suavemente su espalda...

Primero vio una chalina roja y después el perfil insolente y seguro del *Tirante*.

—¿Qué hubo? Pasando el rato, ¿ah?

Caucamán le tendió la mano y se disculpó. Luego hizo el gesto de retirarse, pero el apostador lo detuvo.

—¿No le habló nada Domínguez?

—No, ¿de qué sería?

El *Tirante* lo miraba con fijeza, como reclamando una deuda.

—Vamos andando, así conversamos mejor. ¿Cómo se siente para mañana?

—Más o menos. Estoy un poco aburrido y machucado con el entrenamiento.

Caucamán no supo cómo se había dejado arrastrar, pero ya estaban sentados uno frente a otro, en un reservado de La Navegación Marítima.

En un pizarrón escolar se anunciaba: "Cubiertos a \$ 300. Comida colectiva. Pida *Pichanga Marítima*".

El bar estaba desierto y una mujer gorda, con moño, había dejado dos maltas con huevo sobre el hule sucio y pegadizo.

—Yo trabajo aquí, en la Vega, de pilastrero —declaró el *Tirante* con orgullo—. A esta hora ya estamos libres, pero tenemos que estar en pie a las cuatro de la mañana.

Caucamán bebía a pequeños sorbos, sin poder aquietar los nervios. La mirada del veguino le paralizaba la voluntad.

El pilastrero bajó la voz y acercó su silla:

—Mejor es que le hable de frente, ¿no es cierto? Yo creí que Domínguez lo había palabreado. ¿Se fue ya el Domínguez?

—Sí, partió ayer.

—Ibamos a ir al hotel, pero es mejor aquí, más en privado. Nosotros le ofrecemos cinco mil pesos si se deja caer al primer *round*. Nadie va a sospechar. Se evita machucones y mejora el bolsillo. De todas maneras el *Bomba* lo va a ganar. Usted es muy bueno, pero él es el favorito... Lleva tres competencias y viene de abajo... Campeón de novicios, campeón

de Santiago. Tiene más escalonaje. El año pasado llegó a la final... Esto lo toma muy en cuenta el jurado... Usted es muy nuevo; no interesa todavía.

Caucamán sudaba. Una mezcla de vergüenza, miedo e indignación le trababa la lengua. Con una voz que no era la suya dijo, mecánicamente, dirigiéndose más a la chalina roja que a su dueño:

—Si están tan seguros, para qué quieren comprarme.

—No se enoje, amigo —interrumpió rápido el *Tirante*—. Mire, con el *Bomba* usted pierde por lona. Créame, si va de frente, le va a dejar morados hasta los zapatos... Le va a pegar hasta debajo de la lengua... Va a terminar colgado de las cuerdas... Mejor se deja caer en un *round* fijo... Ocasiones no le van a faltar... El es de atropellada...

El *Tirante* trataba de dulcificar su vozarrón:

—Quieren asegurar el *nokao* o retiro. Asunto fácil porque el *Bomba* voltéa hasta con un agarrón. Nadie se va a admirar. Usted puede tirarse a la lona o quedar *nokao* parado, sujetándose en las cuerdas y bajando la guardia. El árbitro para la pelea. Este es arreglo con usted, no más. El *Bomba* va derecho.

Caucamán movía negativamente la cabeza. Estuvo a punto de dar vuelta la mesa y gritar de rabia, pero la estampa siniestra y robusta del *Tirante* se le imponía. No era miedo al hombre sino al escándalo. Tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos y la mirada baja.

Pensó rápidamente: "Si boto la mesa o le pego,

pueden llegar los carabineros... Me harán pagar todo... A lo mejor anda armado... No hay que confiarse”.

El *Tirante* creyó que el pampino estaba indeciso y volvía a la carga:

—Mire, Caucamán... Si es desconfianza, le doy los cinco mil pesos ahora. Yo sé que los nortinos cumplen... La pelea, sea como sea, la tiene perdida. Le conviene arreglarse... Todos lo hacen... La Federación es muy pulpa; se queda con toda la torta... Ahora usted termina de vicécampeón y el próximo año la tonada puede ser diferente, ¿ah?

Caucamán, por primera vez, le sostuvo la mirada al pilastrero, varios segundos, de poder a poder. Después se levantó lentamente. No sabía si pegarle una bofetada o salir disparado.

—Con permiso, ¿ah? Voy aquí no más, al baño.

El púgil salió al patio. Al regresar advirtió que el *Tirante* seguía de espaldas a la puerta y conversaba con la garzona gorda.

Había que decidirse. De un brinco saltó los tres escalones que lo separaban de la calle y corrió a perderse, por entre las carretelas, hacia el río.

Desde el puente de Veintiuno de Mayo miró un segundo hacia atrás.

El *Tirante* estaba, con las piernas cruzadas, en la puerta de La Navegación. A su lado, la mesonera gorda mostraba con el dedo la dirección en que había huido el boxeador.

Se encaminó al hotel, desilusionado y maltrecho.

Sentíase derrotado de antemano. El mundo se le había vuelto enemigo. Domínguez, su compañero... No podía creer.

El centro brillaba en todo su esplendor, bajo un sol glorioso. Lo que antes le entusiasmaba, el desfile elegante de las mujeres, los automóviles de lujo, el vocear jubiloso de los diarios de mediodía, se le antojaba ahora distante, doloroso.

“Tengo que ser duro —se decía—. No quiero ningún enredo. Voy de frente. Si me pegan, que me peguen. ¡Por cinco mil pesos! ¡Qué se han figurado! ¡Por ningún precio!”

Sentía el escozor de no haber terminado cabalmente la escena con el *Tirante*. Debía haber aclarado la figura. Haberlo desengañado de alguna manera. Por suerte quedaba tan poco...

El *Tirante* Cardemil volvió a su mesa y pidió una caña de vino. La garzona no se atrevió a preguntarle nada. Frente a los tajeados, cerrar la boca. El muchacho había huido como alma perseguida por el diablo. ¿Por qué sería?

Rumió su derrota el pilastrero, entre enojado y divertido. Había propuesto algo fácil y simple. De todas maneras, el nortino iba a la derrota. ¿Qué asunto tenía el dejarse golpear como una bolsa? En vez de concluir deshecho y con algún diente menos, podía abandonar decorosamente y ganarse unos pesos.

Apostador en los *rings* de barrio, amigo de *seconds* y de algunos entrenadores de poca monta, el *Tirante* era autoridad indiscutida en el boxeo santiaguino. Astuto y regocijado asistente a los entrenamientos a media tarde, disponía de un caudal de conocimientos que le daba buenas ganancias. Los profesionales de nota no le concedían importancia y se reían de él. Su ambiente estaba entre los peleadores de centros boxeriles, con algunos de los cuales obtenía amistosos arreglos o datos muy seguros.

Conocía a fondo la barriada brava y alegre de la Vega. Desde pequeño correteó entre pirámides de frutas y verduras, llevando sacos y canastos de los clientes o cumpliendo encargos de los pilastreros, que, muy sentados en sus sillas de playa, engordaban indefinidamente.

Los sábados integraba un grupo de ágiles palomillas que asistía a las veladas del Hipódromo Circo, desaparecida catedral del boxeo santiaguino, situada a los pies de la Vega.

El *Tirante* ayudaba a vender refrescos en la bulliciosa y repleta galería. Allí se fue incubando su desmesurada afición por el boxeo con apuestas.

La Vega alimenta bien a su gente y el chiquillo Cardemil se fue transformando en un mocetón rudo, avisgado y sin escrúpulos. Ningún dinero fácil que se moviera ante sus dilatadas narices era despreciado.

Asistía a la lucha entre los consignatarios y los chacareros de Maipú, Renca, Lampa, Colina, Ba-

rrancas y Conchalí, en los remates de madrugada. Siempre obtenía un resto de verduras y frutas a bajo precio, que más tarde conseguía liquidar en los almacenes y casas particulares de la Avenida Recoleta.

A media mañana era la euforia alcohólica con los cargadores sudorosos y semidesnudos en los bares y clandestinos de la calle Salas y del Pasaje Rosa. Mantenía también tortuosas relaciones con los reducidos y vendedores de ropas y zapatos usados, que aliñaban su mercadería en las aceras de la calle Andrés Bello y en la Avenida de la Paz. Allí llegaban, con un vago aire de musulmanes —el saco enrollado en la cabeza—, cargadores acuciados por la sed, dispuestos a desnudarse frente a los tenderetes al aire libre, para seguir bebiendo.

Zapatos y ropas de los veguinos, que con intervención del vino cambiaban de paisaje en poder de los huasos y carreteleros rurales. Algunos entreveros inevitables con guapos y palomillas de las tres avenidas —Recoleta, de la Paz e Independencia— le habían ornamentado belicosamente su cara con tajos de caprichoso recorrido. Eran su orgullo y ejecutoria de valentón.

Con los años había alcanzado la categoría popular de "comerciante". En los meses cálidos, su actividad festiva y callejera renacía y se ampliaba hacia otros rumbos. La ciudad le crecía en línea recta hacia el sur: Alameda, Plaza Almagro, Matta, Matadero. Venían a buscarle y vendían sus productos para las

Fiestas Patrias. Flores el 1º de noviembre, y pinos enanos para la Pascua. Alguna vez se había visto obligado a negociar en perritos de lujo, de pocos meses, actividad que le disgustaba profundamente. No se llevaba bien con los perros y los perreros eran objeto de muchas bromas.

La fruta era su aliada. Formaba en el equipo gritador de los vendedores de cerezas, duraznos y frutillas que, canasto en mano, corrían de una esquina a otra o desaparecían por los pasajes, burlando a los carabineros en las calles céntricas. Pero su gran entrada eran los melones. Adquiría melones sobrantes en los remates de la Vega, y salía a venderlos con algún amigo carretelero por los barrios residenciales.

El Campeonato Nacional de Aficionados se anticipaba en algunas semanas a la llegada de los primeros melones. Era la gran oportunidad para conseguir capital.

En el Caupolicán, poco a poco, de apostador de galería había descendido a apostador de balcón y de platea.

El trabajo boxeril del *Tirante* era acumulativo y de alta psicología. Siempre tenía un amigo o conocido en las delegaciones del norte o del sur. Averiguaba los hoteles que ocupaban. Bebía con ellos. Asistía a los entrenamientos y les calculaba fríamente el estado de ánimo.

Desde las primeras eliminatorias, su actividad era descómunal. Mandaba a jugar al balcón y la galería. El se reservaba el sector sur de la platea, en

busca del candidato preciso entre los futres y los apostadores fuertes del Matadero. Para despertar confianza entregaba el dinero.

—Van quinientos al *nokao* o retiro... Aquí están. Guárdelos usted mismo.

El *Tirante* ponía todo su orgullo en disponer, por lo menos, de uno o dos resultados seguros para las peleas finales. Era la última noche de los buscadores de oro.

Aquel año las cosas iban mal. Una serie de fallos injustos y resultados sorprendidos habían disminuido sus ganancias. Quería resarcirse con un buen golpe. El peso pesado de María Elena le había llenado el gusto desde la primera pelea. A su juicio, podía ganar al mejor y perder con cualquiera. Nadie iba a sospechar el *tongo*. Había conversado con Domínguez, pero éste lo desanimó.

—Busca por otro lado, *Tirante*. El cabro no come de ese pan. Es derecho y *Sonrisita* le tiene fe.

La inesperada partida del peso liviano y el encuentro con Caucamán habían provocado la escena de aquella mañana. Tenía que consultar su fracaso.

Abandonó La Navegación y se dirigió al Bar y Restaurant El Quinto Patio, de la calle Gandarillas. Allí o donde *Juan de los Trenes*, en el Pasaje Los Pochitos, debía encontrarse con los ropavejeros y arrendadores de zapatos deportivos que eran sus socios eventuales en las apuestas.

AL PASAR trabajosamente hacia el cuadrilátero, entre carabineros y vendedores de maní, Caucamán miró al sector tres, que ocupaban los jugadores.

A diez metros de distancia estaba el *Tirante*, de pie, con un manojo de billetes en la mano. Una sonrisa cruel y desafiadora jugaba entre sus cicatrices. Se encontraron sus miradas. Fue una visión rápida, fugaz.

—Aseguro *nokao* o retiro por el *Bomba* antes del tercer *round* —gritó el pilastrero, mirando con desprecio al nortino y sus acompañantes.

Caucamán avanzaba con la cabeza baja entre *Sonrisita*, el delegado y un *second* desconocido. Iba como un sonámbulo. Parecía el paseo de un condenado a muerte, en dirección al banquillo.

Noche de finales. El estadio estaba repleto y llenos los pasillos. Todo se había reducido. A Caucamán le dio la impresión de que iban a pelear en una pieza.

Forcejearon, todavía, un par de minutos hasta llegar a la escalerilla. Un murmullo creciente lo cer-

caba. Manos desconocidas y amistosas palmoteaban su espalda, mientras un público ahíto de sensaciones observaba cínicamente, calculando el placer que minutos más tarde iba a disfrutar. En el *ring* lo esperaba el *Bomba*, de impresionante bata azul con su nombre a la espalda. Con ademán gentil, separó las cuerdas para que entrara el pampino.

Se abrazaron. Ante los ojos de Caucamán se abría la estampa morena del rival con una sonrisa complaciente. Simpatizó en seguida con aquella cara ingenua, antigua, de buena persona.

En el rostro de su contrincante —labios gruesos y bigote recortado— el box había dejado sus huellas. Tenía las orejas deformadas y pequeñas cicatrices en los labios, muy separados, que permitían ver una dentadura fuerte, con un colmillo de oro. El *Bomba* movía los brazos, larguísimos, saludando a sus parciales.

“Es bastante más chico que yo”, observó el nortino, levantando un brazo a las galerías.

Las instrucciones y estrategias dictadas en el camarín volvían a repetírselas en el rincón. No podía quitar la vista del sector de los apostadores. Nunca los vio tan cerca. Ahí, junto a la escalerilla, jugaban a su derrota.

No había apuesta derecha. Ofrecían ganancia, retiro o *nokao* a favor del *Bomba*. El juego se reducía a acertar el número del *round* en que su rival lo iba a vencer.

—En esta pelea no llegan parados.

—¿Tres mil a uno?

—¿Dejémoslo dos mil a seis?

—Conforme.

“Mejor —se dijo Caucamán—. Dentro de ocho o diez minutos se acabará todo.”

Había dormido mal. Estaba cansado pero tranquilo.

Al sonar la campana, avanzó con la guardia muy cerrada. El *Bomba* seguía sonriendo. Ahora pudo observar la estampa boxeril del famoso rival. Tórax ancho, costillas salientes, musculatura abultada de minero o cargador de muelle, surcada de gruesas venas. A su lado, Caucamán era un muchacho alto y espigado.

El *Bomba* continuaba sonriente con la guardia abierta. Fintó con la derecha y lanzó una izquierda, por fuera, de amplia trayectoria. Caucamán hurtó el cuerpo, avanzando. El sonoro puñetazo cayó, pesadamente, sobre sus espaldas.

Pegaba el bruto. Caucamán tuvo un fugaz gesto de dolor y se abrazó con torpeza. En el cuerpo a cuerpo tomó cuenta cabal de la recia contextura de su adversario. Era una mole de piedra y acero, con recias respiraciones. Los músculos del estómago se le movían como lagartijas. Separados, el santiaguino volvió a bornear la izquierda. Caucamán dio un salto felino hacia atrás y se apoyó en las cuerdas. Un remolino de brazos se le vino encima, pero logró capear el temporal, aplicando un derecho seco en la boca. El

Bomba sonrió un tanto asombrado... Dos hilillos de sangre se le escurrían por los labios.

—¡Aleluya, hermano! —gritó uno de la galería.

—¡Tira, María Elena!

Al minuto de pelea, *Caucamán* se dio cuenta de que los izquierdos del *Bomba*, cayeran donde cayeran, le producían mucho destrozo. Era conveniente cambiar de táctica.

Tomó la iniciativa con rectos izquierdos, y huyendo de los entreveros, daba saltos de lado y giros de media vuelta. El *Bomba* lo seguía lanzando mazazos como quien ahuyenta a un ratón. Los parciales se enardecían con sus ataques.

—Ya, *Bomba*. Tira el premiado. Al otro sale. Apúralo, que es malo.

—Boxea, no más, María Elena. Boxéalo y es tuyo —aconsejaban los apostadores de la galería.

—Basta y sobra, *Bomba*. Basta y sobra.

Aquella masa anónima reaccionaba en forma diferente a cada combate. A veces aplaudía el boxeo perfilado; otras, el coraje o la caballerosidad. Las simpatías de esa noche se cargaban por el más débil y novato. Tenían más ambiente los gritos y pullas a favor del nortino. Los hábiles esquives de *Caucamán* eran vitoreados.

El *Bomba* llevaba la iniciativa, pero pocas veces daba en el bulto. Su figura tosca, de Hércules criollo, se bandeaba con poca eficacia, de un extremo a otro del *ring*.

La pelea no lograba entusiasmar plenamente, y el público buscaba su diversión en la burla.

—Nívelalo, *Bomba*.

A la salida de un cuerpo a cuerpo, y por torpeza del árbitro, que le impidió tomar la distancia adecuada, Caucamán recibió en plena mandíbula la temible izquierda del *Bomba* y cayó de rodillas. La platea se puso de pie.

No estaba mareado ni mucho menos. El golpe había sido potente, pero se hubiera levantado de un salto. Prefirió esperar la cuenta hasta ocho, siguiendo las instrucciones de *Sonrisita*, que le hacía señas desde su esquina.

—¡Toca la campana, árbitro vicioso!

Avivaban al *Bomba*. Caucamán no perdió la serenidad y resistió a pie firme, sin ceder terreno, las acometidas apresuradas e imprecisas de su enemigo.

Sonó la campana.

En el rincón lo mojaron entero, mientras *Sonrisita*, poniéndole la esponja en la nuca, le soplaba estrategias al oído:

—Aunque lo voltearon ha hecho el mejor *round* de su vida... Déjelo que se desparrame y lo golpea de recibida. No se le arranque ni tome distancia. Gire. Peléele al cuerpo... Déle donde pueda. Amarre y empuje... Hay que cansarlo... Cuidado con la izquierda. Si cae, espere ocho segundos y vuelta a amarrar... Ojo al cambio de guardia.

—¿Está mareado? —le preguntó el *second* desconocido.

—No, estoy bien. Pega muy duro, pero yo no he tirado todavía.

Los buscadores de oro no daban un diez por el pampino. Las apuestas se cargaban al *K. O.* antes de finalizar la segunda vuelta.

—¡Segundos, afuera!

De entrada, Caucamán acertó dos izquierdas seguidas sobre la cabeza del *Bomba*. Este sonreía, sin cubrirse, dando confianza. Volvió a zumbar la izquierda entre las risas de la galería.

—¡Pega en el clavo alguna vez!

Caucamán recibía los golpes en los hombros y antebrazos. Hubiera jurado que en los guantes del *Bomba* había manoplas.

“Me está pegando con un catre esta bestia”, murmuró. Dolía. Caucamán ensayó una derecha suave, temerosa, que llegó sin dificultad a la cabeza del rival.

—¡Tira tus manos, María Elena! Vos, primero. ¡Echalo a pelear, *Sonrisita!*...

En una acción confusa, en que los brazos del *Bomba* se movieron como aspas sobre la cabeza de Caucamán, éste recibió una izquierda corta en las narices. Le temblaron las piernas, pero se mantuvo lúcido. La sangre comenzó a correr por su pecho y a gotear el piso.

Caucamán sintió la electricidad del odio cimbrarle en el pecho. Ya le había dado harto gusto a su rincón. Ahora iba a pelear como hombre, de macho a macho.

Se cruzaron, a un tiempo, de derecha, y salieron disparados en dirección contraria. El pampino se repuso antes y volvió a la carga. Acertó un buen izquierdo al corazón y cruzó nuevamente de derecha. Un huracán de gritos y consejos llenaba el estadio. Los apostadores enmudecieron.

La sonrisa amistosa y sobradora del *Bomba* enardecía al nortino.

—Te voy a romper entero —le dijo a media voz, cuando los separaba el árbitro.

El *Bomba* se lo quedó mirando, un tanto asombrado. Creía tenerlo listo, a su merced, y se le engallaba.

Se lanzó resuelto a liquidar la pelea con cualquiera de las dos manos. Era buena persona. ¿Para qué hacer sufrir más a ese muchacho flaco, sudoroso, de mirada iracunda, manchado de sangre?

Avanzaba seguro, pero el pampino atropelló, tirando golpes desde todos los ángulos. Acertó un buen izquierdo al plexo y cruzó de derecha, arriba. Los dos golpes fueron secos y pararon el ataque endemoniado del favorito.

Empezó a salirle todo a Caucamán. Se iba cantando sus propios golpes.

—Ahora, izquierda, corta. Cruzo... Bien... Me to al hígado... ¡Ajá! ¿No eras tan gallo?... Me cubro... Me pescaste, pero débil... Cómete este derecho.

El estadio estaba de pie. Era un griterío ensordecedor. El *Bomba* se bamboleaba, agonizando en su

estampa de abusador sonriente. Cambió de guardia, sin resultado. Trató de agarrarse, pero Caucamán, más ágil, evitaba los abrazos y no le daba cuartel. La galería aullaba frenéticamente.

—¡Echale, *María*! ¡Lona, lona! ¡Se cayó la casa!

Lo llevó a las cuerdas en una seguidilla impresionante de impactos cortos, secos, contundentes. Retamales no atinaba a nada. Las piernas, sin gobierno, se le trenzaban en un baile epiléptico.

De pronto, bajó la guardia y se tomó de las cuerdas con la cabeza baja. El *ring* le daba vueltas. A su frente, el árbitro iba bajando la mano con lento compás. Estaba *K. O.* parado, sonriendo, sin entender nada.

—Ocho, nueve, ¡fuera!

El *ring* se llenó de gente. Caucamán se abrazó a su rival. Al nortino lo tironeaban de todos lados. Tuvo que posar, con los ojos llenos de lágrimas, para dos, tres, cuatro fotógrafos.

El *second* desconocido lo levantó en vilo, como un estandarte. *Sonrisita*, felicitado por los periodistas y elegantes del *ringside*, sonreía emocionado.

El anunciador gritaba:

—Se proclama Campeón de Chile en la categoría pesada a Pedro Caucamán, de María Elena.

Pasó entre abrazos y gritos de entusiasmo. En el sector tres, los apostadores profesionales pagaban en silencio, con mirar hosco.

Después de la ducha, *Sonrisita* le secó paternal-

mente la cara y le puso algodón y tela emplástica sobre los labios y un pómulo.

—Tiene que cuidarse, Caucamán. A veces la Federación inventa una preselección antes de hacer el equipo. Mañana lo paso a buscar para que almuerce en mi casa. ¿Tiene algún inconveniente?

—Ninguno. Muchas gracias.

Al salir de los camarines, vio el estadio vacío y el *ring* oscuro. Los acomodadores revisaban las sillas buscando diarios o algún objeto perdido. A los veinte minutos de su victoria, de la multitud bulliciosa y frenética que llenaba el local, no quedaba el menor vestigio. En la calle, hirviente de luces y bocinazos, lo esperaban Gutiérrez y el delegado, en un taxi. Alcanzó a divisar al *Bomba*, que se retiraba en compañía de un grupo de ciclistas.

Caucamán dejó su maletín sobre la cama. Estaba excitado. Desde el balcón veía la roja mole de San Francisco, con su océano de tejas, toda iluminada. Esa noche clausuraban el mes de María y los himnos transmitidos por altavoces llegaban hasta su pieza.

“Una vuelta no es nada”, se dijo y bajó con rapidez las escaleras, hurtándole el cuerpo al nochero, que deseaba felicitarlo y platicar sobre las peleas de aquella noche.

La atmósfera tibia de diciembre acarició sus sentidos. Dobló por la Alameda y se detuvo indeciso

frente a las luces verdes de El Bosco, café de los artistas.

La alegría y la emoción del triunfo le humedecían los ojos. Dejó el Bosco, por elegante, y siguió caminando. El triunfo era de él solo, no quería contaminarlo con nadie. Hubiera bebido a destajo aquella noche, pero únicamente con el *Bomba*...

Se detuvo nuevamente frente a las luces rojas del Café Kiko, pero tampoco se atrevió a entrar. Frente al mesón se alineaban filas de bulliciosos bebedores de cerveza. Algunos comentaban las peleas finales del Caupolicán. Dos o tres se lo quedaron mirando.

Un muchacho pequeño y ágil salió detrás de una columna de cajones de cerveza y pronunció su nombre. Del fondo, junto a la discorola iluminada, alguien le hizo señas, invitándolo a pasar. Caucamán creyó reconocer a uno de los apostadores que frecuentaban el gimnasio de la Federación, los días de pesaje.

Hurtó el cuerpo, apresuradamente, y cruzó de un trote la Alameda hacia San Francisco. De un camión descubierto bajaron jóvenes frailes franciscanos. Con algunas dificultades, el púgil logró acercarse a la puerta principal.

El interior del templo era una apoteosis de lámparas, estrellas y flores. El altar mayor lucía cuajado de azucenas y claveles blancos. En el coro, las potentes voces de algunos jubilados de la lírica nacional, voces entrenadas y castigadas por Verdi y Puccini,

hacían resonar el espacio. Las campanas, echadas a vuelo, anunciaban la procesión.

Caucamán rezó con fervor, agradeciendo la suerte de aquella noche. Prometió muchas cosas. Ir a la fiesta de La Tirana, en Iquique; rezar todos los días. Ser bueno y dócil. Rogó una vez más por las ánimas de sus padres y fue retrocediendo, de a poco, empujado por el río de fieles que salía de la iglesia. Se sentía feliz y reconfortado.

Una muchedumbre de devotos ocupaba la calle. Primero sacaron algunas imágenes de santos adornados con hojas de palma. Más atrás, asomaba la Virgen en un velero con guirnaldas, precedido de banderas, monaguillos rojos y azules y una corte de niñas primeras-comulgantes.

De los balcones iluminados de la calle Londres, una lluvia de flores blancas caía sin cesar sobre la Virgen y su embarcación.

Caucamán tomó lugar, dificultosamente, entre frailes, carabineros y devotos con brazaletes y estandartes. La gente aplaudía el paso de la Virgen y sacudía pañuelos.

La multitud lo mareaba y siguió andando, Alameda arriba. Al llegar a la calle Carmen enfiló, frente al cerro Santa Lucía, por unas calles nuevas con nombres extranjeros: Paraguay, Guayaquil, Quito. Rehuyó la vieja calle Marcoleta, con sus casas viejas, doblando por una calle semicircular en forma de biombo,

De pronto sintió un bisbiseo y ruido de pasos a

sus espaldas. Miró atrás distraídamente, y no vio a nadie.

Caminaba frente a un garaje cuando sintió un dolor agudísimo en la nuca y cayó desvanecido.

Dos horas más tarde, tendido en una camilla de la Asistencia Pública de la calle San Francisco, Caucamán respiraba fatigosamente con la cabeza crecida de vendas y algodones; el cuerpo sometido a fuerzas extrañas, mal cubierto por una negra frazada.

En el extremo de la pieza un redactor policial y el enfermero de turno, viejos conocidos, conversaban en voz baja.

—¿Y usted sabe quién es este fulano? —interrogó el periodista.

—Ya le dije. Pedro Caucamán, de María Elena, reza el carnet.

—Claro, con ese apellido no puede ser otro. Parece increíble... Yo acabo de verlo ganar el campeonato de Chile de los pesos pesados. Esto ha sido demasiado rápido...

—¿Boxeador entonces? La verdadera pelea lo esperaba afuera... Está completamente molido... Tiene la espalda que es un martirio... Mañana va a parecer prieta... Cuadrillazo en forma...

—¿Cogoteo?

—No. Traía la billetera intacta y con plata... Borracho, tampoco... Alcholemla, cero.

—¿Podría interrogarlo?

—Imposible. Está durmiendo. El doctor le puso una inyección para que no sufra tanto... Llegó delirando y con mucha angustia... Mañana le toman declaración.

—¿Decía algo?

—No se le entendía nada. Palabras sueltas, sin sentido... En la cartera traía dos estampitas de santos... Un matrimonio lo encontró botado, quejándose, en la calle Guayaquil, frente al cerro...

El periodista, flaco y nervioso, con indisimulado entusiasmo, iba haciendo anotaciones en una libreta.

—Cuénteme más. ¿Corre peligro su vida?

—No se apure tanto, jefe. Estos nortinos son duros... No presenta ninguna lesión de importancia, según el médico... Claro que tiene para dos o tres días de inmovilidad absoluta y tal vez lo lleven al Traumatológico... Lo han pateado sin asco; entre varios, seguramente... Está muy machucado y con un principio de conmoción cerebral...

—¿Lo tajearon?

—No, pero tiene una fea contusión en la nuca... Deben haberlo atontado con un laque, antes de hacerle los cariños... ¿Qué color piensa darle a la noticia?

—Francamente, no sé... ¿Qué cree usted? Parece venganza... Pueden haberlo seguido desde el mismo Caupolicán... O tal vez un enredo de faldas... Fíjese que el barrio es elegante... A lo mejor lo han sorprendido con una hija de familia, ¿ah?

—Buena...

—Lo que importa es salvar la crónica de mañana... La verdad puede esperar...

—Con esta noticia “golpeo” a todos los diarios... No se la dé a nadie, ¿ah?

—A nadie.

Semiinconsciente, aletargado por los efectos de la inyección, Caucamán soñaba. En su cerebro dolorido, las imágenes se sucedían sin descanso, como en una pantalla... Tan pronto era la Virgen en su velero, que le hacía señas de advertencia para que regresara al hotel, como el *Tirante*, que se reía irónicamente. San Pancracio, siempre de yeso y cada vez más grande, levantaba su tabloide, impenetrable. En el templo, detrás de cada ramo de azucenas, sonreía una pequeña Virgen de color celeste...

Se suspendía el sueño y entonces recordaba, borrosamente, hechos concretos: el verde pantalón del carabinero y sus esfuerzos para ponerlo de pie creyéndolo borracho. El automóvil blanco de la Asistencia Pública, los enfermeros con sus capas azules, la voz autoritaria del joven médico. Sabía dónde se encontraba. Sabía, también, que estaba vivo, que podía mirar. Lloró de dolor cuando lo desnudaron, sintiendo la boca quemada por el alcohol y el yodo. El carabinero había pedido detalles. Caucamán guardó silencio. Nada sabía. La verdad es que no había visto a los agresores. Era lo mejor. Hubiera tenido que hablar de Domínguez, de las reuniones en el Bar Tricolor, del encuentro con el pilastrero en La Navegación Marítima... Por último, el *Tirante* o sus

amigos o quienes fueran intervenían en su historia como por mandato superior. La fatalidad los obligó a patearlo. Alguien tenía que suspender su buena suerte. El signo de San Pancracio era el sacrificio... No quería saber nada con periodistas, ni con entrenadores, ni con nadie... Renunciaba al box... El era del norte... Allá quería volver... La pampa...

Poco a poco se fue hundiendo en un sueño pesado, como en una ciénaga...